

ADVIENTO 2023/24

Todos los tiempos litúrgicos promueven el valor y la vivencia de la esperanza, pero el tiempo de Adviento de forma especial, pues expresa el clamor de la humanidad que pide al Señor venga a reinar. Nuestro mundo se ve azotado por diferentes ataques a la fe y a los valores cristianos. Esta falta de fe, nos lanza a renovarnos en muchos aspectos humanos y espirituales, sociales y culturales. Descubrimos más profundamente que somos vulnerables y que nos necesitamos unos a otros.

Somos llamados por Dios a descubrir su amor y cuidado; pero, además, en el ejemplo de María Santísima, quien pone su vida al servicio de Dios y al bien de toda la humanidad. Ella es **«Madre de la Esperanza»**, y así la invocamos, pero también queremos imitarla en su amor y fe. Si de verdad tenemos fe y amor a Dios, esto debe traducirse en esperanza que nos lleva a perseverar cuidándonos y tratando de ayudar. Quien vive así tiene esperanza cristiana y sabe que, toda situación con la ayuda de Dios y la colaboración de todos también pasará:

“Danos, Señor, tu luz, para mirar la vida con ojos de evangelio. Ayúdanos a confiar en ti, con todo nuestro corazón, para aprender a poner en tus manos, toda nuestra existencia. Necesitamos cambiar y volver a Ti, queremos vivir la conversión y fortalecer nuestra fe. Quitá, de nuestros ojos, la venda que nos impide sentir y vivir movidos por tus enseñanzas. Aclara nuestra mirada, danos tu luz, cambia la ceguera de nuestra incapacidad para crecer y vivir como discípulos tuyos”.

Con el tiempo de Adviento iniciamos la preparación para celebrar el Nacimiento de Jesucristo. Esta preparación nos invita a considerar las expectativas del pueblo de Israel respecto a la aparición del Mesías, el Redentor. Este año entramos en el ciclo “B” y, las lecturas del evangelio que la Liturgia nos prepara son: El primer domingo no pide que estemos en vela: **«“Velad”. Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento»** (Marcos 13,33). El segundo nos exhorta al cambio: **«Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos»** (Marcos 1,3b). El tercero nos presenta el testimonio del Bautista: **«En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».** (Juan 1,27). Y el último nos describe la Anunciación a María: **«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».** (Lucas 1,28). Con sus lecturas y oraciones propias, nos expresa de modo especial, los valores y modos que nos ayudan a disponer nuestro corazón para aprovechar la riqueza de la Gracia de Dios y la espiritualidad propia de este tiempo. Así como con otros elementos: la caridad (en especial con quien más lo necesita), el rezo de la corona de adviento, la ambientación en casa de un Belén o Nacimiento, con lo que expresamos nuestra esperanza y nuestra alegría por la presencia de Dios con nosotros.

El adviento es un tiempo para recordar, para expresar nuestro agradecimiento, para maravillarnos. Para hacer memoria de la espera de María viviendo en perspectiva el nacimiento de su hijo. Para hacer memoria de Dios, de su gran amor para con nosotros sus creaturas débiles. Nos inclinamos frente al propósito de nuestro Dios, que quiso tomar nuestro cuerpo y vivir entre nosotros, Él tan plenamente humano y tan plenamente Dios. Hacemos memoria de lo que Dios ha prometido realizar en nosotros, sus amados. Tiempo donde Dios nos busca y donde buscamos a Dios, Él nos alcanza en nuestra vulnerabilidad, nuestra soledad y nos hace capaces de compartir la esperanza con un mundo sufriente. El adviento es un tiempo de unidad con nuestro Dios-protector, quien vigila sobre los miles de personas en nuestro mundo que son empobrecidas, a quienes les faltan protección y refugio o que son incapaces de encontrar un lugar propio.

El adviento es el tiempo de nuestra esperanza. De sentirnos en espera con los más sufrientes de nuestro planeta y ansiar el día donde toda esta miseria se acabará, el día donde nos esforzaremos para tender la mano, para compartir la vida con aquellos que son heridos, sufren, enfermos o inválidos. Estar a la espera del día donde toda rencilla se acabará, y donde las naciones se tomarán de la mano en un gesto de unidad. De suspirar para que se realice la comunión y la fraternidad entre todos. Esperamos y velamos con una impaciencia ardiente.

El adviento, es también el nacimiento de la paz. Oramos para que se terminen los conflictos y las guerras y que todas las armas destructivas se transformen en instrumentos de paz y en herramientas para producir alimentos. Es un tiempo para reparar los errores y rehacer los puentes. Durante el adviento, nuestro deseo de amar y nuestra esperanza de perdón son santificados por la luz que luce en las tinieblas y nos permite hacer la experiencia de la grandeza de nuestro valor y dignidad humanos.

La riqueza del tiempo del Adviento parece a menudo ahogada en nuestros preparativos profanos de Navidad. En el alboroto de las decoraciones de nuestros hogares, de las compras, de las visitas y vacaciones a planificar, la potencia y la presencia de la gloria de Dios capaces de transformar todo nuestro mundo pasan demasiado desapercibidas. El adviento celebra las estaciones de nuestra vida y nos invita a compartir el amor de Dios con las personas encontradas. Una verdadera experiencia del adviento sería la realización de nuestro deseo de renovar el reino de Dios en nosotros y alrededor nuestro. Durante el adviento reconocemos con gratitud la presencia de Dios en nuestro mundo a pesar de las guerras y los conflictos. Celebramos la obra de Dios a pesar de las heridas y las tragedias de la vida. El mensaje que nos llega en el adviento es que **«la salvación ha llegado hasta nosotros».**

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 63, 16c-17.19c; 64, 2b-7): *Tú, Señor, eres nuestro padre.*

Salmo (79, 2ac y 3b.15-16.18-19): *«Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 3-9): *Él os mantendrá firmes hasta el final.*

Evangelio (Marcos 13, 33-37): *Estad atentos, vigilad.*

Comenzamos un año, no el astronómico, pero sí el litúrgico. Y todo comienzo entraña situarse en la realidad para ver sus posibilidades.

A Isaías, poeta y profeta de la esperanza, el presente de su tiempo le producía sinsabor y tristeza, porque comenzaban una etapa nueva de su vida y la realidad no era tan paradisíaca e idílica como la habían imaginado. Volvían de un destierro muy largo, creían volver a un jardín cubierto de flores y bañado por ríos, con ciudades bellas y engalanadas en las que vivían sus parientes antepasados, que no habían sido obligados a emigrar, acomodados en sus viejas costumbres agrícolas y ganaderas de supervivencia, adueñados de las posesiones de los desterrados. Y cuando ponen los pies en el suelo de esa tierra todo se desvanece. Ni jardín ni flores ni agua ni casas ni campos ni pastos ni parientes.

Él, que tanto había insistido para animarlos a la vuelta, se siente culpable. Dios le ha hecho una mala jugada. Ellos que habían soportado siglos de exilio, que habían conseguido mantener la fe a base de contar esas historias y que, basados en ellas, habían fundamentado la esperanza de un futuro feliz que Dios les construiría. Ahora, esa esperanza ya pensada con detalle, no la ven. Dios les ha fallado. ¿O es que siguen siendo culpables y por eso la suerte no les sonríe?

Curiosa e importante esta consideración de Isaías. Cuando Dios se oscurece la culpa aparece y atrapa. Si Dios ha sido siempre el solucionador de sus problemas ¿Cómo es que ahora los mete en otros? ¿Cómo los saca de una tierra en la que vivían bien acomodados y los mete en otra, la suya, pero extraña, en la que todo está por reiniciarse y recuperar? ¿Qué Dios eres Tú? No contaban con que este Dios de sus antepasados es el Dios de la vida y de la Historia. Y lo mismo que la vida, la historia hay que reiniciarla en cada generación porque nunca se la conquista del todo. A Dios hay que redescubrirlo cada día, y hay que reiniciar la historia con Él cada día, y hay que estar preparados para sus sorpresas cada día.

Por eso el evangelio de este comienzo del año litúrgico nos avisa: *«Vigilad..., Velad»*. Con Dios uno no puede dormirse pensando que ya lo conoce y lo tiene. En cada momento de la vida puede darnos la sorpresa y querer reiniciar el proceso de nuestra amistad con Él. No es amigo de rutinas. No quiere quedar atrapado en las costumbres que ya no dicen ni hacen vida. Va a venir de nuevo, pero con novedad, no como estamos habituados. Va a venir en Navidad, pero tenemos que estar despiertos porque, si no es así, podremos no reconocerlo. Y eso nos llenaría de culpa, de desánimo y de desesperanza. ¡Menuda carga! Pero si abrimos los ojos, Él se deja ver.

La tarea de un cristiano es realizar con su observancia el designio divino que se nos confió en el bautismo. No basta escuchar y aprender lo que Dios nos manifiesta en sus continuas bondades, es necesario observar y cuidar bien cuanto el Señor nos requiere a través de su Palabra.

Nunca podremos decir que hemos conseguido el objetivo, puesto que la lucha frente al “enemigo” es incesante y nuestra fragilidad manifiesta. No podemos presumir de firmeza más que cuando observamos la presencia del don del Espíritu que nos regala fortaleza. Es un don que tenemos que activar mediante la aceptación de esa fuerza interior que dinamiza nuestra debilidad hasta el punto de ver cómo somos capaces de sacar fuerzas de flaqueza.

San Pablo nos recuerda que por parte del Altísimo gozamos todos los dones del Espíritu mientras aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Nos advierte también de esa responsabilidad que pone en nuestras manos “*mantenernos firmes en la esperanza*”, a sabiendas que por parte de Dios ya está todo hecho; ahora nos corresponde a nosotros aceptar la invitación divina y afirmarla en nuestra propia vida.

Corremos el riesgo de instalarnos en lo ya adquirido y confiarnos en ello, olvidando que nuestra responsabilidad es la de mantenernos firmes en la observancia. Ello requiere la actitud vigilante para que nada ni nadie distraiga nuestra atención. En el ejercicio de esa vigilancia hay que tener presente que el “*adversario*”, el enemigo más peligroso es la falsa confianza que nace de nuestra comodidad o descuido que debilita nuestra responsabilidad.

Creer que Dios va a cubrir nuestras deficiencias no es la mejor forma de asumir la responsabilidad que se nos ha dado; puede, y de hecho lo es con frecuencia, ayudarnos a no desfallecer en la tarea de mantenernos firmes hasta el final, pero nunca Dios nos priva de nuestra libertad en el ejercicio de nuestras responsabilidades.

No debemos olvidar que, no somos sólo ciudadanos de este mundo, sino que hemos sido invitados a formar parte de la nueva ciudad santa, la Jerusalén celeste en la que nos aguarda nuestro Señor, Cristo Resucitado. La vigilancia toma entonces el sentido de observar bien si los bienes de este mundo nos distraen de alcanzar la gloria que nos espera en la vida eterna.

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *La llamó Eva por ser la madre de los que viven.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos eligió antes de la creación del mundo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.*

Esta solemnidad la celebra la Iglesia en el tiempo litúrgico del Adviento y las lecturas nos facilitan los momentos clave de la historia de la salvación, en la que María es elemento fundamental. La primera lectura nos habla de la primera caída como pretensión instigada desde fuera del ser humano para ensoberbecer el deseo de querer ser como Dios, conocedores del bien y del mal; pretensión también de apropiarse del amor de Dios y no aceptar como don el ser criaturas.

Conformando los textos bíblicos que la liturgia nos presenta hoy, tanto la lectura del Génesis como en la carta a los Efesios resulta claro que la verdadera imagen de Dios según la cual fue creada Eva, no la da la compañera de Adán sino la verdadera Madre de la Vida, aquella que realizó plenamente con la fiel aceptación de la voluntad divina el mismo designio del Creador. Esta fue María la que con su fidelidad y sin resquicio alguno resultó santa e inmaculada, tal como el mismo Dios desde la eternidad la había elegido por amor.

Ella fue la que devolvió a la vieja (anterior en la historia temporal) Eva la misma dignidad a la que la había predestinado el Creador. Madre de la vida por pura iniciativa y poder del Amor, que no le negó su libre colaboración para que realizase en ella el designio divino. El dogma de la Inmaculada Concepción no es una afirmación discutible con criterios sólo humanos, sino el misterio revelado de una acción divina que trasciende dignificando toda sabiduría humana.

El evangelio narra la anunciación a María de parte de Dios por medio del ángel Gabriel (*“Dios es mi fuerza”*) de algo inaudito: Dios le hace una promesa junto a detalles que la consolidan. El **«SÍ»** obediente de amor de María, llena de gracia, posibilita la encarnación. La segunda lectura, de la carta a los Efesios nos sitúa el conjunto en el ámbito de la gratuidad del amor de Dios.

El libro del Apocalipsis en el capítulo 12 ilumina el dogma proyectando en el cielo una escena que es parábola resumen de lo que ha de suceder en la historia. Conecta perfectamente con el relato de la creación y presenta a **«la mujer revestida de sol, la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de estrellas»**. Esa es la señal que hay que leer en clave de revelación. La mujer, en trance de parto, aparece en clara confrontación con el dragón, serpiente seductora que sí pudo con la vieja Eva, pero no con María, la nueva Eva, Madre de la Vida.

Esta dimensión maternal de María se nos revela como una aceptación libre y sin reservas del poder fecundante del Amor; escapa a toda violencia que el dragón, la seducción y mentira, intentan dominarla. Será el propio Hijo engendrado en sus purísimas entrañas, el fruto de su íntima unión con el Amor, quien vencerá definitivamente al dragón y abrirá una nueva era de paz para todos aquellos que sean capaces de lavar sus vestidos en la sangre derramada del Cordero.

En el mundo religioso afectivo no es difícil que aparezcan rasgos del arquetipo del eterno femenino, pero eso no impide que la relación con María, nutrida de fe, incorpore positivamente elementos del inconsciente, porque es muy fácil racionalizar lo que no comprendemos, como si lo no comprensible no fuese real. El creyente adulto vive la relación con María sin poder racionalizar esa relación con Ella. Misterio insondable del quehacer de Dios que abre un nuevo horizonte en la lucha entre el bien y el mal: la victoria del bien es definitiva, si bien pasa por el sacrificio; es decir hay que colocar en el área sagrada y huir del ámbito de la mentira y la seducción todo aquello que queramos salvar para la eternidad. El **«Hágase en mí según Tu Voluntad»** de María hizo patente en la carne el Amén a Dios.

¿Cabe racionalizar la libertad de Dios, que llama a esta mujer a que consienta en la decisión de la Encarnación? María nunca se sintió soberbiamente privilegiada, sino humildemente agradecida por semejante amor de Dios. Son dos formas de vivir los privilegios y conviene de vez en cuando repasarlos. Sin saber cómo, Ella ayuda al creyente a humanizar su relación con Dios. En momentos de sufrimiento, Ella suaviza por dentro el corazón herido. Es como si el consuelo de la fe encontrase calor de seno materno. Cuando el creyente pretende planificar y controlar la eficacia de la misión, Ella enseña la sabiduría del corazón. Unas veces lleva al creyente al abandono amoroso de fe y otras tiene el secreto de fortalecer la debilidad del creyente.

La solemnidad de la Inmaculada despidе un aroma fresco y revitalizador que nos prepara en el tiempo de Adviento para recibir con esperanza y alegría al fruto de sus entrañas. La Concepción Inmaculada de María tiene su fundamento en la tradición de fe de la Iglesia. Por singular privilegio fue concebida sin pecado original, es decir, sin la pretensión radical de querer ser igual a Dios, lo cual no deja de ser un don ligero, puesto que al resto de mortales nos cuesta sudor y lágrimas combinar en nuestra existencia autonomía personal y gracia de Dios, aún después del bautismo.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 40, 1-5.9-11): *Preparadle un camino al Señor.*

Salmo (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (2ª Pedro 3, 8-14): *Para el Señor un día es como mil años.*

Evangelio (Marcos 1, 1-8): *Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo.*

Saber que llega alguien con mayor poder y capacidad de resolver nuestros problemas no debería hacer que nos sintamos desplazados, sino todo lo contrario. Todo aquello que no éramos capaces de resolver se lo confiamos inmediatamente al que llega como nuestro salvador. Estamos alegres de saber que llega y comenzamos a ir haciendo recuento de cuanto tenemos que presentarle para que nos ayude a resolver.

Así es cómo tendríamos que entender la invitación a preparar el camino del Señor. El Adviento es ese tiempo de preparación, la ocasión propicia para examinar nuestras deficiencias y aportarlas como material de relleno que sirvan para allanar el camino por el que llega el Señor. No vale abrir una calzada en un espacio distinto del que nos corresponde para que el Señor llegue hasta nosotros. El camino lo tenemos que empedrar con nuestra propia realidad y es posible que para ello tengamos que derribar algunas construcciones en las que ya nos habíamos instalado.

No se trata de romper con nuestra existencia, sino de ponerla al servicio de esa visita decisiva que el Señor quiere hacernos desplazándose del cielo para venir a vivir en la tierra. La importancia del gran misterio de la Encarnación, nos hace poner en primer plano la sorprendente llegada de Dios frente a la cotidianidad e incluso aspiraciones y vivencias mucho más caducas. Es cierto que la Navidad ya ocurrió, pero su impacto en la historia de la humanidad fue de tal índole que se ha convertido en una celebración universal.

Tenemos que acercarnos a esa celebración con una preparación esmerada que nos haga gozar y vivir el gran misterio de la filiación divina en carne humana. Cambiar nuestros deseos y aspiraciones no significa renunciar a todo nuestro vivir, sino ordenar, proyectar y ejecutar nuestros deseos conforme a esa gran aportación que es la llegada de quien es más fuerte que nosotros.

No viene el Señor a juzgar ni a declararnos culpables, sino a brindarnos una nueva existencia que nosotros jamás abríamos soñado. Vamos a poder vivir como “*hijos de Dios*”, libres de todas las ataduras que nos impiden vivir en paz. Ese es el gran mensaje que tiene que movernos a la conversión, a la consideración y estima de que lo que se nos brinda es muy superior a lo que nosotros podemos alcanzar. En esa tarea propia del Adviento tenemos que dar prioridad a la transformación de nuestro criterio, a la conversión y cambio de mentalidad frente aquellas cosas que puedan desviar nuestro deseo de recibir al Señor.

¿Quién no necesita consuelo? ¿Quién no espera palabras de aliento ante la adversidad? ¿Quién es tan fuerte que no necesite cuidados? La experiencia de la limitación ha acompañado siempre a las personas y, durante este tiempo que vivimos, todos la experimentamos con fuerza. Necesitamos consuelo... pero, al mismo tiempo, anhelamos la curación.

La respuesta a los retos que nos afectan no pasa por el egoísmo ni por el individualismo, sino que exige una apuesta fuerte por el bien común y porque nadie quede desprotegido y olvidado. Dios no nos deja... pero nosotros tampoco podemos olvidar a los que más sufren.

Los creyentes sabemos y sentimos que Dios cumple sus promesas. Eso no quiere decir que dé respuesta a nuestros caprichos, o que esté sujeto a nuestra voluntad. Él es quien nos sostiene, quien nos cuida y repara nuestras fuerzas, quien nos propone un camino y un horizonte de vida. Por ese motivo, en el padrenuestro, le pedimos con insistencia «*¡Hágase tu voluntad!*». A nosotros nos toca acogerla, ser dóciles a sus llamadas y confiar en que las promesas de Dios se cumplen... y que Él nunca nos dejará solos, ni en la alegría ni en la dificultad.

Junto con la confianza en Dios está nuestra respuesta. Acoger su Palabra es cumplir su voluntad. Hoy hay muchos caminos retorcidos y sendas tortuosas. Quien los transita, puede perder la ilusión, las fuerzas, o la esperanza. El Señor nos lanza a enderezar estos senderos tan cercanos a todos. Familias sin recursos para salir adelante, personas con enfermedades graves, hombres y mujeres que padecen la soledad no elegida, fracasos en proyectos familiares, jóvenes que no pueden dar pasos a la vida adulta, desigualdades flagrantes... y tantos más. Son algunos de los caminos que hay que allanar.

El mensaje del Adviento, tiempo de espera y de esperanza, es que “*tenemos Buenas Noticias*”, a pesar de las dificultades. El Evangelio se cumple y Dios sigue apostando por nosotros. Ahora bien, es tarea nuestra hacer posible estas “*Buenas Noticias*”. La Palabra de Dios nos llama a empeñarnos en enderezar los caminos que van hacia el prójimo, a allanar los senderos que acercan al necesitado, a limpiar los accesos a cada persona y a recorrer las veredas que acercan al bien común. Quien vive así facilita la llegada de Jesús, el Hijo de Dios, que hoy se sigue haciendo presente entre nosotros.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 61, 1-2a.10-11): *Me ha enviado a dar la Buena Noticia.*

Salmo (Lc 1, 46-48.49-50.53-54): *«Me alegro con mi Dios»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 5, 16-24): *Estad siempre alegres.*

Evangelio (Juan 1, 6-8.19-28): *Soy la voz que grita en el desierto.*

El anhelo de salvación, de bienestar, de salud y de paz, resulta tan acuciante en el ser humano que fácilmente sucumbimos ante la tentación de cualquier realidad que se presenta ofreciendo una respuesta a nuestro anhelo. Juan el Bautista, el Precursor de Jesús, tuvo que frenar a aquellos que pretendían poner en él toda su esperanza, y advertirles que él no era el Mesías, aunque sí era el hombre enviado por Dios. Los judíos envían a sacerdotes y levitas a Juan Bautista para preguntarle: «¿Quién eres tú?». Y él contesta que no es “la luz”, sino «testigo de la luz».

La misión de Juan era anunciar la inminencia de la llegada del Mesías y su predicación se centró en preparar el camino del Señor. Para ello Juan bautizaba con agua, retiraba todas las impurezas que impedían ver con claridad aquel esplendor que irradiaba la humanidad al haber ésta incorporado en su historia la misma luz divina. Esa luz sí que era la «**Luz Verdadera**», aquella misma que estaba al principio de la creación iluminando todas las cosas con su energía y llenándola de vida.

La falta de esa luz verdadera hacía que el pueblo caminase en tinieblas y desease ver la luz. Juan vino, para anunciar la salida del reino de las tinieblas; como en otro tiempo la voz del heraldo en el desierto, anunciando la liberación, la salida de las mazmorras de babilonia, e invitar a los cautivos a prepararse para retornar a la libertad, volviendo a la vida libre de los favorecidos y agraciados del Señor. Ese dinamismo nuevo que trae el Mesías, el verdadero liberador, es el que alienta la buena noticia, el evangelio de la gracia y del favor de Dios. Es el Espíritu que Juan apunta sobre alguien que viene detrás de él, pero que es más digno que él, y al que debemos «**Allanad el camino del Señor**».

El año de gracia del Señor anunciado por el profeta es ya una realidad plena en la historia y continúa teniendo vigencia hoy en medio de nosotros. No hay nada que alegre tanto nuestro corazón como el conocer una buena noticia. Mucho más si se trata de algo que esperamos como liberación de una amenaza o riesgo que planea sobre nuestra vida. La fe ilumina nuestra inteligencia y nos adentra en el conocimiento de esa gran noticia que va a liberarnos de la opresión que nos produce una existencia sin esperanza.

El tiempo litúrgico del Adviento nos propone abrir nuestro corazón a la esperanza. Dios está y viene. Dios no ha dicho todo, sino que sigue hablando. Adviento es abrir la mente y dejarse sorprender. En el evangelio le preguntan a Juan Bautista si él es el Mesías. Juan les habla, pero no le entienden. Aquellos comisionados no pueden entender quién es Juan, aunque se lo pregunten directamente, porque les falta sensibilidad, finura y profundidad. Proponemos esas tres actitudes para trabajar en este tiempo:

“**Sensibilidad**” para dejarse afectar. Las personas con los años, la experiencia, los desengaños y las desilusiones, nos volvemos menos sensibles. Anteponemos nuestras corazas, nos defendemos ante posibles propuestas que puedan alterarnos, no dejamos que lo nuevo, lo sorprendente pueda descomponer nuestros planes. Las ideologías son como un antifaz que nos impiden ver el más allá de la realidad, de las cosas. Para abrirse al don de la fe y de la esperanza es imprescindible ser sensibles a las personas, a los acontecimientos, a los signos, a los detalles que parecen nimios pero que encierran profundas verdades. En definitiva, abrirse a la vida, pero no una vida especial, distinta, reservada para unos iniciados, sino a la vida ordinaria.

“**Finura**” para ver y entender. La vida está ahí: trabajamos, nos relacionamos, nos esforzamos, lloramos y también nos divertimos. Para unos la vida es más “*llevadera*” (nunca podremos decir que sea fácil); para otros es dura, y para algunos es “*muy dura*”. La vida la podemos afrontar de forma tosca, dura, haciéndole frente como si un mal necesario se presentara ante nosotros. Pero también la podemos afrontar desde la finura: contemplar el paso de las personas, las huellas que van dejando, descubrir los destellos de belleza y de verdad que hay siempre, incluso detrás de los acontecimientos más duros. Esa finura es necesaria para la fe y la esperanza. Solo desde esta finura humana y espiritual descubriremos que Dios nos envía signos de su presencia, y de su promesa.

“**Profundidad**” para ir siempre más allá. La tercera actitud es la profundidad en nuestras observaciones y juicios, para no caer en las trampas de la mediocridad o para no oficializar la superficialidad. Ver, intuir, presentir más allá de lo inmediato y evidente. También en la vida de la fe y la esperanza necesitamos cultivar esta profundidad para no ser espectadores pasivos y dormidos en la vida, sino verdaderos protagonistas.

Cada Navidad celebramos la confirmación de esa Buena Noticia, la que un día escucharon y vivieron nuestros antepasados, la que nos transmitieron por la fe que ha venido alegrando nuestras vidas al saber que desde aquella primera Navidad el hombre ya no está solo, abandonado a su propio y fatal destino, sino que ha sido invitado a celebrar con alegría una fiesta que trasciende con mucho las alegrías del mundo. No apaguemos el espíritu de la Navidad. No olvidemos el consejo de Pablo: «**Quedaos sólo con lo bueno y estad siempre alegres**».

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (2º Samuel 7, 1-5.8b-11.16): *Dispondré un lugar para mi pueblo.*

Salmo (88, 2-3.4-5.27 y 29): *«Cantaré eternamente tus misericordias, Señor»*

2ª lectura (Romanos 16, 25-27): *Todos llegarán a la obediencia de la fe.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate llena de gracia.*

«*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*». Con este anuncio de favor divino el mensajero de Dios garantiza al destinatario que la tarea que se le confía podrá realizarla. Y nadie sino sólo el Señor es quien puede avalar este anuncio, ya que ni siquiera su mensajero puede excederse en su función como ocurrió en el caso de Natán, el profeta que por su cuenta respondió al rey David: “*Ve y haz lo que piensas, pues el Señor está contigo*”. Fue el mismo Señor quien corrigió al profeta con un nuevo mandato para el rey: «*Ve y dile... Así dice el Señor*». La fuerza del mensaje radica en que no es del profeta o del ángel sino del Señor. Entonces sí tiene fuerza y validez el mensaje pues es Dios mismo quien habla a través de su enviado.

En el caso del ángel Gabriel la iniciativa divina queda manifiesta, ya que es el propio Dios quien le envía, expresamente, a comunicar a la virgen María que el Señor la ha favorecido eligiéndola para una tarea extraordinaria. Su tarea es realizar históricamente esta presencia de Dios en la humanidad. María percibe de forma concreta lo difícil que le resulta esta tarea hasta el punto de manifestar su profunda turbación.

Con esta actitud María deja claro que ella sola ni sabe ni puede realizar esta tarea, pero el ángel le garantiza que no va a estar sola ya que el favor de Dios la ha colmado con su presencia y por tanto no debe temer ya nada. Será esa presencia divina la que cubrirá cualquier temor o deficiencia que una criatura humana (José, su prometido) pudiera tener o sentir ante la excepcional tarea que Dios le confía. El Espíritu Santo, el vigor del Altísimo, fecundarán el seno virginal de María, y así su hijo será Hijo de Dios. En ningún momento María se vio falta de esa presencia de Dios en ella. Siempre el Señor estuvo con ella y de esa compenetración plena entre lo divino y lo humano nació Jesús de Nazaret, Emmanuel, Dios con nosotros, garantía histórica de la presencia viva de Dios entre los hombres.

A nosotros los cristianos se nos invita a celebrar esta presencia viva de Dios, mantenida oculta durante muchos siglos y finalmente manifestada en este nacimiento del Hijo de María. Esta celebración se hace fecunda y enriquecedora si consideramos que la presencia de Dios, el hecho de que Dios está con nosotros, nos facilita la tarea que se nos ha confiado a cada uno, por más temores y deficiencias que encontremos en su desarrollo. Vivir el día a día con la conciencia de que Dios está con nosotros y gozamos de su favor, nos hace sentirnos más fuertes y capaces de arrostrar las situaciones más adversas; ya que, el aguantar esa cruz, lejos de separarnos del Señor, nos recordará que Él mismo ya la soportó y la convirtió en instrumento salvífico.

Estamos acabando un año de catástrofes: incendios, terremotos, inundaciones, guerras..., ataques a este sistema de muerte más que de vida que intenta mantenerse, pero sin cambiar nada. Y, con eso y con todo, se han presentado las Navidades de siempre. Las del turrón y los villancicos, la de las reuniones familiares, las de la lotería y “*que haya salud*” porque no ha salido premiado nuestro número en el sorteo. Con todo esto es difícil ver un horizonte luminoso para la vida de todas las personas.

Dios se fija en los débiles: María, Rut, David, la sunamita, etc. La Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está plagada de personas elegidas por Dios, o por su hijo Jesús, para llevar la historia de salvación hacia adelante. Por eso lo tenemos claro, buscar y encontrar al Dios que salva (Jesús) lo tenemos que hacer desde nuestra propia debilidad y vulnerabilidad en compañía de la gente más sencilla y más comprometida con la vida de las personas sin recursos; porque no los tienen o porque les han sido arrebatados.

Cuando la llegada de un evento se anuncia a bombo y platillos, dispone a las personas de una manera determinada para lograr el efecto que se pretende. Diferente es, si el anuncio llega en una suave brisa, en el sonido del agua que baja de la montaña, en la mirada del anciano cuando nos acercamos a cuidarlo. Todos estos signos despiertan en cualquier persona de bien una gran acogida interior que despierta en nosotros lo mejor de nosotros mismos.

¿Coincide nuestro ideal de mujer actualmente con la presentación que hace el evangelio de María o funcionamos poniendo en las imágenes de María nuestras proyecciones ideales de mujeres que ni existen ni existirán porque son mujeres de ficción? La mujer María que nos presenta el evangelio de Lucas es una mujer normal, del pueblo de Nazaret que ha hecho una opción en su vida en relación con el Dios del pueblo. Desde la obediencia de esa fe, acoge la participación personal en el cumplimiento de esa promesa.

Dios se ha fijado en nosotros y así nos lo planteamos: ¿qué ha visto Dios en mí que hace que yo me sienta elegido, para llevar adelante el proyecto de Reino de Dios? Cuando cualquiera de nosotros respondamos “**sí**” a la propuesta que Dios nos hace, y nos dejemos afectar por los ancianos, los niños, los trabajadores precarios, las tierras del sur, los sin techo, etc. y no nos enroquemos en unas Navidades repetitivas, consumistas y transitorias, que duren lo que las fiestas y no dicen nada a nuestras vidas de cada día. Entonces sí será feliz Navidad.

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *¡Tu Dios reina!*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Él sostiene el universo con su palabra.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *Él estaba en el principio junto a Dios.*

Sobre esa experiencia radical de un nacimiento como comienzo de una vida abierta a la existencia, como promesa que hay que atender y cuidar para que se vaya haciendo cada día mayor, cada año se nos propone la celebración de la fiesta de Navidad con el recuerdo cristiano del nacimiento del Hijo de Dios. Corremos el riesgo de considerar esta fiesta como una fecha más que acaba teniendo el color de aquellas preocupaciones que nos embargan; y así podemos hablar de una Navidad triste porque perdimos a un ser querido, o hablamos de una Navidad extraordinaria porque la suerte nos acarició, o hablamos de una Navidad nostálgica como algo que ya dice poco en nuestra vida.

Sin embargo, la Navidad no es una fecha cualquiera. Para nosotros, los cristianos, significa el comienzo de nuestra Era. Todas las fechas y acontecimientos de nuestra historia, propia y ajena, están referidas al Nacimiento de Jesús, el Mesías, el Señor. Y ese es el color que siempre refleja la verdadera Navidad, la que celebra el comienzo de una nueva manera de ser que desborda toda expectativa llenando de gozo y alegría a la humanidad entera, a la que ha regalado con una participación del ser de Dios.

¡Es Navidad!, hermanos. Celebramos el Nacimiento de Jesús en medio de nosotros. El mismo Dios se hace en Jesús uno de tantos, para llenarnos de su luz. Y se queda para siempre en el mundo, ha plantado su tienda en la humanidad. Es la cercanía, la ternura, tan sencilla y normal que puede pasarnos desapercibida. Pero aquí está Dios. Y la Iglesia, y todas las personas de buena voluntad pueden contemplar su gloria. En vez de mirarnos unos a otros las pequeñas grandezas, podemos mirar al Hijo de Dios en un recién nacido. Jesús es el Hijo que se nos ha dado.

Tenemos Buenas Noticias, la mejor noticia. No es el anuncio de algo que llegará; es la realidad, la noticia que pregona el mensajero y que llega a toda persona. Anunciamos y creemos que Dios está en medio de todos. Como el mensajero activo y expectante para pregonar lo nuevo, todos nosotros nos llenamos de Jesús, de su Vida y su Justicia porque un Hijo se nos ha dado. Y porque el amor de Dios es la vida nacida en Jesús. Un amor que se ha hecho realidad, y que nosotros debemos anunciar, pregonar, vivir y transmitir. Las buenas noticias no se guardan: se anuncian y comparten para que todos las conozcan.

¡Es Navidad! Y los vigías cantan a coro. Alertas para no dormirse, ahora cantan con alegría. Y lo hacen en coro, en grupo, en comunidad, abiertos al mundo. No se pueden callar ante la llegada de Dios. Donde había tinieblas y oscuridad, ahora hay luz; donde desolación y tristeza, ahora consuelo y alegría; donde ruinas, ahora apertura y plenitud.

¡Es Navidad! Los confines de la tierra contemplan (es un Misterio que conlleva silencio, pensar, adorar) la Salvación de Dios. Porque estamos en sus manos, y esto se ve con los ojos y el corazón, no son ideas vacías. Estamos llamados a ver y a cantar, como los vigías de siempre, para expresar nuestra alegría y gratitud ante la llegada de un Hijo que nos trae (no nos ha traído, ni nos traerá) la vida plena. ¡Bien que podemos cantar!, claro que sí, tañed para el Señor, y que suenen los instrumentos. Dios nos habla. Jesús es su Palabra.

Mucho habló Dios antes de que Jesús naciera. Y ahora nos lo ha dado. Es su Palabra, el reflejo de su gloria, la impronta de su ser. Es la mejor noticia de la historia: estamos en buenas manos. Y Jesús es el camino, las manos de Dios, la salvación para siempre. Es Jesús, nacido en la pobreza, fuera de la ciudad, para hacerse uno con todos los que vivimos en este mundo.

La Navidad es siempre una llamada a renacer a la alegría, a la esperanza, a la solidaridad, al sentimiento de hijo confiado plenamente en el Padre. Esta idea de sentir carca la filiación es el mejor regalo del cielo para nosotros los mortales y hemos de compartir desde la comunidad de fe con toda la comunidad humana este regalo que la Iglesia nos propone celebrar cada año por estas fechas. La Navidad no tiene color ni condición alguna, pues ella misma en su acontecimiento original, es el comienzo de una relación directa y afable del Señor, Dios Padre, con todas sus criaturas.

La Navidad es pues una fiesta que trae consigo optimismo y que deberíamos todos los creyentes transmitir a todos aquellos sin exclusión, a todos los que ama el Señor. La paz y el bienestar del Nacimiento debe desafiar a toda amenaza de cansancio, de egoísmo, y de guerra. Es Navidad. Dios es un Padre que habla por Jesús, se acerca y se hace el encontradizo con todos. La Buena Noticia la recibieron unos pobres pastores marginados. Llevémosla ahora nosotros a todos los hermanos.

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Génesis 15, 1-6; 21,1-3): *Así será tu descendencia.*

Salmo (127, 1b-5): *«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!»*

2ª lectura (Colosenses 3, 12-21): *El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.*

Evangelio (Lucas 2, 22-40): *Mis ojos han visto a tu Salvador.*

El Concilio Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia en el mundo nos dice que: ***«del acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la ley divina».*** Una institución que, en estos tiempos, se cuestiona su validez, su importancia, se pretende diluir en otro tipo de modelos relacionales que no constituyen una auténtica familia. Ante esto tenemos que contemplar a la familia de Nazaret y hacer que, por lo menos las familias cristianas, entiendan que su unión se realizó desde la fe y fue sellada con un sacramento, por ello tendrán que vivir desde el respeto y el amor.

María y José constituyen una familia: son esposos, y solo desde la disponibilidad de María y la obediencia de José fue posible constituir esta familia, una familia cuya clave fundamental será vivir en el amor. Por ello el Hijo de Dios nace en el seno de una familia judía, piadosa, que no se sale de la norma tradicional y religiosa. Al tener un hijo se felicita a las familias porque es el acontecimiento más gozoso que puede sucederles, pero este gozo estará unido al dolor porque un hijo implica, para los padres, la entrega, el darse al hijo olvidándose de sí mismos, tanto el padre como la madre.

Es lo que sucedió en la familia de Nazaret. José tuvo que velar para que María pudiese dar a luz en un Belén atestado de gente que iba a inscribirse en el censo, tuvo que partir a Egipto huyendo de la persecución de Herodes y finalmente mantener a la familia en la soledad de Nazaret, donde ***«el niño, en el seno de su familia, iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba».***

En el nacimiento de Jesús tenemos la garantía de que comparte plenamente la condición humana, en todo, menos en el pecado. Por tanto, su crecimiento y desarrollo será en el seno de una familia que le acoge y le facilita ese cotidiano y lento ***“convertirse en hombre”*** abrazando todos los aspectos de la humanidad sin olvidar la obediencia a sus padres. Jesús dependía totalmente de ellos en las primeras fases de su vida.

El amor que José y María ofrecen al Niño Jesús le va preparando para convertirse en ese hombre capaz de relacionarse y amar; de ellos va aprendiendo ese amor humano transido de obediencia a Dios. Recordemos la relación sublime de amor humano que María y José mantienen conociendo su tarea sagrada de padres frente a Jesús. Y Jesús aprende de ellos la forma humana de obedecer incluso a Dios.

El Hijo de Dios, pues, se hizo carne en las entrañas de María y nació en el seno de una familia, una familia normal de su tiempo. Una familia israelita creyente y cumplidora de la Ley. El hijo de Dios será llamado el hijo del carpintero. El evangelio nos recuerda que, cuando se le cumplieron a María los días de la purificación, Jesús es llevado al Templo de Jerusalén para ser presentado a Dios y hacer la ofrenda por el rescate del primogénito.

Hoy todavía conmemoran los judíos, el Bar Mitzváh (el hijo de la Ley). Cuando se cumple la edad de trece años, el joven va al Templo y allí recibe la Torah que de ahora en adelante será como el tribunal supremo de su obediencia a Dios. Con este rito del Bar Mitzváh que se realiza en el Templo, no se niega la obediencia a los padres, sino que se inicia al hijo en la responsabilidad personal frente a la ley. A partir de ese momento los jóvenes pasan a ser considerados, según la ***“halajá”*** o ley judía, responsables de sus actos y obligado a observar los 613 mandamientos de la Torá.

La familia de Nazaret es una familia que habitualmente sube a Jerusalén a celebrar la Pascua. Cuando Jesús cumple esa edad sube con sus padres al templo para cumplir con la ley. Jesús causa tal admiración entre los doctores, que le están iniciando en los conocimientos de la Ley, que le retiene entre ellos y Él se manifiesta como hábil aspirante a ser un rabino, maestro de la ley.

Sus padres, José y María, echan en falta la presencia de Jesús en la caravana de regreso y le buscan en el único espacio donde ellos piensan que Jesús se ha podido entretener y por fin lo encuentran entre los escribas y doctores. Cuando ellos intentan reprocharle ese descuido haciendo valer su preocupación por encontrarle, Jesús les recuerda que ellos deberían saber que Él tenía que dar preferencia a la Ley, a la Palabra de Dios, a la voz de su Padre celestial; ese era el cometido de su investidura como Bar Mitzváh. Una vez más vemos que la vida de Jesús, sin dejar de ser Hijo de Dios, se comporta como miembro de una familia humana y al final de su tarea que cumple como Hijo de Dios se incorpora de nuevo a la familia que tiene su estancia en Nazaret. Allí se comporta como aprendiz de adulto y de la humanidad que le transmiten su familia y sus vecinos: en la obediencia a sus padres con los que colabora en el trabajo y desarrollo de la vida familiar y social.

Pongamos hoy ante el Señor a nuestras familias, a todas las familias, para que sigan siempre el modelo de la Sagrada Familia y constituyan así una ***“Iglesia doméstica”***.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8): *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Dios envió a su Hijo, nacido de mujer.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *María conservaba estas cosas, meditándolas en su corazón.*

«*El Señor se fije en ti y te conceda la paz*». Con esta fórmula termina la bendición solemne que propuso Dios para asegurar a los israelitas su presencia perenne a lo largo de toda su historia. Generación tras generación han venido escuchando los miembros del pueblo elegido esta bendición, de la que muchas veces nos sentimos alejados. En este tiempo que nos ha tocado vivir, donde es raro un continente en el que no haya guerra, en el que no existe un pueblo sin rencillas, ni familia sin problemas. **¿Qué ha pasado para que no sintamos el efecto benéfico de la bendición del Altísimo?**

Con frecuencia atribuimos a Dios nuestros fracasos sin aceptar que somos nosotros y nuestra naturaleza, a causa de nuestras limitaciones, los responsables y causantes de tanto conflicto. La protección y el bienestar que Dios nos procura con su bendición es la que abre nuevos horizontes en nuestra vida. Y eso no es una pura fórmula sino una realidad concreta, hecha historia cuando la mirada benévola de Dios convirtió a María, la más excelsa de las criaturas, en Madre de la Gracia, madre del Príncipe de la Paz.

Ella dio comienzo a una nueva vida, ese Niño que vivió siendo Dios y hombre en perfecta armonía y enseñando el camino de la paz. Una paz que conforta a los tristes y abatidos, a los que creen no tener posibilidad alguna de remontar una derrota, de superar un fracaso en los planes personales que no siempre son los más favorables para alcanzar la paz y el bienestar. María como madre, conoce bien la eficacia de la espera, el ansia gozosa de la paciencia, la alegría de engendrar superando todo dolor la sonrisa de una vida nueva.

Al comenzar el nuevo año tenemos una ocasión para celebrar ese acontecimiento sabiendo que fue un regalo de Dios para nosotros, un testimonio histórico de que su bendición no es puro formulismo. El primer día del año al recordar la maternidad de María nos invita a vivir esa novedad fecunda que ella trajo al mundo. Puso en la historia al Hijo del Padre Eterno y le dio forma humana en la que resulta patente la armonía de la historia con la eternidad. Esa armonía con la que Dios creó al ser humano llamado a la vida y no a la muerte; esa armonía, que quedó rota por el pecado y por la rebelión, se ofrece ahora de nuevo para que el ser humano, los hijos del viejo Adán, tengan la posibilidad de hacer las paces con su Creador y consigan dirigirse a Él como hijos y ya no más como esclavos.

La fiesta de hoy pone la atención en la maternidad de María. La grandeza de María es ser portadora en su seno de la vida más grande que la humanidad podía esperar: Dios mismo hecho carne en Jesús. Cuando los pastores llegaron hasta Belén y relataron lo que se les había contado de ese niño que acababa de nacer la única reacción de María es la de la contemplación y meditación de todo lo que estaba aconteciendo. Claro que María se alegraría por el nacimiento de su Hijo, pero María es sencilla, calla, medita, conserva en su corazón todo lo que está viviendo. Sabe que responde a un plan de Dios que le supera, por eso solo le toca confiar, tener fe.

Hay tanta sencillez en María que casi pasa desapercibida en el relato. El jolgorio, la alegría por el nacimiento la representan los pastores y todos los allí presentes que estaban admirados por este nacimiento. De nuevo, la grandeza de María, también está en su sencillez. Ella es el arca de la Salvación, en su seno porta a Jesucristo, su papel es de una importancia sin igual en comparación con el papel de los pastores, pero ella no dice nada, no hace nada, solo conserva y medita todo lo que está viviendo. También así nos enseña María a ser buenos discípulos, sin buscar ningún protagonismo.

El evangelio dice que los pastores regresaron de Belén dando gloria y alabanza a Dios, conforme a lo que se les había dicho. Claro, es que lo que han presenciado los pastores en Belén, el nacimiento del Mesías, ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento ^(Is 7,14). La voluntad de Dios de cuidar, querer y proteger a la obra de sus manos se remonta al minuto cero de la Creación. Por eso, ahora, en la plenitud de los tiempos, Dios ha querido dar lo mejor que tiene a la humanidad, a su propio hijo. Y lo ha querido hacer uniendo el destino de su hijo al destino de cada hombre, naciendo del seno de una mujer.

El rito de imposición del nombre «*Jesús*» no es mero azar, sino que es un nombre muy bien elegido. Podría traducirse como «*Dios salva*». Nada responde mejor a la vida de Jesús. Ha venido de parte de Dios, siendo Él mismo Dios, para salvar a la humanidad y reconciliarla con Dios. Este hijo nos ha venido por su madre, por María. **¡A Jesús por María!** Al celebrar con gozo esta fiesta en la octava del nacimiento del Salvador, al desear que se cumpla en nosotros la bendición solemne que nos trae la paz: ¡Bendita sea la Madre de Dios que nos facilitó este comienzo glorioso de una nueva vida como hijos de Dios! Nunca en la historia se ofreció una oportunidad a nadie de alcanzar tal dignidad, que nos hace acreedores de la herencia eterna. Un gesto de la Bondad de Dios, que augura una nueva era de paz en la tierra.

EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): *Caminarán los pueblos a tu luz.*

Salmo (71, 2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra»*

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *Y cayendo de rodillas lo adoraron.*

Unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén y sorprendieron a todos preguntando: **«¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella y venimos a adorarlo»**. Así nos relata el evangelio de Mateo uno de los hechos más sorprendentes sobre la tierna infancia de Jesús. El evangelista explica a sus contemporáneos que Jesús no sólo fue el Mesías esperado, sino que su realeza fue descubierta y manifiesta en primer lugar por los gentiles. Aquellos magos de Oriente, que eran los mismos reyes de Tarsis, de Saba y de Arabia, a los que había hecho referencia el Salmista. Eran los mismos que venían trayendo incienso y oro, montados en camellos y dromedarios de Madán y de Efá, tal como describió el profeta Isaías.

Tenemos algo más que unos reyes de arcilla para situar en nuestro belén; Mateo nos muestra la proclamación solemne de la realeza de Jesús, confirmada por una señal mágica en el cielo. La estrella de los magos es la luz que se posa sobre la ciudad del rey de los judíos, una luz que brilla en las tinieblas de la noche, que señala la bonanza que desde el firmamento llega a la tierra. No es sin más una estrella, es una estrella mágica. Aparecía y desaparecía atrayendo los ojos de aquellos buscadores del Mesías; entonces fueron los magos y a lo largo de los siglos ella ha venido anunciando a la tierra la llegada del Salvador.

Su luz es propia, nadie puede apagarla, sólo nubes pasajeras, que no la noche oscura, pueden entorpecer su visión; pero es necesario mirarla e incluso reconocerla, pues brilla junto a otras que llenan el firmamento, pero no son la estrella de los magos, habrá que consultar a los sabios y mejor a los profetas, habrá que pedirle a la memoria de la historia de la estrella, la que se escondió ante Herodes, pues no podía señalar a un falso rey que quería fundar su trono sobre bienes de la tierra. El Mesías que ella anuncia es rey venido del cielo para gobernar la tierra con la fuerza del Espíritu, la fuerza que procede de Dios, la que no teme la guerra que le declaran los ricos y poderosos, que creen ser los dueños de toda la fuerza.

A los magos sí les sirvió el texto que escribiera el profeta Miqueas y hacía Belén siguieron las huellas proféticas. ¡Qué alegría se llevaron al verla de nuevo cuando seguían la ruta que les indicó el profeta! La luz que brilló en Belén era algo más que una estrella; era el propio Hijo de Dios nacido de una doncella, la que al fiarse de Dios se sintió llena de gracia y favor, tanto que llegado el tiempo ella misma dio a luz al rey que anunciaba la estrella, al que buscaban los magos y anunciaron los profetas.

La figura de los magos no debe borrar el mensaje fundamental de esta fiesta de la Epifanía del Señor. Celebrar la fiesta de la Epifanía sin acercarnos junto a los magos llevando nuestros mejores presentes al Niño Dios es una forma de negar el verdadero sentido de la fiesta. Los magos de oriente siguieron una estrella para encontrar al Mesías. Nosotros nos fijamos en el Señor que guía nuestra vida y nos ofrece un camino de vida. Si nos dejamos orientar por Él, hasta de las situaciones difíciles y complicadas sabremos sacar buenas enseñanzas.

La alegría y la ilusión de los más pequeños, al levantarse esta mañana, es una bonita imagen de cómo todos podemos afrontar cada jornada. Los creyentes, estamos llamados a ser motivo de esperanza y fuerza para todos, especialmente para quienes viven con más dificultades. Somos llamados a ayudar para que todos se pongan en pie ante los retos de la vida.

Hoy es un día de alegría a pesar de tantas situaciones de postración, sufrimiento y dolor. El día de la Epifanía nos da un grito muy claro: ponte en pie, levanta el rostro, mira el presente y el futuro con ilusión y esperanza... alégrate, porque el Señor ha salido a tu encuentro y nunca te abandonará. Su palabra y su presencia es eficaz y, a pesar de las dificultades y las crisis, Él nos ilumina y fortalece en cada momento. Hoy sigue habiendo muchas señales que nos guían hacia Dios. Es la referencia que desprenden quienes buscan la paz y trabajan por la justicia, la claridad de las iniciativas solidarias que dan esperanza a los empobrecidos, el brillo de los gestos de perdón y reconciliación, el resplandor del compromiso con la casa común... También la comunidad cristiana, la Iglesia, está llamada a ser una estrella que nos acerque al Señor.

Dios sigue naciendo y cautivando nuestras vidas para que todos y cada uno llevemos su luz a todas las personas, especialmente a aquellas que viven marginadas o padeciendo el sufrimiento. Su vida no nos es ajena. Todos estamos llamados a ser la luz de Dios en las situaciones de dolor.

En este día expresamos que el nacimiento del Hijo de Dios es universal y accesible para todos. No sucedió en un lugar cerrado ni en un palacio inaccesible. Dios no se esconde, sino que se muestra visible, para todos. Los más sencillos y los más inquietos fueron los primeros en encontrarlo y hoy también nace para todos nosotros. Esta es la mejor de las noticias que podemos ofrecer hoy a nuestro mundo. Abrid los ojos y buscad los signos de su presencia, como los magos, para ir a adorarlo.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 55, 1-11): *Vuestros caminos no son mis caminos.*

Salmo (Is, 12, 2-3.4b-6): *«Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación»*

2ª lectura (1ª Juan 5, 1-9): *Todo el que cree que Jesús es Cristo ha nacido de Dios.*

Evangelio (Marcos 1, 6b-11): *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.*

Como si de una puesta de largo se tratase, o de una presentación en la sociedad, el relato del Bautismo de Jesús narra la llegada de aquel a quien Juan el Bautista anunciaba como alguien más poderoso que él y al que no se consideraba digno de agacharse para desatar las correas de sus sandalias.

Podemos imaginarnos la escena de Juan que predica la cercanía del Mesías, del que viene detrás de él. Para ello Él invita a las gentes a abandonar su propia instalación y acudir al desierto a recibir el agua de la purificación, el bautismo de penitencia.

Esta conversión de los pecados, el abandono de una posición corrupta, e incluso una vida más solidaria, constitúan una verdadera preparación para la llegada inminente del Mesías que debería juzgar a buenos y malos. La libertad con que Juan predica esta nueva visión de la existencia no le permitía estar cerca de los poderosos y por eso se va más allá del desierto, al otro lado del Jordán.

Entre aquellos seguidores de Juan aparece un día el propio Jesús, que comparte con el Bautista una visión nueva de la existencia, una necesidad de renovar la sociedad y purificar la humanidad con un auténtico bautismo que no se limitase a un mero rito. Jesús de Nazaret quiere testimoniar que el bautismo de Juan sirve para acercarnos al Mesías esperado, y lo hace acercándose personalmente a recibir ese bautismo. Jesús se acerca como un seguidor más, como alguien que aprueba y se siente identificado con la necesidad de conversión que predica Juan.

Una parte no pequeña de los ciudadanos de España está bautizada en la fe católica. Las razones que llevan a una buena parte de los padres a bautizar a sus hijos son de tipo sociológico o de tipo mágico (para que no le ocurra al niño nada malo). No faltan quienes quieren dar a sus hijos el don que ellos recibieron en su día. A modo de consideración, he preferido acercarme al Bautismo de Jesús buscando no tanto por qué se bautiza o para qué se bautiza, sino qué sucede en Jesús cuando se acerca a ser bautizado por Juan.

Por el evangelista san Lucas sabemos que Jesús tenía por costumbre acudir los sábados a la sinagoga donde se leía y comentaba la Palabra de Dios, por lo que podemos inferir que Él estaba, hasta entonces, abierto a la Palabra de Dios. Situación que no es ajena a muchos de nosotros, creyentes y bautizados, cuando crecemos e intentamos hacer nuestro el sentido de nuestro bautismo que, probablemente, fue de niños.

Resulta difícil calibrar ese relato que nos presenta al Hijo de Dios poniéndose en la fila de los que se confesaban pecadores y necesitados de conversión. El Espíritu nos revela entonces el misterio de esa persona que une la grandeza del Hijo de Dios con la condición necesitada del hombre Jesús, que se acerca a recibir el bautismo de conversión. La paloma que baja del cielo, y se posa sobre su cabeza trae el mensaje que le declara *“Hijo amado y predilecto de Dios”*.

La voz del cielo, al decir: *«Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco»*, es voz de un Padre que, sin duda, procede de Dios Padre. Como he señalado más arriba, hasta ahora Jesús estaba abierto a la Palabra de Dios, pero, a partir de que escucha *“Tú eres mi Hijo amado”*, ya no solo está abierto a la Palabra de Dios, sino que sabe a Quién pertenece. Este sentido de amor y de pertenencia es propio de los hijos hacia los padres, siempre que los hijos se sienten amados y promocionados como seres humanos por ellos.

Lo que había sido un hecho sorprendente, que rompía esquemas de comportamientos farisaicos sobre la llegada del Mesías, se nos presenta como una teofanía iluminada desde la nueva luz que resultó ser para las primeras comunidades cristianas la Resurrección y la irrupción del Espíritu en Pentecostés. El Jordán se convierte así en la puerta de entrada solemne y pública de Jesús, el hijo de María de Nazaret como Hijo de Dios.

A partir de este momento, Jesús toma las riendas de su vida, cumpliendo lo anunciado por los Profetas. Dios Padre le descubre y revela su identidad: es el Hijo y Dios para Él será el *«Abbá»*. En adelante sabrá para qué ha nacido, y para qué ha estado 30 años en vida oculta en Nazaret. En el mismo momento en que se le revela la identidad de Hijo del Padre, asume que ya su vida no le pertenece y que entra en la obediencia de amor a su Padre. A partir de ahora hará lo que el Padre le diga o pida. Él está ya bajo el señorío de Dios. Y, aunque la liturgia no nos ofrece hoy las tentaciones de Jesús en el desierto, a partir de ellas Jesús sabrá bajo qué poder está el mundo; cuáles son las mentiras en las que vive Israel y cuáles son las tentaciones más graves de aquellos que se dicen de Dios.

Nuestra fe consiste en creer que Jesús es el Hijo de Dios, el hijo predilecto del Padre que está en los cielos. Por la fe en Jesús nosotros participamos de esa filiación divina. Descubrir que somos hijos de Dios es algo que dignifica nuestra existencia. Pidamos a Dios que, al recordar nuestro propio Bautismo, nos ayude a descubrir con fidelidad, el don inestimable de ser hijos de Dios, de ser amados y de vivir el amor como sentido de nuestra vida.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Samuel 3, 3b-10.19): *Habla que tu siervo escucha.*

Salmo (39, 2.4ab.7-10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 6, 13c-15a.17-20): *Huid de la inmoralidad.*

Evangelio (Juan 1, 35-42): *Venid y veréis.*

Nos miramos a nosotros, a nuestra propia vida, y descubrimos que a veces no escuchamos cuando nos hablan, o que tenemos respuestas ya preparadas. Es sin duda una forma de defensa, de no permitir que otro asalte los muros de nuestra intimidad. A veces decimos de personas que tienen responsabilidades públicas, que “*todos son iguales*”; otras veces, ante nuevos planteamientos, decimos que es “*más de lo mismo*”, o que “*no se puede hacer nada*”; está por fin el extendido y nefasto “*siempre se ha hecho así*”.

Son respuestas tópicas que nos paralizan, que “*bloquean*” cualquier posibilidad de avanzar. Esto no solo hace referencia al desarrollo personal, o a la vida social, sino que tiene que ver también con la vida religiosa. Es más fácil y más cómodo no plantearse nada, no sea que mi vida, incluida la espiritual y cristiana se vea comprometida, y tenga que tomar decisiones, que me haga cambiar, salir de mi vida tranquila y serena.

La Palabra de Dios hoy nos plantea la posibilidad real de escuchar sin bloqueos y, consecuentemente, de permitir que lo que otro dice afecte a mi vida. En este caso el que habla es Dios al niño Samuel, y Jesús a los dos hermanos, Andrés y Simón Pedro. Samuel es un niño que está naciendo a la vida; no es esclavo aún de incomprendiones que lo condicionen. Cuando oye esa voz en su interior, piensa que el anciano Elí le está llamando; no tiene “*claves*” para interpretar qué le está pasando. A la tercera llamada, el anciano Elí entiende que es Dios quien llama y pronuncia la frase que a día de hoy sigue vigente: «*Habla, Señor, que tu siervo escucha*».

En el caso del evangelio asistimos a una cadena de propuestas y respuestas. Juan Bautista dice a dos de sus discípulos que Jesús es el «*Cordero de Dios*»; Jesús ve que lo siguen y les pregunta qué buscan; ante la invitación de Jesús a ir con él, los dos discípulos acceden; a continuación, anuncian con quién han estado. Es una relación de llamadas y respuestas, de aceptaciones, de experiencias, que llevan a conocer a Jesús. La actitud religiosa que posibilita la fe es la de ser “*oyente*” de las propuestas de Dios.

La palabra vocación tiene que ver con “*llamar*” (vocare en latín). El movimiento es de ida y vuelta: hablar y escuchar; llamar y atender; preguntar y responder. Así sucede en la vida cotidiana y por extensión en la vida religiosa. La vocación supone que alguien (Dios) nos interpela, y supone que cada uno de nosotros nos atrevemos a escuchar. A veces, decíamos al principio, no nos dejamos preguntar; de esta forma nos defendemos de posibles riesgos. En la vida cristiana sabemos que Jesús es quien llama a nuestro corazón, que habla en nuestro interior; cualquier vocación, sea la que sea, comienza por este paso humano, arriesgado, de dejarse preguntar.

La “*vocación*” o llamada de Dios es una invitación a seguirle, algo así como la confirmación de que la escucha atenta al Hijo predilecto de Dios no debe quedarse en mera información de algo noble y digno que se nos propone. En esa acción del Espíritu que es la vocación ya surge en nosotros el deseo de saber más de Dios, de gustar de sus enseñanzas y hasta nos viene en gana de participar de su propia vida.

Por eso la pregunta del que siente la llamada del maestro es algo vital: querer conocer cómo es su entorno, cuales son sus proyectos, de qué medios dispone y como administrarlos. Sí, Señor, yo quiero saber no sólo donde estás, para venir a adorarte sino también dónde vives; pues necesito de Ti para aprender a vivir como Tú vives. Sabemos que nunca alcanzaremos la naturaleza divina, pero es cierto que se nos ha concedido la posibilidad de vivir como hijos de Dios.

La respuesta del Maestro es altamente pedagógica: «*Venid y veréis*». Sobran las palabras que podríamos no entender. Ven y verás, que nadie te cuente lo que tú mismo puedes conocer y experimentar, acércate al Maestro no sólo de palabras sino de vida; penetra en su espacio vital y descubrirás que no está lejos de ti. Solo tienes que facilitarle el acceso, pues Él quiere vivir donde tú mismo vives. Ese es el gran anuncio que nos hace hoy el evangelio: Jesús, el Maestro vive en el espacio vital de la humanidad.

Ese es el actuar de Dios, que no impone su existencia a nadie, sino que generosamente nos regala una invitación para compartir nuestra vida con Él. Quizás lo más sorprendente es que nos lo pone bien fácil, ya que para llegar a Él basta adentrarnos en lo profundo de nuestro ser donde anida su Espíritu. Es en este espacio donde vive Dios a pesar de nuestra resistencia y sólo se requiere nuestra aceptación para sentir el aliento divino en nuestro interior. Nosotros seríamos incapaces de encontrar a Dios si no fuera por la acción del Espíritu que ya actúa en nosotros.

No nos extraña que el mundo ignore a Dios; tampoco tengamos miedo de que su negación lo haga desaparecer. La existencia de Dios y su presencia en el mundo no es una exigencia del ser humano, sino un regalo que generosamente Él nos brinda. Lo único que nosotros podemos exigirnos es mayor responsabilidad en nuestra relación con Dios.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jonás 3, 1-5.10): *Ponte en marcha.*

Salmo (24, 4-5a.6.7cd.8-9): *«Señor, enséñame tus caminos»*

2ª lectura (1ª Corintios 7, 29-31): *El momento es apremiante.*

Evangelio (Marcos 1, 14-20): *Está cerca el Reino de Dios.*

Ni antes ni después, sino en el momento en el que Dios actúa, llega la hora, se acaba una historia y comienza otra: la historia del hombre que cumple plenamente el designio eterno del Padre. Ante la importancia de este hecho resulta banal discutir acerca del espacio temporal en que esto sucedió, poco importa si todo comenzó en el año cero o en el año uno, lo que sí nos importa de verdad es saber que al hacerse Dios hombre cambió la historia de los hombres en la tierra. Y este es un hito que desde entonces celebramos.

En los textos que la liturgia nos propone para leer hoy en nuestra celebración eucarística tanto Jonás como Pablo y el más antiguo de los evangelistas nos recuerdan que existen momentos apremiantes, plazos que se acaban y una tarea urgente que hay que realizar. Eso es lo importante y lo que trae consigo la novedad del evangelio.

La primera lectura (de la profecía de Jonás), nos cuenta que la ciudad de Nínive estaba inmersa en una vida de desenfreno y depravación por lo que Dios pensó castigarla; pero, alcanzó su favor y su perdón al reaccionar y cambiar de vida ante la palabra del profeta. La buena noticia es que la caducidad de los bienes y males de este mundo no pueden empañar nuestra esperanza de eternidad; buena noticia es la que nos dice que el Reino de Dios está ya a nuestro alcance. Todo eso ya es seguro. Nadie puede cambiar la acción de Dios en favor del hombre.

Pero, el riesgo está ahí: podemos presumir de que Dios ya lo ha hecho todo en favor nuestro, o podemos pensar que el castigo de Dios es irrevocable cuanto reconocemos la magnitud de nuestros pecados. Los textos mencionados nos aseguran que Dios no quiere la destrucción de Nínive sino su conversión; pero ésta supone que los ninivitas han abandonado su forma de vivir ya que ella les aleja del favor de Dios que es el único garante de su supervivencia.

El momento es apremiante. Se ha cumplido el plazo, ha llegado el momento culminante en el que el designio de Dios sobre la paz y el bienestar del hombre se ha realizado enteramente en la historia. Jesús es la expresión máxima de este designio y por Él la paz y el bienestar están al alcance de quien lo desee de todo corazón, sin egoísmos ni mezquindades. Esa es la gran noticia que garantiza el destino feliz del hombre: la participación de la vida de Dios. Creer, aceptar la validez de esta noticia, requiere un cambio de mentalidad que trascienda la visión insuficiente que la razón suministra.

La conversión y el arrepentimiento son un camino seguro para volver a sentir la inalterable voluntad salvífica de Dios. La conversión es una actitud vital que emana de la gozosa aceptación de la Buena Noticia. No es fácil arrepentirse de los pecados si no los consideramos como algo que estorba nuestra paz y bienestar según nos la brinda el evangelio. La urgencia de la conversión no puede ni debe entenderse como un ultimátum que amenaza, en caso contrario, el bienestar del hombre, sino como una buena noticia que alegra el corazón del que la recibe y le mueve a conformar su criterio y voluntad para alcanzarla.

La vida está llena de señales; unas (las de tráfico) indican hacia algo exterior, otras (manos juntas, besos, abrazos) son indicadores de algo interior y también hay otras que son cuidadoras de la salud de todas las personas, de todos los grupos y de todos los pueblos de la tierra. A pesar de todas las señales que nos encontramos en nuestra vida cotidiana no somos capaces de caminar por el camino que conduce a la vida. Queremos ir cada cual por donde mejor nos parece en cada momento sin pensar para nada en los demás.

Las llamadas apremiantes a descubrir el Reino anunciado por Jesús desde el comienzo de su predicación, como acabamos de escuchar en el evangelio que hemos proclamado, nos invita a salir de nosotros mismos, a abandonar todo aquello que estamos viviendo y realizando en nuestras formas de vida individual, en nuestras relaciones egoístas con las demás personas y en el mal trato de la naturaleza.

A escuchar la voz de las personas que con sus palabras y con sus acciones están proclamando claramente que es posible vivir de otra manera para que otras personas puedan recuperar una vida digna en la que sean respetados sus derechos a una tierra, a un trabajo y a un techo para poder realizar sus proyectos humanos.

A esas personas, hermanas nuestras, hemos de darles acogida, escucha, la ayuda que necesiten en ese momento y lograr, de esa manera, su puesto en ese nuevo espacio. Así, poco a poco, lograran encontrarse con otras ciudadanas que les irán abriendo sus casas, sus proyectos, sus amistades para que puedan compartir sus cualidades y potencialidades en la construcción conjunta de un mundo más justo y solidario.

Si de verdad escucháramos esa voz, entenderíamos fácilmente lo que significa la conversión a la que Jesús nos invita cuando dice que el Reino está cerca de nosotros, a nuestro lado y que, en la vida de cualquier persona que encontremos, nos podemos acercar y escuchar su voz.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 18, 15-20): *Pondré mis palabras en su boca.*

Salmo (94, 1-2.6-9): *«Ojalá escuchéis hoy mi voz: “No endurezcáis vuestro corazón”»*

2ª lectura (1ª Corintios 7, 32-35): *Quiero que ahorréis preocupaciones.*

Evangelio (Marcos 1, 21b-28): *Estaban asombrados de su enseñanza.*

Encontrarse con Jesús, escucharlo, contemplar su modo de ser y de estar en la vida produce sorpresa. Más que sorpresa, estupor. Estupor es eso que te sucede cuando lo que ves y oyes no te lo acabas de creer. El evangelista Marcos recoge la reacción de los que le escucharon y le vieron actuar con esta pregunta, que más que pregunta es una exclamación: *«¿Qué es esto?»*. Jesús rompía las fronteras de lo conocido y de lo acostumbrado, de lo que aquella gente había visto y oído a los maestros de la religión oficial. Los maestros explicaban la ley; en cambio, Jesús les hablaba de un Padre misericordioso y de su presencia salvadora en los corazones. Los maestros de la ley no se salían de la letra de la ley. En cambio, Jesús les hablaba de la vida y ponía su vida en lo que decía. Había en él una novedad de vida tan grande que muchos se sentían “*sanados*” y todo esto les tenía asombrados. Era “*una enseñanza nueva expuesta con autoridad*”.

Para los mismos fariseos, representantes de la ley de Moisés, Jesús es una muestra evidente de que no basta el conocimiento de la ley para hablar en su nombre e imponerla a los demás. Es necesario tener la autoridad correspondiente para hacer valer con garantía lo que se enseña a los demás. No es pues la arrogancia del que habla quien da valor a sus palabras sino la autoridad que ha recibido de quien puede otorgársela. El mismo Jesús recuerda al procurador Pilato, quien con arrogancia le dice que tiene poder para condenarle o soltarle, que *«no tendría sobre él ningún poder si no se le hubiera concedido desde lo alto»*. Esta función de hablar y decidir con autoridad no es pues un derecho propio que mana de la fuerza y/o voluntad de uno mismo, sino de la misión que ha recibido de quien puede transmitir ese poder. Respetando el valor de todas las mediaciones recordamos que “*todo poder viene de Dios, a quien en definitiva le corresponde todo poder, honor y gloria*”.

En el hablar de Jesús hay una fuerza interior que mana de su espíritu puro frente a los espíritus inmundos que intentan apoderarse del hombre y hacerle su esclavo. Las enseñanzas de Jesús no son meras informaciones sobre las realidades trascendentes sino palabras acompañadas de una eficacia y eficiencia asombrosas. Lo asombroso de Jesús es que su misma persona es Palabra viva de Dios, por ello simplemente su presencia, sin necesidad de hablar, es ya un imperativo contra el enemigo del hombre, ese espíritu inmundo que reteniéndole en su dominio le impide conocer la verdad.

Jesús devuelve la autoridad a la Verdad que no necesita apoyarse en argumentos, sino que su fuerza dimana de sí misma y transmite salvación a los que la reciben. No engaña ni promete triunfos aparentes sino la total liberación de cuanto esclaviza lo más íntimo y sagrado del ser humano: la mentira, pura negación de la Verdad que es lo único que tiene valor eterno. Jesús es el Maestro que cuando enseña transmite una energía salvadora desde su interior con toda la fuerza del poder de Dios que obra en Él. No así los maestros de las sinagogas que transmitían preceptos y enseñanzas humanas faltos de esa energía interior que da vida y fuerza a las palabras.

Las palabras de Jesús sonaban a novedad, a vida, porque las sacaba desde lo más íntimo de sí mismo, como se saca el agua de un manantial interior. Eran palabras de vida que sanaban los corazones heridos, que traían paz a las personas angustiadas, que levantaban el ánimo a las personas caídas. Quien le escuchaba sentía cómo le renacían las fuerzas para levantarse y continuar el camino. Sus palabras podían tener la suavidad de una caricia y la fuerza irresistible del amor que todo lo cambia. Cuando hablaba ponía el alma en las palabras y la gente notaba que allí, en aquella enseñanza, estaba Dios, el «*Abba*» del que les hablaba. Por eso, era “*una enseñanza nueva expuesta con autoridad*”. La autoridad de quien se cree lo que dice y lo que dice lo vive.

Tal vez digamos: ¡Qué envidia de aquella gente! ¡Qué suerte tuvieron! Lo asombroso es que también hoy es posible. Cuando nos acercamos a los relatos evangélicos con el deseo de conocer a Jesús, verdaderamente escuchamos su palabra y, su palabra puede sorprendernos. Como en la sinagoga de Cafarnaúm, Él desea llegar a nuestras vidas y anunciarnos la mejor de las noticias y sanarnos las heridas. Un cristiano es el que desea encontrarse con Jesús, con su vida, con sus palabras. Necesitamos criterios válidos para percibir, como los contemporáneos de Jesús, quién y cuándo habla con la autoridad que Dios le otorga. El peor enemigo para discernir esta presencia de lo divino es negarse por el egoísmo a los dones del Espíritu y contentarse con lo propio sin sentir la necesidad o la sed de Dios.

Al mirar la realidad de nuestra vida cristiana, personal, parroquial, pareciera que la rutina hecha a fuerza de repetición hubiera ahogado la novedad y autoridad de su palabra. La leemos, pero no nos toca, la escuchamos en la celebración de la Eucaristía, pero nuestra mente anda distraída y no dejamos que nos lleguen adentro. Necesitamos volver a Galilea, a Cafarnaúm, a escuchar por primera vez su voz. El salmo de hoy nos ha llamado a ello: *«Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón»*.

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 7, 1-4.6-7): *Recuerda que mi vida es un soplo.*

Salmo (146, 1b-6): *«Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados»*

2ª lectura (1ª Corintios 9, 16-19.22-23): *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*

Evangelio (Marcos 1, 29-39): *Se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar.*

Acostumbrados a pagar un precio por todas las cosas que deseamos nos sorprende el valor de la gracia. Gratis y por amor Dios nos la concede, y con desagradado percibimos a menudo que apenas si la agradecemos; no la valoramos porque no nos ha costado nada. Corremos el riesgo de pensar que la hemos conseguido nosotros y entonces le damos un valor que no tiene.

La gracia es un don de Dios y brota de su Bondad hacia nosotros. Al estimarla en su gratuidad reconocemos con agradecimiento el valor recibido y descubrimos con agrado que nos basta para superar todas nuestras deficiencias. Nadie como el cristiano ha sido agraciado desde el primer momento de su existencia. La dificultad surge cuando nosotros confundimos el don de Dios con aquellos “*done*” que le reclamamos con la exigencia de quien cree tener derechos sobre él. San Pablo nos invita a entregar gratis lo que de balde hemos recibido, pero antes es necesario calibrar el valor de lo gratuito.

Nos resistimos a renunciar a nuestros derechos ante Dios; no acabamos de creer que todo procede “*gratuitamente*” de Él y acabamos fiándonos más de los príncipes de este mundo que de Dios. Hemos devaluado lo gratuito y alardeamos de nuestras adquisiciones. Estamos más cerca de la estupidez de la mujer de Job que defiende una religión interesada, y lejos de la sabiduría popular: “*a las duras y a las maduras*”, que Job pronuncia en dimensión teológica: «*Si se acepta de Dios el bien ¿no habremos de aceptar también el mal?*».

Anunciar el evangelio, confesar y proclamar que Jesús salva al hombre, no es afirmar un puro enunciado dogmático, ni puede ser para el cristiano motivo de soberbia. Movidos por el Espíritu Santo, sintiendo que este favor divino da sentido a nuestra vida, afirmamos con obras y palabras, llenas de vida que nuestra fe no es vana, que vivimos conscientes del favor de Dios y lo estimamos por encima de otro don.

En las dificultades y carencias, el Evangelio nos ayuda a entender el valor salvífico de la cruz que, si se acepta, como lo hizo el Hijo de Dios hecho hombre, descubrimos el verdadero sentido de la vida. El Evangelio no engaña al hombre ofreciéndole un camino de rosas para conseguir su bienestar, sino una visión nueva del favor de Dios, que no se cansa de regalar al hombre su amor y su amistad; esos bienes que nadie estima si no son de verdad “*gratuitos*”.

El “*ser*” es la esencia de una persona y el “*vir*” es el hombre adulto. **¡Ser-vir es vivir!** El servicio es lo más propio del ser humano. El servir da alegría, llena de felicidad y nos lleva a la plenitud. La condición del cristiano como seguidor de Jesús le convierte en servidor permanente. Vivir centrado no en uno mismo, sino en los demás, en sus necesidades, anhelos y esperanzas. Mirar hacia los demás es lo propio del seguidor de Jesús. Si así lo hacemos y vivimos vamos por Buen Camino.

Jesús, hace de su vida una continua mirada al necesitado. Nos enseña a vivir mirando al otro. En el Evangelio de hoy nos presenta lo que sería una jornada “*normal*”, una actividad sin pausa mirando dónde hay que llevar amor y vida. Jesús sale de la sinagoga, a la calle, a la vida diaria, a las gentes, a sus casas. Ante ¡una mujer! que sufre, se acerca, la coge de la mano, la levanta... Es decir, muestra su cercanía, con signos del Amor de Dios. Son signos de curación, la cercanía, el calor de las manos, son las mismas manos de Dios. Y aquella mujer queda curada y se puso a servirlos. Jesús la ha puesto en pie, la ha curado, la da la dignidad que anula lo que la hunde y esclaviza.

La acogida del calor de Jesús, sentirse curado o salvado, nos hace personas nuevas. Sobre todo, nos hace servidores y discípulos de Jesús no para dar discursos sino para servir, para mirar al otro como a un hermano que me necesita. No es casual que el Amor a Dios vaya unido al amor entregado a las personas. No hay sitio en la vida cristiana para la teoría, porque la práctica y la entrega, el servicio, la cercanía, la sencillez para con el otro lo ha de llenar todo. Aquella mujer se puso a servirles a todos, de pie, con dignidad. Y fue también discípulo de Jesús, porque el Evangelio son siempre hechos liberadores a favor de los demás.

Claro que en la vida nos cuesta vivir el servicio. Nos puede lo inmediato, lo que nos agobia: lo mío, mi familia, mis pesares... Tanto que, a veces, como Job, le pedimos respuesta a Dios. Esto es bien normal, siempre que no vayamos exigiendo que se solucione “*mi*” problema. Nos sentimos como un jornalero que suspira, aguarda, cae, vive la desesperanza. Pero, aún entonces, Dios nos escucha, acoge e indica el Camino.

Nuestra vida ha de ser dar gracias y alabar a Dios, como el salmista. Dios Padre sana el corazón, reconstruye, reúne, vena las heridas. Y merece la alabanza de nuestra entrega y servicio. Y no para “*ser mejor*”, o como motivo de orgullo. De balde, con libertad, a causa del Evangelio, dirá Pablo: «*Como Jesús que se hizo débil y se despojó de su rango*».

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 13, 1-2.44-46): *Será llevado ante el sacerdote.*

Salmo (31, 1b-2.5.11): *«Tú eres mi refugio, me rodeas con cantos de liberación»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 31 – 11, 1): *Hacedlo todo para gloria de Dios.*

Evangelio (Marcos 1, 40-45): *Para que conste, ve a presentarte al sacerdote.*

En la primera lectura, vemos como en Israel, según la ley de Moisés, se declara impuro al leproso, pero esta impureza implica que el leproso no es solo un enfermo, es un pecador que debe ser excluido de la comunidad, es el sacerdote el que determina que aquel hombre es un leproso, un marginado, un excluido y debe alejarse de la ciudad y de las personas. La ley de Moisés y las costumbres sociales que de ella dimanaban fijaban los límites de la marginación, así, los “*limpios*” y “*puros*” quedaban protegidos por esta ley, y nunca osaban acercarse a los marginados.

Marcos nos presenta la escena de un leproso que, según la antigua ley de Moisés, no podía acercarse a los limpios y debía proclamar su impureza para ahuyentar así a los que pasasen a su alrededor. Una escena de marginación total sirve de marco para mostrar que la actividad de Jesús va más allá del territorio que le permite la ley mosaica.

Este relato evangélico insiste en la idea de que la impureza, la falta de limpieza, la enfermedad contagiosa, segrega al individuo de la sociedad limpia y sana. Pero si bien es cierto que esta falta de limpieza condenaba al enfermo, al impuro, el paso de Jesús ante él le abre un nuevo horizonte de salud y de limpieza. Jesús rompe el esquema pecado=castigo, enfermedad contagiosa=segregación, y brinda generosamente una nueva alternativa pecado=conversión, enfermedad=curación.

Tenemos que observar que, lejos de aceptar resignado su condición de marginado, es el propio leproso quien siente la necesidad de salir de su situación; sabe que, según su ley, la enfermedad sólo la cura Dios y, desde su propia indigencia se atreve a dirigirse a Jesús como el enviado de Dios y reconociendo su poder, humildemente le ruega que produzca en él un cambio radical: **¡Si quieres, puedes limpiarme!** Es un grito de fe y adoración ante Jesús de quien el enfermo ha oído hablar; no se trata simplemente de una reacción de aprovechamiento de unos beneficios que se reparten gratuitamente. Diríamos que él le pide a Jesús realice un “*milagro*”, sabiendo que sólo Dios o su enviado pueden sanarlo.

Esta voluntad del leproso manifestada a Jesús con este grito de adoración y de fe recibe la respuesta de Jesús que quiere que el leproso quede limpio. El querer del impuro se hace limpio al salir de su propia inmundicia y dirigirse esperanzado al que no hizo ascos de su lepra a la vez que Jesús extendió sobre él su mano poderosa, transmitiéndole la fuerza regeneradora que le devolvió un cuerpo limpio.

La respuesta de Jesús no defrauda al enfermo. Jesús quiere curar, para eso ha venido al mundo: para expresar la voluntad salvífica, sanadora, del Padre. La súplica del enfermo es ya fruto de la acogida que el leproso ha dispensado al Mesías, al Salvador, que se ha acercado a él. No es una resignación pasiva de la enfermedad que sufre, ni tampoco se rebela contra el Dios que según la ley de Moisés le había castigado con esta terrible enfermedad. Reconoce con disgusto su situación angustiosa, pero no se desespera, sino que tímidamente se atreve a pedir a Jesús que cumpla en él su voluntad: **¡Si quieres, puedes limpiarme!**

Jesús cura al leproso porque esa es la voluntad de su Padre, la que él quiere cumplir porque ama a su Padre y se siente querido por Él. La gloria de Dios, la afirmación de su criterio y de sus razones, la aceptación de su voluntad equivale al bien de todos los hombres a los que Jesús con su presencia ha facilitado la cercanía de lo divino; Jesús no busca el aplauso de las gentes, e incluso prohíbe al leproso que le aplauda, pero su acción benéfica se expande y difunde como la propia bondad. Le prohíbe decir nada, porque no quiere que se confunda la intención del milagro, pero aquel hombre va proclamando a todo el mundo a Jesús de Nazaret, de manera que el leproso liberado y evangelizado se convierte en evangelizador.

En la comunidad cristiana no cabe condenar al leproso, al marginado, a aquellos que consideramos contagiados por impurezas contaminantes; si de veras creemos en Jesús, el Salvador, tenemos que evitar ese juicio de condena y esperar que la acción de Dios, esa que se hace patente y viva en cada cristiano responsable, pueda brindar al necesitado y al marginado un rayo de esperanza que le permita sentirse reintegrado en el ámbito de los limpios.

Todo esto, sin olvidar que sólo el querer limpio de Dios, su voluntad sin impurezas, es fuente de salud y de recuperación. Encapricharnos en nuestros deseos, autocomplacernos con nuestra propia voluntad equivale a rechazar esa alternativa que Jesús brinda a los que elevan su voz diciendo: **¡Si quieres, puedes limpiarme!**

Con esto nos está pidiendo la Palabra de Dios que no marginemos a los débiles, que no hagamos invisibles a los pobres, a los enfermos y ancianos, que seamos solidarios con aquellos que debido a la guerra, al hambre, a la pobreza, a la soledad o cualquier otra causa que padecemos se sientan, como el leproso, marginados y apartados.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): *Ten compasión de tu pueblo, Señor.*

Salmo (50, 3-6b.12-14.17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 – 6, 2): *En el tiempo favorable te escuché.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha.*

Con este tiempo de Cuaresma la Iglesia quiere recordarnos que el favor de Dios, su misericordia, nos brinda una nueva ocasión para purificar nuestra vida, prestando atención a las decisiones que tomamos en nuestro corazón. Hemos adquirido tanta confianza en nuestras propias posibilidades, nos sentimos tan seguros y firmes en nuestras decisiones, que consideramos que son siempre conformes a lo que Dios espera de nosotros.

Pero apenas percibimos que nos vamos alejando de Dios, cada vez que nos sentimos satisfechos de nuestro propio criterio, lo que la Cuaresma nos recuerda es que hemos de hacer una auténtica reconversión de nuestro razonamiento aprovechando el tiempo de gracia, el tiempo favorable para acercar más nuestro corazón a Dios. No sirve hacer valer nuestros méritos delante de Dios; nadie mejor que Él será nuestro valedor: **«¡Dichoso el hombre a quien el Señor no le imputa su delito!»** (Salmo 31, 2), pues incluso cuando nuestros delitos nos abrumen Él no los apunta, no los imputa, nos ofrece una nueva ocasión para convertir nuestro corazón y cambiar de conducta.

Sería engañarnos a nosotros mismo si pensáramos que Dios no se entera de nuestros pecados; lo que ocurre es que Él quiere librarnos de ellos, no quiere hundirnos en nuestra confusión y bochorno; no quiere que vivamos engañados, víctimas de nuestro corazón y de nuestras falacias. Dios nos brinda una nueva oportunidad para que no sucumbamos ante nuestros delitos y por eso, en este tiempo de gracia, escucha nuestra confesión y nos concede su perdón.

El tiempo de Cuaresma es una buena ocasión para confesar nuestros pecados, aclarar nuestra conciencia, convertir nuestro corazón haciéndole retornar de aquellas aspiraciones y deseos que se van alejando inconscientemente del designio de Dios. El apóstol san Juan nos invita a aprovechar esta ocasión espléndida cuando escribe: **«Si afirmamos no tener pecado, nos estamos engañando nosotros mismos y, la verdad no la llevamos dentro. Si confesamos nuestros pecados, Dios que es fiel y justo cancela nuestras culpas y nos limpia de toda culpa e injusticia»** (1ª Juan 1, 8-9).

Dios nos hace sentir la alegría del perdón, Él llena nuestro corazón de decisiones acertadas, de respuestas que satisfacen lo más íntimo de nuestro ser, allí donde el Espíritu anima nuestras aspiraciones. Es en esta acción de benevolencia divina donde nuestro corazón siente una transformación total y gozosa; siente la atracción del bien, libre del engaño, y palpita con mayor holgura.

Es necesario prestar atención a las primeras palabras de Jesús en este evangelio. Dice el Señor que tengamos cuidado con el modo en que practicamos nuestra justicia. Los judíos que escuchaban a Jesús entendían esta “*práctica de la justicia*” como el conjunto de actos que podían hacer al hombre merecedor de la salvación. La Ley del Sinaí, transmitida a través de Moisés, ya prescribía la protección a la viuda, al huérfano, al extranjero. Los antiguos también sabían de misericordia.

Hoy Jesús les recalca que esa “*justicia*” debe ser siempre discreta, sencilla, sin aspavientos. Todo lo contrario a la ostentación es lo que el Señor nos pide en este día. Lo contrario de la autenticidad es la hipocresía, por tres veces Jesús repite que cuando hagamos **«obras buenas»** lo hagamos con discreción. No se trata por tanto de qué es lo que tenemos que hacer para iniciar esta Cuaresma, sino el cómo. Podríamos poner excusas: que si el ayuno es algo pasado de moda, que si ya rezo todos los días..., pero entonces posiblemente no estaríamos aquí celebrando el Miércoles de Ceniza.

El evangelio nos muestra tres caminos: La oración, el ayuno y la limosna. Como todas las otras obras buenas que nos enseñó el Señor con su vida y con su ejemplo, están delante de nosotros para que las imitemos, en la medida de nuestras posibilidades. Como dirá Jesús en la parábola del sembrador se trata que demos buen fruto, ya sea ciento, sesenta o treinta.

La propuesta es que este Miércoles de Ceniza sea un punto de partida en el que podamos intensificar nuestra vida espiritual y para ellos las obras buenas y concretas nos ayudarán sin duda. ¿Por qué hacer el bien? Porque Dios es el sumo bien y cada vez que nos empeñamos en amar, en ayudar, en ser generosos, en tener misericordia estamos colocándonos, al final, más cerca de Dios.

No creemos que nuestras buenas obras nos vayan a procurar, como consecuencia directa, que Dios nos premie con la salvación. Nuestras “*buenas obras*” no pueden ser monedas de cambio alguno. No damos para que nos den. Tampoco somos ingenuos, sabemos que solo Dios puede dar y conceder la salvación. Somos llamados en este Miércoles de Ceniza a la conversión. A la vuelta a casa. Al regreso a la intimidad con Dios. A cuidar con mayor delicadeza en este tiempo nuestra vida espiritual. Y que esta vida espiritual tenga reflejo claro y práctico en nuestras obras. Esta invitación es ya, por sí sola, nuestro premio, nuestra recompensa. Somos llamados a vivir en profundidad nuestra fe.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 9, 8-15): *Aparecerá en las nubes el arco y recordaré mi alianza.*

Salmo (24, 4-5a.6.7cd.8-9): *«Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad»*

2ª lectura (1ª Pedro 3, 18-22): *Cristo sufrió su pasión, por los pecados.*

Evangelio (Marcos 1, 12-15): *Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios.*

Es el inicio de la Cuaresma, cuarenta días para la reflexión. Cuarentena que la Biblia pone en estrecha relación con el tiempo de la vida, el sinuoso camino de ir adelante en medio de dificultades, pero con el entusiasmo de un proyecto que se abre paso entre los guijarros del camino, los empinados ascensos y las arenosas dunas que tan penoso hacen el avance.

Da la impresión de que la vida, en la Biblia, se entiende como la decisión de poner en marcha una realidad tan frágil y fuerte como la vida en común de dos personas que también emprenden la aventura de compartir su futuro. Podrán tener mucho o poco, pero sus dificultades quedan empujadas al lado del gran valor de un amor que les empuja a buscarse y unirse. Lo que importa es estar juntos, unidos, y entenderse en esa estrecha relación de ser un “*nosotros*” irrompible y cada vez más cohesionado.

En esa onda nos ponen las lecturas de hoy. Desde Adán, expulsado pero no rechazado; a Noé, símbolo de la esperanza para la humanidad; a Abrahán, el padre de los que confían en Dios entre los arenales de la vida; a Moisés, conductor del pueblo hacia su futuro; los profetas, pensadores críticos de una vida desviada de la religiosidad vivida en la relación social y comunitaria; hasta Jesús, el gran realizador de la Nueva Alianza o unión indestructible de Dios con nosotros, la humanidad vivida en relación con la materia, la vida y las personas.

Comenzamos un tiempo para pensar. El paso de los días, las penalidades de este “*annus horribilis*”, la situación de una comunidad de creyentes alicaída, la sensación de crisis continua, parecen dejarnos desarmados, desanimados.

Todos los nombres bíblicos que he citado antes vivieron, esta misma situación de crisis. Todos ellos entendieron que, en su realidad tan negativa, Dios les llamaba a levantar el ánimo de su gente, a sembrar la historia de esperanza, a rehacer la unión con Dios como base de un resurgir, no del mundo anterior sino de un mundo nuevo, otra cosa distinta en cuyo fondo está, viva y fuerte, la misma unión y alianza con Dios. Nos pone tristes la nostalgia de un tiempo pasado. Dejemos atrás el tiempo pasado y hagamos como en el pasado hicieron nuestros antepasados: cambiar. Del pasado, a nuestra comunidad, solo le interesa Dios.

“*En el desierto de la vida, solo Dios basta*”. Todo lo demás puede ser una carga demasiado agobiante para seguir caminando. De Él sacaremos el ánimo y la esperanza que nos hará buscar y encontrar los recursos necesarios para superarnos. El mundo necesita una referencia de alegría y esperanza. Nosotros, hoy, no estamos en condiciones de realizar nuestra vocación. Cambiemos la nostalgia triste y melancólica por un sueño de futuro, de vida y de noticia buena. Se ha cumplido el tiempo, ya es hora. Hablemos del Evangelio.

La invitación que Jesús de Nazaret formula, al comienzo del Evangelio de Marcos, va dirigida a todos aquellos alejados de Galilea que se resisten a creer en la llegada del Reino de Dios. La cercanía del imperio de Dios entre los hombres no tiene que esperar una venida apocalíptica, al final de los tiempos; Jesús la anuncia como inminente y afirma que el plazo está cumplido.

Con frecuencia los cristianos vivimos pensando que el reino de Dios está más allá de nosotros. Nos cuesta creer que el Reino de Dios está cerca; que es algo que afecta a nuestra existencia actual, y algunas veces hasta dudamos de que ello es una buena noticia. Sentimos mayor interés por otras noticias que alegran nuestro corazón, aligeran nuestras cargas y nos permiten vivir con mayor holgura. En definitiva, nos movemos por razones que todavía no son del todo conformes con las que afirma el evangelio.

La conversión va más allá de la simple confesión o reconocimiento de nuestras deficiencias; éste sólo es el primer paso de nuestra respuesta a la invitación que Dios hace a nuestra conciencia. Valorar como un bien y estimar la voluntad de Dios como algo superior a nuestros deseos y aspiraciones es otro paso que hemos de dar camino a la conversión auténtica; pero no basta una valoración y estima teórica. Es necesario que el criterio de Dios, su voluntad salvífica, sea lo que mueve nuestras acciones y operaciones en todo el ámbito de nuestra existencia.

La acción del Espíritu Santo es la única que puede dinamizar nuestra voluntad débil y caduca, y garantizar la auténtica conversión que no es puntual y se realiza de una sola vez para siempre, sino que requiere una actitud permanente de vigilancia y revisión para no sucumbir ante las constantes y numerosas tentaciones de sentirnos satisfechos en nuestra propia felicidad. El cristiano está llamado a responder con espíritu penitencial ante la invitación que el Espíritu le hace constantemente frente a la carne. El ayuno y la abstinencia son un signo de esta respuesta que sólo cobra sentido si se hace con plena y consciente responsabilidad. Poco o nada sirve el ayunar o abstenerse si verdaderamente no vamos cambiando de mentalidad y conformando nuestras decisiones con el criterio del Evangelio.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 22, 1-2.9a.10-13.15-18): *Ahora he comprobado que temes a Dios.*

Salmo (115, 10.15-19): *«Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos»*

2ª lectura (Romanos 8, 31b-34): *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*

Evangelio (Marcos 9, 2-10): *Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo.*

El Señor Dios se manifiesta con toda su grandeza y esplendor en medio de un sacrificio. Esto nos hace reflexionar sobre el valor del sacrificio para llegar a percibir con toda su dignidad la presencia de Dios entre nosotros. Tanto en el caso de Abraham, como en el de Jesús, Dios acepta el sacrificio máximo del hombre como expresión de la disponibilidad total a la llamada de Dios. Quizás hemos insistido demasiado en hablar del sacrificio como renuncia de la vida o de los bienes en favor de otro, cuando lo que verdaderamente hace grato a Dios es colocar en el área divina toda realidad que de Él recibimos.

El sacrificio como ofrenda y disponibilidad total de nuestro ser para que se colme el deseo de Dios sobre nosotros no anula ninguna de nuestras posibilidades, sino que más bien las potencia al situarlas en el área divina. Allí resulta mucho más eficaz nuestro deseo y nuestras aspiraciones, pues es el propio deseo divino, su voluntad omnipotente la que lleva a cabo, culmina y llena de sentido el desenlace de nuestra propia voluntad. En esa contrariedad que podríamos sentir al ver que no se cumplen nuestros deseos también se hace presente Dios, que se manifiesta requiriéndonos, como en su día a Abraham y también como lo hizo con Jesús, ofrecer nuestra vida y situarla por la disponibilidad total en el área de Dios. En esto consiste la verdadera transformación de la vida humana en la vida cristiana.

La mayor manifestación de Dios (teofanía) al ser humano se realizó en Jesús y culminó en su sacrificio agradable al Padre, que le sentó definitivamente a su derecha después de haberle glorificado en su resurrección. Jesús había enseñado que quien entrega su vida y no teme perderla por cumplir la voluntad divina, la recobrará. Esta enseñanza la hizo Él viva consigo mismo y nos indicó de esa forma cómo es seguro el camino de salvación. Si queremos ver a Dios; si queremos sentir su compañía; si queremos caminar junto a Él; si no queremos confundir la teofanía con alucinaciones que satisfagan nuestros deseos, tenemos que reconocerle y bajar con Él del Tabor para acompañarle en su pasión y no sentirnos defraudados al ver que su Padre Dios acepta su sacrificio. Él mismo nos recuerda en el evangelio al reclamar a sus elegidos no recrearse en la visión del Tabor y acompañarle en su camino a Jerusalén.

Bien entendieron los discípulos que Jesús no negaba su gloria, la de la transfiguración que ellos habían visto, sino que la posponía para después de la resurrección de los muertos. Con todo discutían por el camino pues les resultaba difícil entender dicha gloria (teofanía) a través de la muerte, a través del sacrificio de Cristo, paso obligado y requerido por el Padre para manifestar su amor por nosotros.

Dios siempre está con nosotros. Nos sorprende y, al mismo tiempo, nos sostiene. Nos exige y nos consuela. Nos llama y nos acoge. Los montes Tabor y Moria son sinónimo de grandes experiencias de fe y de los momentos de encuentro de las personas con Dios. ¿Cómo reconocerlo y tener un trato de proximidad con Él? Ahora, en esta Cuaresma, es una ocasión propicia para “*eleva*” nuestro espíritu y nuestra mirada para reconocer al Señor y acoger su voluntad. La oración y los momentos de reflexión, la lectura de las Escrituras y la participación en la vida de la comunidad nos ayudará a conseguirlo.

Dios no pide sacrificios sin más, sino que nos invita a poner nuestra vida en sus manos. La obediencia de Abrahán, dispuesto a sacrificar a su hijo, nos recuerda que el creyente está llamado a ofrecer toda su vida y sus obras a Dios. Ante Él no nos guardamos nada. Nuestra fe es lo mejor que nos ha pasado y queremos abandonarnos en Dios. Aunque todos, en este camino, pasamos por momentos de luz y también de sombras: ¡Qué grande es la vida de los que se ponen en sus manos y acogen su voluntad!

Los discípulos de Jesús le escuchaban, acogían sus enseñanzas y veían sus obras. Sabían que era alguien especial y que, con Él, la vida era distinta. Pero no siempre lo entendían y, en ocasiones, erraban. En la transfiguración, Pedro, Santiago y Juan, experimentan, con claridad, que estaban ante el Mesías. Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, y ellos son testigos de primera mano. En ese momento todo adquiere un nuevo sentido. Comienzan a entender, pero no del todo, no les va a gustar el aviso de la muerte en cruz. A nadie le gustan las situaciones de dificultad o de sufrimiento. Los discípulos hubieran preferido “*quedarse en las nubes*” del Tabor, pero el Señor les recuerda que deben “*bajar*” a la realidad.

Los cristianos estamos en camino y seguimos las huellas de Jesucristo. ¡Queremos acoger y vivir su voluntad! Confiamos en Él. Sabemos que marcará nuestra vida. Pero no podemos quedarnos “*en las nubes*” sino que estamos llamados a poner en práctica su enseñanza. Vivir el encuentro con el Señor es hacer nuestra su Palabra y seguir su misión. La fe en Jesús se vive a diario, en todas las dimensiones de la vida. La oración, la reflexión y nuestros compromisos se verifican en los acontecimientos diarios de nuestra existencia. Jesucristo nos marca el camino y también nos dará su fuerza.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 20, 1-17): *Yo soy el Señor, tu Dios.*

Salmo (18, 8-11): *«Señor, tú tienes palabras de vida eterna»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 22-25): *Nosotros predicamos a Cristo crucificado.*

Evangelio (Juan 2, 13-25): *No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.*

El capítulo 20 del libro del Éxodo, proclamado hoy como primera lectura, recoge lo que muchos conocemos como los diez mandamientos. Son un don para Israel y un camino de sabiduría para la vida, más que un código a cumplir para sentirnos en orden con Dios. En el marco de una teofanía o manifestación de Dios, Yahveh establece una alianza con todo su pueblo, no solo con algunos individuos, como habían sido otras alianzas (como con Noé o con Abrahán...). Dicen los estudiosos que los diez mandamientos son los términos contractuales de un pacto entre Yahveh y su pueblo Israel. Desde una perspectiva legal son estipulaciones que, cumpliéndolas, el israelita o el cristiano cumplen con lo que Dios manda. Desde una perspectiva espiritual y relacional entre el creyente y Dios constituyen un camino de sabiduría que, al mismo tiempo, permite una relación cara a cara con Yahveh, situación a la que muchos cristianos no están acostumbrados y no se atreven a vivirla.

Los mandamientos de Dios pueden vivirse, como casi todo lo esencial de la vida, de dos formas: como derecho ante Dios o como Don de Dios. Con demasiada frecuencia, Israel los vivió como derecho cayendo en el orgullo y la pretensión de que Dios se acomodara a sus deseos. Los profetas lo denunciarán siglos más tarde. Vivirlos como don significa que Dios ofrece un camino al ser humano para vivir en la justicia, en la verdad y en la comunión. ¿De dónde le brota al ser humano el deseo de manipular lo sagrado en su propio beneficio? ¿De dónde sacan algunos ilustrados la pretensión de que hacer la voluntad de Dios es algo que oprime y esclaviza? Tengo la sensación de que no se han enterado de nada. La lectura del evangelio de hoy nos completa la comprensión de los diez mandamientos.

Con Jesús ha llegado la hora de cambiar el “chip”. El Templo de Jerusalén había sido convertido en un negocio para que los peregrinos no tuvieran que llevar la ofrenda desde sus lugares de origen. Con el signo del látigo, Jesús da un sentido nuevo al templo: ***«Destruid este templo y en tres días lo levantaré. Él hablaba del templo de su cuerpo»***. Con la Resurrección de Cristo Jesús, el acceso a Dios Padre será, es, Él mismo. El evangelista convierte el Templo de Jerusalén, único lugar donde se podían ofrecer sacrificios expiatorios de pecados, en el Cuerpo de Jesús Resucitado. De esta forma, el acceso a Dios Padre pasa por la relación personal y amorosa con Cristo Jesús.

Hablar del templo como un espacio sagrado no es suficiente para definir lo que Jesús proclama como casa de mi Padre. Bien claro queda cuando Jesús dice: ***«Destruid este templo y en tres días lo levantaré»***. No se trata de menosprecio de Jesús por el templo como espacio sagrado, sino más bien de una aclaración del carácter sagrado que trasciende lo espacial. En este sentido podemos entender la respuesta de Jesús a la samaritana ^(Juan 4, 20-26). El templo como espacio de culto es habitado y frecuentado por fieles, pero lo importante no es el espacio, ni siquiera el culto si éste no es un culto en espíritu y en verdad. Esto hasta tal punto de que lo importante no es el espacio sagrado de Jerusalén o Garizim. Son estos indicios suficientes para hablar de una devaluación del templo como espacio habitado o frecuentado por los humanos frente a una revalorización del lugar habitado por Dios.

La sacralidad del templo se determina por la presencia de Dios que Jesús declara que el hombre puede profanar y hasta destruir, pero que Dios puede volver a edificar. Esa presencia de Dios es la que da vida y sentido al ámbito sagrado en el que habita Dios. Significativamente el evangelio nos recuerda que el velo del templo se rompió cuando Jesús expiró en la cruz. La muerte de Cristo hay que leerla como la destrucción del templo, y este (el templo) Jesús les dice que es su propio cuerpo.

Los discípulos de Jesús no entendieron esto hasta que Jesús resucitó de entre los muertos y entonces se acordaron de lo que había dicho cuando respondiendo a la petición de signos que requerían los judíos que justificase la autoridad de Jesús al expulsarles de atrio del templo. Posteriormente el apóstol Pablo se referirá a este cuerpo de Cristo cuando habla de la Iglesia viva que constituyen todos los miembros de la misma. Y esto nos ayuda a comprender lo que también afirma el apóstol cuando dice que ***«somos templos del Espíritu Santo que habita en nosotros»*** ^(1ª Corintios 6, 19). Ésta es la enseñanza que nos lleva a considerar la sacralidad que trasciende el espacio y dignifica la vida llena de Dios.

Si valoramos esta presencia vivificante de Dios en nosotros y recordamos que es Cristo el mejor testimonio, la razón que da sentido a la presencia de lo divino en lo humano, podremos entender mejor que significa que el templo, incluso material, es la casa de Dios, en la que con mucha más facilidad podemos encontrarnos con Él. El silencio y el respeto por lo sagrado no será sólo una exigencia que alguien nos reclame, sino el reconocimiento agradecido de que Dios nos permita sentirle más cerca en la sacralidad de su presencia. El momento culminante de esta presencia es la Eucaristía y demás sacramentos que en el templo nos garantizan y otorgan esta presencia generosa de Dios en nuestras vidas. Devolver pues al templo esta dimensión sacral es incorporarnos cada vez más a la Iglesia con el vivo deseo de encontrarnos con Dios.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Crónicas 36, 14-16.19-23): *¡Que el Señor, su Dios, esté con él!*

Salmo (136, 1-6): *«Que se me peque la lengua al paladar si no me acuerdo de ti»*

2ª lectura (Efesios 2, 4-10): *Estáis salvados por pura gracia.*

Evangelio (Juan 3, 14-21): *El que obra la verdad se acerca a la luz.*

La memoria es necesaria para la vida. Una persona “desmemoriada” invita a la inseguridad o, lo que es peor, a la desconfianza. Recordamos nombres, situaciones, decisiones, éxitos y fracasos; logros y errores. La Biblia es un libro de “memoria escrita”; el pueblo de Israel recuerda su pasado y lo interpreta. Sabe distinguir los momentos luminosos de los culpables. Una persona juiciosa y equilibrada, sabe darle el valor a cada cosa, partiendo de la propia experiencia y de la ajena. La persona cabal sabe recordar con humildad.

Cuando alguien recuerda su vida anterior y reconoce sus errores, puede aprender de ellos. No consiste en negarlos, sino en reconocerlos con honestidad para cambiar y avanzar. El pueblo de Israel en el desierto miró la serpiente que había levantado Moisés como signo, y lloró su pecado. El pueblo de Israel supo escribir su historia, reconoció que el exilio de Babilonia no fue un capricho de Dios, sino consecuencia de su pecado (primera lectura). Tuvo que tomar decisiones, duras, y lo hizo. Se fío de Dios y pudo regresar de nuevo a su Tierra después del destierro. La honestidad es blandón que todos enarbolamos, porque nos hace dignos, respetables y humanos.

Aceptadas la memoria lúcida y la honestidad como eje de la vida, nos queda la fe. ¿De verdad es necesaria la fe? El evangelio de Juan nos pone a Jesús en la cruz como criterio de discernimiento para los creyentes. ¿Creemos en él como portador de vida eterna, sí o no? ¿Tenemos que creer para lograr nuestra vida plena o no es necesario? Pablo en la segunda lectura nos dice: **«Estando nosotros muertos por el pecado** (frustración, fracaso, incapacidad), **Jesús nos ha regalado la vida** (perdón, gracia, fuerza); **todo por amor**». Juan en el evangelio, lo dice de forma espléndida y clarividente: **«Tanto amó** (exceso) **Dios al mundo que entregó** (gratuidad) **a su propio hijo**». La fe que acoge y acepta este amor, no es un “accesorio” superfluo, sino fundamento de vida cristiana.

La aceptación del mensaje cristiano, es decir, la aceptación de la salvación pasa por no rehuir el calvario que lleva consigo nuestra condición de seres necesitados, como consecuencia del pecado. Esta lucha por la supervivencia no tiene nada que ver con las luchas y guerras, que no son por la supervivencia sino consecuencia nefasta de ambiciones desmesuradas totalmente ajenas a la legítima defensa de los valores recibidos del Altísimo.

No olvidemos que la muerte y toda deficiencia humana, radica en esa desobediencia original que instaló a la humanidad en situación de conflicto con su propio creador. El evangelio nos trae la buena noticia de que es posible llegar a la paz, de que podemos restablecer nuestras buenas relaciones con Dios ya que la soberanía divina ha facilitado las bases para ese encuentro pacífico. Lo que tampoco podemos olvidar es que la paz que el evangelio preconiza es la paz de Dios, la única que garantiza la verdadera paz a los hombres.

Querer tomar partido, intentar emitir un juicio sobre el comportamiento de los demás olvidando la honesta y sincera actitud de querer salvar, antes que condenar la proposición ajena, en nada facilita el clima de diálogo paciente, en el que siempre es posible ver con mayor claridad tanto los horrores de la guerra como los horizontes de paz. El excesivo afán por imponer nuestro criterio emitiendo un juicio de condena sobre el criterio ajeno nos aleja de ese comportamiento paciente del Hijo de Dios encarnado, que no hizo valer su prerrogativa de Hijo del Altísimo para aniquilar de una vez para siempre el dolor y la muerte de la humanidad.

La aceptación de estas consecuencias del pecado que Jesús carga sobre sí mismo haciéndose cercano a nosotros y solidario con el dolor del mundo, es el camino que él nos mostró para llegar a la salvación y no abandonarnos a la soledad de nuestra debilidad e impotencia para librarnos del mal. Desde la fe en el Hijo de Dios hecho hombre nuestra lucha contra el mal cobra, verdadero sentido y el único camino para alcanzar la paz aun en tiempos de crisis. Cuando olvidamos las razones de Dios, cuando el criterio humano se apoya sólo en argumentos propios, no alcanzamos a ver otra dimensión que está más allá de las puras pretensiones humanas, tan razonables para unos y, sin embargo, tan contrarias para otros.

Desde la fe todo adquiere otra dimensión, que quien piensa la vida sólo desde la racionalidad no puede alcanzar. La vida está llena de esperanza incluso para aquellos que no logran sus objetivos aquí en la tierra. El evangelio nos brinda la salud, que es paz y bienestar, y no nos condena por nuestros desmanes; nos invita a reconstruir la paz, a ser pacíficos a pesar de que todos nos persigan o calumnien porque intentamos defender la paz de Dios, antes que la precaria paz que los hombres solos no pueden garantizar. Es cierto que la humanidad sin Dios nunca podrá alcanzar la paz, y es muy triste constatar que se invoque en vano el nombre de Dios para declarar una guerra o para imponer una paz.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Jeremías 31, 31-34): *Pondré mi ley en sus corazones.*

Salmo (50, 3-4.12-15): *«Oh, Dios, crea en mí un corazón puro»*

2ª lectura (Hebreos 5, 7-9): *Aprendió, sufriendo, a obedecer.*

Evangelio (Juan 12, 20-33): *Cuando yo sea elevado, atraeré a todos hacia mí.*

Aprender a obedecer sufriendo es un lenguaje sencillo y claro, sin embargo, es poco considerado por aquellos que no aprecian el valor de la obediencia como una de las formas más respetuosas con la complejidad del ser y del quehacer humano. Escuchar y prestar atención, incluso ceder nuestra decisión en favor de quien con autoridad promueve, desarrolla y ordena las cosas para que crezca el bien común, es sin lugar a dudas una actitud que no siempre resulta fácil y por ello requiere muy a menudo del sufrimiento para no rechazar por pura comodidad la ley que nos resulta molesta.

Bien entendido que la ley goza de mayor aceptación cuanto mayor es el reconocimiento de la autoridad que la promulga. El que no reconoce en la ley una ordenación para el bien común difícilmente cumplirá con agrado lo ordenado por la ley, tanto menos si la ley no le está procurando algún beneficio neto; en este caso uno se somete a la ley y es esclavo de ella, pues ni la quiere ni la estima, sino que la soporta porque no tiene posibilidades de prescindir de ella. No es así la ley de Dios que se le brinda al hombre como una ayuda para que reconozca el mejor *“plan de desarrollo”* de su propia existencia. Es el propio designio de Dios, la manifestación explícita de su voluntad en favor del hombre, lo que la ley de Dios requiere del hombre para que éste pueda con facilidad recorrer el camino de su vida. La ley conduce al hombre, y éste mediante su conducta correcta consigue el fin, el objetivo de su existencia. La ley de Dios ofrece al hombre una razón de la existencia que no se agota en la consecución de unos fines caducos y perecederos como los que tienen por objetivo las leyes humanas.

La existencia del hombre se enfrenta con las dificultades que le imponen los límites de lo individual al tener que compartir sus deseos y aspiraciones con la de otros seres no menos beneficiarios de los bienes deseados; la falta de respeto y atención a los derechos ajenos supone una actitud injusta, que ni siquiera justifica el desconocimiento de los derechos del prójimo. Todo esto ocurre en un mundo sometido a una ley superior, que nadie puede abolir, en todo caso alguien –por desgracia muchos– pueden desobedecer, desatender e incluso desconocer. Esta ley superior, que se hizo histórica en la alianza de Dios con su pueblo, tenía como objeto facilitar al hombre el grado máximo de bienestar. Dios concedió la alianza como garantía de su existencia y favor al hombre; a éste correspondía cumplir las condiciones de la alianza: *«¡Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis el corazón!»*.

La nueva alianza, la que inaugura Cristo, se basa en la renovación del corazón del hombre, donde queda grabada la ley de Dios. Esta renovación, conversión, del corazón del hombre requiere a menudo el sufrimiento de abandonar nuestro yo en favor del bien que nos propone la ley.

Llegado el último domingo de Cuaresma, resuenan en las lecturas que proclamamos, palabras como: glorificación, salvación, espíritu nuevo y nueva Alianza. No parece que hablen del final de nada, sino todo lo contrario. Algo nuevo que está a punto de comenzar. *«Queremos ver a Jesús»*, dicen los griegos a los discípulos en el evangelio de hoy. ¿Cómo había llegado a ellos la noticia sobre Jesús, qué les había provocado su búsqueda? La noticia es una persona, no es un acontecimiento de actualidad ni un chisme que corre por los medios. La gente, normalmente, no nos acercamos a una persona directamente; casi siempre lo hacemos por medio de otras personas que sabemos que tienen relación con ella, que la conocen, que hacen cosas con ella, que se juntan en determinados sitios con otras personas que defienden las mismas causas.

Al comienzo del evangelio de Juan, en las bodas de Caná, Jesús le dice a María cuando solicita su intervención: *«Mujer, todavía no ha llegado mi hora»*. En el pasaje de hoy, Jesús dirá: *«ha llegado la hora de la glorificación del Hijo del hombre»*, y más adelante: *«Padre, líbrame de esta hora»*. Como nos sucede a muchas personas, ante algo importante que va a suceder en nuestra vida, tenemos muchas ganas de que se realice; pero, por otra parte, sentimos cierto temor a que llegue a suceder. El ejemplo, que pone el evangelio ante todo esto, es el del grano de trigo. En el saco o en el granero no hace nada, no sirve para nada; es necesario que sea sembrado en una tierra, previamente preparada, para que muera (desaparezca) en su interior y podamos recoger el fruto abundante en una espiga.

Así es la vida de cualquier persona: preparación, siembra y cosecha de vida nueva. Así es la vida de Jesús cuando la sembramos en el corazón de las personas, previamente preparadas para acogerla y producir vida abundante para el crecimiento personal y colectivo. Al corazón solemos atribuirle los sentimientos, las razones nos parece que son propias de la inteligencia, del pensamiento, de la cabeza. Más no es así; el pensar en los demás, el ver cómo viven y por lo que están pasando, también nos lleva a acercarnos a ellos, a acogerlos en nuestras casas y en nuestras cosas. Los planes, las razones de nuestro Dios, los llevamos escritos en nuestro corazón; ahí guardamos todo aquello que nos importa, que nos ayuda a llevar una vida con sentido y en compañía de otras personas que poseen las mismas razones del corazón.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Marcos 11, 1-10): *¡Hosanna en las alturas!*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor Dios me abrió el oído.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Se despojó de sí mismo.*

Pasión (Marcos 14, 1 - 15, 47): *En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar.*

Hoy los textos bíblicos nos ofrecen una auténtica catarata de datos que concurren para describir la entrada solemne de Jesús en el desenlace final de su vida humana. El evangelista Marcos ha cuidado esmeradamente el relato de la última entrada de Jesús en Jerusalén. Hay que remontarse en el espacio y en el tiempo para recordar aquellos acontecimientos que sucedieron hace más de dos mil años en la ciudad de Jerusalén. Desde la fe de Abraham hasta la que profesa hoy su innumerable descendencia, avalan la memoria histórica de unos hechos acaecidos en un tiempo y en una geografía excepcional.

Ha sido la historia realizada en Jerusalén la que ha sellado la alianza de Dios con su pueblo, la definitiva instalación en el espacio y en el tiempo, de esa voluntad salvífica que trasciende toda frontera y nos abre la puerta de la eternidad. La entrada solemne de Jesús en Jerusalén como pórtico de los grandes acontecimientos salvíficos, que en esa ciudad se realizaron, culmina en ese otro acontecimiento situado en la cima del monte de los olivos, desde donde la humanidad gloriosa de Cristo asciende a los cielos, lleno de la Gloria de Dios.

Jerusalén es pues algo más que un espacio de tierra, es el testigo geográfico de unos acontecimientos históricos que afectan a cielo y tierra uniéndolos a través de esa presencia del Hijo de Dios encarnado para mostrarnos la victoria de la vida sobre la muerte. La Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, que ahora nos disponemos a celebrar en esta Semana Santa, sucedieron en un espacio (geografía) y en un tiempo (momento histórico) determinados, pero no están lejos por kilómetros o años de distancia, ya que por la fe podemos revivir y participar de ellos acercándonos con el respeto y agradecimiento que el Espíritu Santo suscita en nuestro interior.

La entrada triunfal de Jesús en la ciudad de David ofrece claramente una doble perspectiva: por una parte, la aclamación del pueblo que saluda con vítores al Mesías, y por otra la actitud de Jesús frente al entusiasmo de la gente que ve en él al restaurador del reino de David. Los judíos manifiestan su entusiasmo con gestos y versos litúrgicos que declaran su reconocimiento y homenaje al rey pacífico que llega a la ciudad.

El Mesías esperado por sus contemporáneos contrasta con esa entrada del Hijo del Hombre en lo que va a ser la puerta solemne, el acceso, la llegada del reino de Dios. Jesús no llega como un peregrino más a cumplir el rito de la Pascua; Él mismo va a transformar la esperanza mesiánica en la sorprendente realización y cumplimiento de la verdadera Pascua. La liberación del pueblo, la superación del dominio opresor y la instauración del verdadero reino de Dios, comienza con esta entrada triunfal y solemne en Jerusalén, pero va más allá que los deseos de quienes lo aclaman como héroe popular que realizará sus sueños mesiánicos.

Jesús entra en la ciudad para cumplir su destino. Es allí, en la ciudad de David, donde va a entregar su vida. Es en Jerusalén, la ciudad de los palacios de justicia donde se va a dictar la sentencia contra Jesús y allí va a ser ejecutado el plan de Dios. Jesús no se recrea en la aclamación que le dispensan los judíos; acepta la significación de esos gestos que afirman su soberanía y su mesianismo, que nada tiene que ver con la restauración del reino de David como coreaban los que extendían sus mantos y ondeaban ramos de olivo a su llegada.

Jesús viene, como el Siervo obediente hasta la muerte. A pesar de su condición divina no se ha rebelado ni se ha echado atrás en su misión. No ha rehuido los insultos y salvazos, ha sufrido sobre sus espaldas todos los golpes de quienes con furia le azotaba y ha muerto clavado en la cruz por afirmarse en su condición de siervo obediente de Dios sin negar su fidelidad al Padre. Así con la entrega de su vida y la aceptación del sufrimiento: **«transmite al abatido una palabra de aliento».**

Las mismas gentes que corean la llegada de Jesús pidiéndole socorro (¡hosanna! = ¡sálvanos!) pedirá su muerte, quizás decepcionados porque no desplegó todas sus baterías de defensa frente a las acusaciones de los que detentaban el poder. El mismo Jesús, que había denunciado a los fariseos y letrados, es ahora víctima de las denuncias de aquellos que intentan negar en nombre de la Ley de Dios el carácter mesiánico, salvífico, del actuar del Nazareno: *¿Cómo puede un nazareno ser Hijo de David?*

Aclamaciones frente a improperios; gritos de socorro y esperanza de salvación frente a petición clamorosa de sentencia condenatoria. Dos mundos enfrentados: uno real según el criterio de este mundo y otro no menos regio según el designio de Dios. Ese es el marco sorprendente que nos brindan los textos bíblicos de este domingo.

A nosotros corresponde acercarnos, sin prejuicios a contemplar con ojos limpios y corazón sincero la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Que esa Pasión que ahora conmemoramos, no es ajena a nuestra propia existencia; sin olvidar que, Jesús de Nazaret, era el verdadero Hijo de Dios que vino a dar su vida por nosotros y si nos consideramos cristianos tenemos que vivirla como el propio Cristo.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo, 12, 1-8.11-14): *Es la Pascua, el paso del Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios, 11, 23-26): *Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *Os he dado ejemplo, para que vosotros también lo hagáis.*

Tanto el atardecer como la noche de este día cobran un color especial, mezcla de luces y sombras, de alegría y tristeza, de esplendor y misterio, muy parecido a lo que produce el verdadero amor. Mientras Jesús se reúne con los suyos para celebrar la Pascua, manifestándoles el amor hasta el extremo, hay otras reuniones que están tramando su muerte. Hasta la misma mesa pascual y mojando en el mismo plato llega la trama y la violencia.

La suerte está echada y los acontecimientos se suceden vertiginosamente a pesar de la aparente calma. En la ciudad, que lleva el nombre de la paz, Jerusalén, la que fundó David asentando en ella los tribunales de justicia, abundan los crímenes e injusticias, la crueldad y el engaño no se apartan de sus calles, día y noche ronda sus murallas la violencia. En Jerusalén se trama dar muerte al Hijo de David, al Mesías, al Señor. ¿Dónde quedan las aclamaciones del domingo de Ramos? La ciudad ha sido tomada con engaño, los dirigentes han acallado la voz del pueblo que gritaba: **¡Hosanna, Hijo de David!** Ellos no quieren servir al pueblo, sino servirse de él para sus propios intereses y por eso lo amotinan contra su rey. Terrible paradoja que da la razón a Caifás, sumo sacerdote, que preside aquel año el Consejo de los rebeldes, cuando les dijo: **«no comprendéis que conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera»**, opinión que alienta el complot para matar a Jesús.

Ya Jesús había enseñado que no hay mayor amor que el que da la vida por el otro. Sus enseñanzas eran parte de su propia vida; su vida entera fue una continua entrega en favor de los otros. Al reunirse con los suyos aquel día antes de la Pascua para celebrar la que Él sabe que será la última cena, pues ha llegado la hora de dar por terminada su obra al servicio del Padre, Jesús se esmera en esta cena de despedida para dejarle algo más que lo que hasta ahora les ha venido dando.

Insiste en que el amor es fundamentalmente servicio en favor de los otros, y les da un ejemplo concreto, les lava los pies. Luego cumple, llena de sentido, la celebración de la antigua fiesta de los judíos, y a los postres les entrega un don divino: en sus manos, el pan y el vino se transforman, y se convierten en su propio cuerpo y sangre por fuerza de su entrega total, de su muerte. Y algo más todavía, a todos ellos, excluido el traidor, les concede la potestad de celebrar eficazmente la misma Cena del Señor. Ellos, sus discípulos, son el primer eslabón de una tradición que Pablo nos recuerda procedente del Señor, y que a su vez el mismo apóstol transmite: **«cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva»**.

La institución de la Eucaristía y del Sacerdocio se desarrolló en un ambiente de amor, de servicio a los otros, de entrega personal hasta la muerte, contrarrestando la actitud de violencia y traición interesada que se respiraba en la ciudad. Nada extraño, pues, que también nosotros hoy al participar de la Cena del Señor celebremos el Día del Amor Fraterno.

Jueves Santo es el día del Amor Fraterno, del amor a los hermanos ¿hay algún otro amor que merezca la pena? Lo propio del amor a Dios y a los hermanos, que es lo mismo, es siempre un movimiento, un impulso, una salida de uno mismo para mirar y vivir desde el otro, al que servir y con quien vivir. El amor a Dios son sus Buenas Manos, que nunca retienen a nadie, sino que se abren para que vayamos a los demás.

Jueves Santo es el día en que nos habla Dios. Es la Historia Salvadora de su Palabra que se muestra de modo total en Jesús. Él es el culmen de la cercanía y el encuentro entre Dios y los hombres. Y es que Dios habla como Padre a las personas. No pasa de largo, se queda siempre entre nosotros salvando. Amándonos en plenitud, nada de a medias, Él crea familia y comunidad, Vivir en Dios es estar en camino, sin detenerse, trayendo justicia y verdad, rompiendo las cadenas, haciendo fiesta que recordar y festejar.

Como cada Jueves Santo, el evangelio nos sorprende y cautiva. El Amor de Jesús es hasta el extremo, sin cálculos ni previsiones. Un Amor sin palabras, para que no se puedan mal interpretar. Un Amor hecho gesto y acción *“hecho vida”*. Repasemos las acciones de Jesús en aquella Cena: sabiendo que a Dios volvía... se levanta, se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe, echa agua, se pone a lavar los pies, se los seca... ¡tareas de esclavo!, o lo que es lo mismo, las pruebas de que el Amor es abajamiento, cercanía, entrega y servicio.

Formamos parte de una Tradición, de una Vida recibida que debemos compartir y anunciar. Nuestra tarea es anunciar la entrega de Jesús, Cuerpo y Sangre, a las personas. Un anuncio que a sus seguidores nos vincula y compromete a actuar como Él: no amarnos de cualquier modo, no, sino hacerlo **«como Yo os he amado»**. Amar como Jesús nos ha amado, esa es la tarea de nuestra vida como seguidores. Hay que mirar, volver a mirar, para meterlo bien dentro, y ver que el Amor de Dios en Jesús es siempre entrega y servicio hasta dar la vida.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías, 52, 13 – 53, 12): ***Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores.***

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): ***«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»***

2ª lectura (Hebreos, 4, 14-16; 5, 7-9): ***Mantengamos firmes la fe que profesamos.***

Pasión (Juan 18, 1 - 19, 42): ***«Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.***

Jesús, el que nació en Belén, vivió en Nazaret, predicó en Galilea, Samaria, Jerusalén y demás pueblos de la Judea, se enfrenta al final de sus días en una lucha a muerte contra el poder de las tinieblas. Vida y muerte entablan un duelo en el que solo cabe un vencedor; no será la muerte, pues ¿cuál sería su victoria?, tampoco es la vida mortal, pues para morir nació.

Entonces ¿qué misterio es este, el de la muerte de Jesús? Se vislumbra una nueva vida, inmortal, sobre la que la muerte no tiene ya dominio alguno. Pero es cierto que Jesús murió, ¿qué sentido tiene su muerte? A esta pregunta responde el profeta Isaías al presentarnos el cuarto cántico del Siervo humilde de Yahvé: ***«Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron; ...murió con los malvados, aunque no había cometido crímenes, ...expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, y Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores»***, es el poema de un personaje misterioso, un siervo de Dios paciente y glorificado, se trata de un inocente que debe sufrir mientras son respetados los culpables, un humillado que triunfa, un muerto que vive.

La muerte de Cristo, sí tiene sentido: su muerte, aceptada como aparente castigo al morir como un malhechor, rompe el esquema tradicional de la justicia divina entendida como una especie de Ley del talión; *“quien la hace la paga”*. Ahora nos revela algo nuevo: el sufrimiento no es solo castigo, sino que puede ser curativo, salvador, puede hacer bien y traer paz y bienestar. Y lo más sorprendente es que el sufrimiento puede curar, salvar a los otros, a los heridos de muerte, a los pecadores. Pero entonces tiene que sufrir el justo, ya que el impío, al sufrir, paga lo que debe, mientras que el justo al sufrir, salva, cura a los demás.

El autor de la Carta a los Hebreos nos dice que Jesús, el Hijo de Dios, puede compadecerse de nuestras flaquezas, porque él mismo ha sido probado en todo, igual que nosotros, menos en el pecado. En el hecho de la encarnación hay que buscar esta condición mortal, que Jesús acepta para cumplir la voluntad del que le ha enviado: ***«Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; ...entonces yo dije: Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad»***. Estas palabras de Cristo nos iluminan el sentido de su muerte. Por la encarnación del Hijo de Dios entró en un universo en el que la muerte tenía poder.

Jesús es el siervo inocente que sufre y muere por los pecados del pueblo pero que será exaltado y por su medio ***«triunfará el plan del Señor»***. Es lo que san Pablo en la segunda carta a los Corintios nos dirá más tarde: ***«A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él»***. Este es el sentido de nuestra celebración de la Muerte del Señor en este Viernes Santo. La liturgia nos narra la Palabra de Dios en una exposición dialogada de la pasión y muerte de Jesús. Es una narración para meditarla en su totalidad y en silencio.

Aquí podemos destacar algún punto de este relato: Jesús es apresado en Getsemaní por la traición de uno de los suyos y es conducido ante el Sanedrín. Tras el juicio ante el Sanedrín, donde han acordado condenarlo a muerte, son conscientes de que ellos no tienen el derecho de ejecutar una sentencia de muerte y, entonces lo llevan ante el procurador de Roma, pero a este, una acusación de blasfemia lo deja indiferente. Entonces los sanedritas, en un acto supremo de hipocresía, cambian la acusación, ya no lo acusan de blasfemo, ahora lo acusan de sedición, de proclamarse rey, frente al César.

A partir de aquí el relato de la Pasión va detallando las torturas y humillaciones que sufre el Hijo de Dios. Al ser igual que nosotros los hombres, siente el rechazo de la muerte y suplica a su Padre con poderoso clamor y lágrimas, que, si es posible, le libre de este trance; siente en la cruz todo el peso del hombre, del hombre pecador, del hombre lejano de Dios, y por eso grita: ***«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»***.

El aparente abandono del Padre, al no salvar a su Hijo de la muerte, no le impidió atenderle en la hora suprema. Jesús, aun con ser Hijo de Dios, aprendió en la escuela del dolor lo que era obedecer y así siente la respuesta del Padre ante su grito desgarrador: el silencio respetuoso ante el Hijo que sufre obedeciendo hasta la muerte; por eso Jesús sabe que lo que a Él le toca ya está todo consumado.

Está cumpliendo la misión del Siervo de Yahvé y así en el momento de expirar puede proclamar: ***«Todo está cumplido»***. Se ha cumplido el plan de Dios: El hijo de la Mujer ha aplastado la cabeza de la serpiente. El que venció en un árbol ha sido en un árbol vencido. Él ha venido ocupándose siempre de las cosas de su Padre y ahora al acabar su tarea le encomienda su espíritu. Confía en que su Padre le dará la vida inmortal la que vence definitivamente a la muerte. Jesús, el Hijo de Dios, al morir ha transformado la muerte del hombre, convirtiéndola en paso decisivo para la vida eterna para todos aquellos que no rechacen compartir plenamente, con fe viva, el misterio de la Muerte de Jesús.

SÁBADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

Una de las cosas curiosas que se enseñan a los que visitan la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén es la capilla de Adán. Debajo mismo del lugar donde fuera colocada la cruz de Jesús en el momento de su muerte, allí se muestra la roca entreabierta, desnuda y delimitada por un pequeño ábside de ladrillos. A la misma altura y solo a unos metros de distancia se encuentra otra roca excavada, hoy recubierta por una piedra más reciente que indica el lugar de la sepultura de Jesús.

En la noche de la creación Dios se digna crear al hombre del polvo de la tierra; para ello lo modela a su imagen y semejanza y le infunde su espíritu, dándole de esta forma el dominio sobre todas las criaturas. El adversario, Satán, engaña al hombre sugiriéndole que Dios no le quiere inmortal, y así con el engaño viene el pecado, y con el pecado entra la muerte en la historia del hombre. El enemigo deshace la obra del Creador; el hombre al morir pierde el aliento, que Dios le infundió y vuelve a ser polvo de la tierra: **«Polvo eres, y en polvo te convertirás»**.

El viejo Adán ha muerto y ha sido definitivamente enterrado, el hombre sacado de la tierra vuelve a la tierra. Pero ese no es el lugar definitivo para el Hijo de Dios. Una vez cumplida la tarea que el Padre le ha encargado al hacerse hombre, el Hijo recibe de nuevo el espíritu que había depositado en las manos de su Padre, y recobra la vida, anulando así la sentencia que pesaba sobre el viejo Adán.

La muerte ya no es el destino definitivo del hombre y por tanto tampoco su sepultura: **«Mi carne descansa serena, no dejarás a tu fiel conocer la corrupción»**. Al confesar nuestra condición terrenal, los cristianos somos invitados a enterrar nuestro hombre viejo, a despojarnos de nuestra vieja condición de hombres pecadores, para que, sepultados con Cristo, resucitemos con Él a la nueva vida.

Lucas, en su evangelio, describe con todo detalle el sepulcro vacío de Jesús. El relato rezuma todavía la espontaneidad y realismo del suceso. Es algo que desbarata todas las previsiones de las mujeres, que acuden con afecto y cariño a ofrendar perfumes al difunto. Su sorpresa y desconcierto se convierte en claridad al escuchar el anuncio gozoso: **«¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí. Ha resucitado»**. El anuncio les ha alegrado el corazón y les ha hecho recordar lo que Jesús les había dicho ya en Galilea.

Alegres vuelven a contárselo a los apóstoles; éstos al oír el relato de aquellas lo tomaron por un delirio. Para ellos, Jesús pertenecía al secreto de la tumba; con todo, Pedro acude a ver lo sucedido y se volvió admirándose de lo acaecido. Para el autor del evangelio esta noticia no la ideó ni la inventó nadie, responde sencillamente a la realidad. Eso sí, una realidad que trasciende y desborda toda expectativa humana, como lo era el hecho mismo de que Dios se hiciera hombre.

Volver a la tierra de la que fuimos formados cierra un ciclo natural que se inicia en nuestra concepción y acaba con la corrupción en el seno de la tierra. Nada han modificado este proceso las distintas formas de evitar la forma clásica de enterrar a los muertos. Devolver el cuerpo sin vida a la tierra de la que fue formado ha sido la constante que ha dominado las decisiones de los cuerpos inertes. El mismo cuerpo de Jesús recibió ese tratamiento al ser enterrado en el sepulcro que tenía preparado José de Arimatea.

Esto nos confirma la idea de que Jesús se había identificado plenamente con el hombre en todos los requisitos de la naturaleza humana: nacer y morir, como los dos polos extremos de la vida natural del hombre, son acontecimientos que definen la trayectoria que Jesús experimentó en su cuerpo mortal desde el seno de María hasta su entierro en el sepulcro. Un final poco innovador para quien se había anunciado como el Mesías, el Salvador. ¿De qué valía toda la salvación si al final nuestros huesos acabasen sin más futuro que la corrupción en la tumba?

Ahí es donde duele la pregunta que se hace el hombre sobre el verdadero mensaje del evangelio; Pablo responde que **«si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe»**. Y ese es el hecho asombroso, admirable, milagro ocurrido en la historia: el cuerpo mortal de Cristo ya no está en el sepulcro donde lo colocaron; sus discípulos, los que conocían perfectamente a Jesús, los que le habían visto y oído, los que habían comido y bebido con Él, aseguran que es el mismo Jesús que ellos conocieron en su cuerpo mortal, es el que ahora está vivo entre ellos.

El testimonio de los apóstoles confirma lo que ya había sido anunciado por el salmista: **«Mi carne habita segura; pues no entregarás mi vida al Abismo, ni dejarás al fiel tuyo ver la fosa»**. Jesús, obediente hasta la muerte, y por tanto fiel a su Padre Dios, ha vencido definitivamente a la muerte, ya que ésta no ha podido retenerle en su reino. Jesús, el Hijo de Dios, ha hecho realidad histórica la experiencia del salmista, quien desde la intimidad con Dios se atreve a esperar la incorruptibilidad, la inmortalidad, la participación en la vida misma de Dios. Esa es la razón última de que la tumba no es el final definitivo del hombre.

Cristo devuelve la vida al hombre al revelarle la posibilidad de superar con Él la prueba de la tumba. Decir que la muerte es la gran verdad que el hombre no puede negar es decir una verdad a medias; es otra vez la tentación que pretende desfigurar la gran verdad de Cristo que prolonga la vida del hombre más allá de la tumba.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34.37-43): *Lo mataron colgándolo de un madero.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Vuestra vida está con Cristo.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Se han llevado del sepulcro al Señor.*

Las lecturas de hoy parecen querer llenarnos de impaciencia por saber lo que ha ocurrido y lo que nos ocurrirá. Están llenas de referencias a un presente misterioso y sugerente con efectos inmediatos sobre quien asiste a su desenlace y queda tocado de algo que le hace ser distinto y participar, ya, de sus consecuencias. La vida comenzó con la semana literaria del Génesis, en la que cada día surge algo nuevo, comenzando por la luz. Aquella vida parece haber terminado con la muerte de Jesús, cuando el sol se oscurece y las tinieblas se adueñan de la tierra.

Pero, una semana nueva comienza al día siguiente. De nuevo se abre paso la luz, un nuevo amanecer ilumina el mundo, un nuevo sol da una vida nueva que se transmite a quienes participan de la amistad de Jesús. Mujeres amigas, discípulos y comunidad. Todos se transmiten y contagian algo que abre el rostro a la sonrisa y alegría. Antes de este anuncio todos íbamos al sepulcro llenos de miedo y tristeza, porque el futuro estaba ahí adentro y presagiaba podredumbre y fin de nuestra realidad llena de aspiraciones y anhelos. Ahora, el sepulcro se ha convertido en el paso natural hacia otra Vida, otra cosa, que no sabemos explicar, pero que ya cambia nuestro modo de vivir aquí y de entender esta historia natural de un mundo que, afortunadamente, se acaba para dar inicio a otro Mundo y otra Vida.

Mejor noticia no podíamos esperar. Hasta nos cuesta creer que sea de veras. Con frecuencia buscamos información allí donde saben poco de las cosas de Dios y acabamos sospechando que se trata de un invento más de los poderosos de este mundo. Pero el relato evangélico nos despierta de esa sórdida sospecha y afirma que los poderosos intentaron sobornar a los testigos oculares de esa victoria que nunca revistió la espectacularidad que los humanos requerimos para los grandes acontecimientos.

La resurrección de Jesús es la afirmación rotunda de su divinidad. Una vez cumplida su tarea como Hijo de Dios, encarnado en la humanidad que María le facilitó al dejarse penetrar por el vigor de Dios, por la fuerza del Espíritu Santo, Jesús después de haber consumado la misión que el Padre le había confiado, culmina con su resurrección el éxito definitivo sobre el peor enemigo de Dios: la muerte.

El Jesús resucitado, el Hijo de Dios e hijo de María, es la garantía de que la vida vuelve a ser el destino de la humanidad y nadie podrá manipular en su propio o ajeno beneficio este regalo inmenso que Jesús hizo a la humanidad entera. La fuerza de esta resurrección, de esa participación en la propia vida de Dios, no la controlan los poderosos de este mundo sino el mismo Espíritu de Dios que habita en el corazón de los hombres.

Siendo este Espíritu de Dios puro don, continua permanentemente dándose a todos aquellos que quieren recibirlo sin más condiciones que la aceptación gozosa de lo que Él brinda: ser motor e impulso vital de nuestra actividad humana. Creer en la resurrección de Jesús es un regalo de Dios, no es una obligación que podemos contraer a cambio de renunciar a nuestra libre y razonable decisión.

La Resurrección de Jesús tiene algunas consecuencias impactantes que Pedro en su discurso de hoy, y Pablo en la carta que, hoy también, nos llega, resaltan y subrayan: Que el perdón de Dios ya nos ha llegado. Su anuncio de un Dios Padre, lleno de ternura y compasión, se comprueba que no era una ilusión religiosa o una promesa política para quedar bien. Estamos, ya, perdonados. Su perdón nos lo ha traído Jesús y sus amigos y discípulos debemos ser testigos y anunciadores. No nos lo podemos guardar, porque condenamos al mundo a sentirse agobiado y angustiado por el peso de la culpa que nos han acostumbrado a cultivar y engrandecer. Ya no somos fiscales guardianes de la Ley. Somos hijos, libres y liberados. Hay que vivir así.

Que la fe en esa otra Vida que nos trae Jesús y que nos ha llenado de alegría, nos ha cambiado ya. Y los grandes cambios se notan en el modo de vivir. Al enamorado en que tiene un tono vital distinto. Al agraciado de la lotería en que habla de otra manera. Al diagnosticado como sano, porque parece comenzar a vivir de nuevo. Al aprobado en su asignatura pendiente, porque le han quitado un gran peso. La liberación de nuestro propio peso de angustias existenciales, de impotencias diarias, de anhelos frustrados, de fragilidades sentidas ante algo tan insignificante como un virus, de plenitud nunca alcanzada.

Eso es abrir nuestro horizonte. El Dios de Jesús que le ha resucitado nos resucitará a nosotros. Todo eso nos ha de llevar a vivir desde la gratitud. Ya no hay llanto ni dolor, la muerte ha sido definitivamente vencida. ¡Qué difícil es afirmar esta verdad indiscutible cuando lo que analizamos es la estadística y lo único que valoramos es la vida que sentimos amenazada de muerte! Por eso la noticia de la resurrección de Jesús es algo que queremos celebrar para sentir al igual que los apóstoles la alegría de saber que la muerte de Jesús no era el final de su vida, ya que le pudieron sentir de nuevo vivo entre ellos. Tendremos futuro. Tendremos Vida. Tenemos, ya, alegría. Porque tenemos un Dios grande con un corazón inmenso.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 4, 32-35): *Tenían un solo corazón y una sola alma.*

Salmo (117, 2-4.16-18.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

2ª lectura (1ª Juan 5, 1-6): *Sus mandamientos no son pesados.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

La imagen de Jesús muerto en la cruz supuso una experiencia devastadora. Sus discípulos, rotos y temerosos, huían y se escondían. No podían entender aquella situación. La evidencia de la cruz había roto su confianza en el Maestro... Su corazón estaba destrozado. Sin embargo, progresivamente, experimentan el imprescindible reencuentro con el Señor resucitado. Solo quienes lo viven quedarán curados de la decepción. La resurrección del Señor no era evidente para todos, algunos desconfiaron, otros necesitaban más pruebas..., pero hubo muchos que vieron y creyeron, sus heridas se curaron, y todo cambió para ellos.

Hoy vivimos un tiempo plagado de rupturas y lleno de heridas y decepciones. A nadie nos gustan, pero todos las sufrimos e, incluso, todos las provocamos. Por eso nos llena de alegría y esperanza encontrar testimonios de unidad. ¿Es posible la comunión? Parece que sí... La vivían los primeros discípulos de Jesús. Aquellos que sintieron que su corazón se hacía añicos ante la imagen de Jesús muerto en la cruz... experimentaron, en la resurrección, un corazón y una vida renovadas junto al Señor. Ahora sí que entendían, porque habían descubierto que Jesús era el Mesías, el hijo de Dios, ahora sí que aceptaban, como en la creación, que *“todo era bueno”*, incluso la cruz del Señor, porque era el testimonio del mayor amor.

Tratemos de situarnos en el tiempo de los Apóstoles y comprender lo que les sucedió ante el hecho insólito de haber visto cómo el mismo Jesús con el que ellos habían comido su pan y compartido gran parte de sus días vuelve a estar presente entre ellos aún después de haber muerto. Todos unánimemente vivieron esta experiencia y gracias a su testimonio se convirtió en el evangelio (buena noticia) que ahora nosotros leemos. No olvidemos que se trata de una profesión de fe.

Vulgarmente decimos que fe es creer lo que no se ve. Y a fe que hay muchas cosas en las que nosotros creemos sin verlas, sin haber constatado la evidencia de lo que aceptamos. No es ahora el momento de enumerarlas, pero es fácil recordar la necesidad que tenemos del testimonio de los otros para sustituir la evidencia a la que no podemos llegar por nosotros mismos. Los Apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor. Para ellos la presencia de Jesús, vivo entre ellos, es la confirmación de que todo lo que Él les enseñó era verdad.

Todos los miedos a seguir creyendo en Jesús se desvanecen en el momento en que lo ven vivo entre ellos y les devuelve la paz. La escena de Jesús que vence todos los obstáculos y se presenta ante ellos es definitiva; ya no tienen duda alguna: es el mismo Jesús que ellos vieron antes de morir, e incluso pueden comprobar que sus heridas son gloriosas pues se convierten en signo de victoria en el duelo frente a la muerte.

Faltaba uno de ellos a quien le cuentan lo sucedido y él reclama ver y tocar para creer. Tomás exige motivos de credibilidad, no se contenta con lo que le narran sus compañeros, necesita ver y comprobar. Cuando Jesús aparece de nuevo ante los suyos, estando también Tomás, le invita a que realice la comprobación, no sin añadirle un cierto reproche: **«No seas incrédulo, sino creyente»**. La respuesta de Tomás es la confesión de fe: **«Señor mío y Dios mío»**.

Los cristianos que nos precedieron entendieron la importancia de esta cadena de fe que se apoya en el testimonio de los discípulos de Jesús. ¡Qué difícil es transmitir lo que no se cree! Pero que fácil resulta creer cuando entra uno en contacto con el propio Resucitado. Si bien es cierto que el evangelio atribuye a Jesús la expresión: **«Dichosos los que crean sin haber visto»**, sin embargo, resulta importante el encuentro personal con el Resucitado. De ahí que podamos considerarnos los destinatarios de esa expresión, pero necesitamos ese contacto personal con Jesús que ahora sólo podemos tener mediante la fe de los que nos precedieron.

La Pascua supone para los creyentes comenzar una vida nueva desde el amor. Nosotros queremos hacer lo mismo que el Señor. Vivir el amor y el compromiso con todos, hasta las últimas consecuencias. Claro que, en ocasiones, tenemos miedo de las exigencias de nuestra fe... pero sentimos que el Maestro nos sigue llevando la delantera y nos anima a anunciar y vivir la Buena Noticia y a practicar el amor y la misericordia. Será Él mismo quien nos envíe su Espíritu para que podamos seguir sus pasos. ¿Nos fiamos auténticamente de Él?

Conscientes de ser transmisores de esta fe necesitamos fortalecer nuestras vidas para que ellas sean testimonio de la Resurrección del Señor y faciliten así motivos de credibilidad a los incrédulos. Pero eso no será posible, si creemos con ánimo pusilánime y no somos capaces de seguir a Jesús compartiendo ya en esta vida, la vida gloriosa de Jesús resucitado.

En este segundo domingo de Pascua o de la Divina Misericordia recordamos que Dios es misericordioso y nos ama a todos y sale a nuestro encuentro para acogernos y perdonar nuestros pecados. Pero, al mismo tiempo, nosotros también queremos vivir y practicar la misericordia con el prójimo y el necesitado. La fe, la esperanza y la caridad tienen su fuente en la Pascua del Señor: allí comienza la nueva vida de los creyentes.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 3, 13-15.17-19): *Nosotros somos testigos de ello.*

Salmo (4, 2.4.7.9): *«Haz brillar sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro»*

2ª lectura (1ª Juan 2, 1-5a): *Tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo.*

Evangelio (Lucas 24, 35-48): *Era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley.*

El pecado es siempre consecuencia de la ignorancia, del engaño y mentira que nos seduce con apariencia de verdad. Pero la verdad sólo radica en la aceptación de la vida sin fisura alguna de engaño o mentira. Juan escribe a sus discípulos para que conociendo la verdad no pequen. No descarta que la fragilidad del ser humano lleva alguna vez al pecado, pero hay un resorte seguro que nos restablece en el área de la vida, de la gracia y del favor de Dios. Basta dirigirnos al autor de la vida y solicitar que haga valer su gloria y poder divino en favor nuestro.

Esta idea de que el Resucitado trae consigo el “*perdón de los pecados*” y así mismo introduce al hombre en el “*reino de la vida*” es lo que percibieron de inmediato los apóstoles cuando se cumplió en ellos la promesa de Jesús de enviarles el Espíritu. Para ellos la vida cobra un nuevo sentido; desde la fe en Jesús resucitado vivir era algo más que transcurrir los días de la vida mortal sin más horizonte que la muerte. Con el hecho de la resurrección de Jesús, su experiencia de verlo vivo entre ellos y al saberle glorioso en compañía de Dios Padre, los apóstoles sintieron que una nueva vida convivía con ellos a través de todos los sucesos cotidianos, de sus pensamientos y decisiones.

Vivir en cristiano es participar de la vida misma de Dios. Esta vida de la gracia, don inestimable que Dios concede al cristiano es incompatible con la rebelión contra el autor de la vida, y hay que estimar como un engaño nefasto cualquier alternativa que pretenda ocupar el lugar de ese don. Vivir como Dios es el deseo más intenso que el ser humano puede alcanzar y ahí mismo es donde radica la encrucijada ante la que el hombre tiene que decidir con plena responsabilidad. En términos bíblicos se formula así: *«Delante de ti tienes la vida y la muerte; si eliges cumplir la voluntad de Dios ciertamente vivirás»*.

La tentación radica en pensar que existe otra alternativa mejor y es el propio adversario de Dios, Satanás, quien seduce al hombre a rechazar la voluntad divina presentando la Ley como un vínculo que impide al hombre ser libre. Nada más contrario a la voluntad de Dios, quien expresa claramente en la propia Ley su deseo explícito de que sea el hombre quien tome la libre decisión de aceptarle. El primer mandamiento invita al hombre a amar a Dios, a quererle, a hacer uso de su libre voluntad y elegir el camino de la verdad frente al camino de la mentira.

La experiencia del pecado, como consecuencia del engaño con que Satanás seduce al hombre, no puede apreciarse en su verdad a menos que el hombre goce de la libertad que le permita conocer el bien y la felicidad que Dios quiere para él. La amenaza del castigo divino no es el medio más eficaz para conseguir que el hombre quiera de buen grado aceptar la voluntad divina. Esta se ha cumplido ya definitivamente en favor del hombre, sólo resta que el hombre quiera, por supuesto libremente, participar de los beneficios de la benevolencia divina.

Lucas es discreto en el relato de las apariciones de Jesús resucitado. La que hoy nos ofrece tiene lugar en un entorno que bien podemos considerar como “*eucarístico*”. Después de haberse aparecido a los discípulos camino de Emaús, Jesús se presenta en medio de los discípulos sin especificar el lugar. Los evangelistas han tenido que presentar las apariciones de Jesús resucitado de forma que los discípulos puedan ver que el Resucitado es el mismo Crucificado, pero, al mismo tiempo con un cuerpo glorioso al que no le afectan ya ni el espacio ni el tiempo.

Precisamente porque Jesús resucitado no está afectado por el espacio y el tiempo, puede estar en el corazón de nuestra historia, en cada Eucaristía, en cada ser humano. Existen algunos bautizados en la fe católica que han alcanzado una buena madurez humana y creyente y se quedan tan tranquilos diciendo que Jesús vino a nuestro mundo para convocar y proclamar el Reino de Dios. Y, una vez resucitado, sube junto a su Padre y nos deja a nosotros la misión de llevar a término el Reino de Dios. Si esto es así, entonces Jesús ya no es Señor de la historia y, por lo mismo, no salva. Él está con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos. Y no solamente en misa, sino en cada una de nuestras historias, en cada ser humano.

Y accedemos a la presencia del Resucitado de una forma bien sencilla: a través de un mínimo acto de fe. De esa forma estamos ya en su presencia y Él en la nuestra. Esa presencia nos permite seguir viviendo la vida ordinaria con sus vaivenes, pero empezamos a notar que todo lo ordinario es distinto. Además, esa presencia e inmediatez de relación con Él nos permite vivir todo con Él: lo bueno y lo malo, las virtudes y los pecados; las posibilidades y las limitaciones. Poco a poco vamos viviendo de su ser y Él hace que nuestra vida empieza a vivir de Él. Él es la fuente.

¿Se puede probar la Resurrección? No; pero el creyente sabe, a la luz de la vida que surge de sus entrañas cuando se adhiere al Resucitado, que lo que nota por dentro y lo que los discípulos de Jesús han dicho de Él en el Nuevo Testamento coinciden. Es una certeza misteriosa, pero indefectible, más fuerte que la muerte. ¿Fanatismo? ¿Por qué, sin embargo, en vez de producir efectos psicológicos y sociales de carácter patológico, produce lo contrario, liberación interior y comunión interpersonal?

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 4, 8-12): *Él es la piedra que desechasteis vosotros.*

Salmo (117, 1.8-9.21-23.26.28-29): *«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-2): *Queridos, ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Juan 10, 11-18): *El buen pastor da su vida por las ovejas.*

Las personas nos miramos a nosotros mismos y miramos a los demás, nos comparamos, admiramos y tenemos envidia; quisiéramos imitar a unos y queremos marcar diferencias con otros. No solo los niños necesitan personas en las que compararse como en un espejo, e intentar imitarlas, lo mismo sucede con los adolescentes, con los jóvenes, incluso con los adultos; también las personas que ya hemos pasado las primeras etapas de la vida, buscamos “referentes” en la vida laboral, moral y espiritual. Hace unos años, entre los cristianos, estaba la figura del “confesor” o “padre espiritual” a quien poníamos como director de nuestra vida. Luego aparecieron con fuerza otros “maestros” (muchos de ellos de matriz no cristiana), que proponían caminos de vida. Hoy se está recuperando, de nuevo, la necesidad del acompañamiento y la figura del acompañante.

Corren tiempos duros donde unos no tienen ninguna espiritualidad. Solo pretenden “sobrevivir” en esta locura global, que no controlamos. Otros buscan respuestas en los horóscopos, en la magia, en la diosa fortuna que reparte millones. Otros apuntan hacia espiritualidades sin “contenidos fuertes” y sin “relatos profundos”: yo estoy bien, tú estás bien. El cristianismo nos propone a Jesús como «maestro de espiritualidad», que pasa por la muerte en cruz, y nos asegura Vida, con mayúscula. El cristianismo no es una “ideología del ayer”, sino una “espiritualidad para hoy”.

La vida cristiana es vida que nace de Cristo Jesús, se centra en «Jesús maestro y pastor» y quiere vivirla en seguimiento de Cristo Jesús. No hay más secretos. Jesús no es solo un “personaje de la historia”, que lo es. Jesús no es solo un “prohombre de inigualable memoria”, que lo es. Jesús no solo es un “maestro de vida interior”, que lo es. Para los cristianos, Jesús es «el Señor», y la vida cristiana se juega en su discipulado. En palabras del evangelio de hoy: Jesús es el «Buen Pastor que da la vida por sus ovejas», por todos y cada uno de nosotros. No es un “asalariado”, sino el Señor que nos ama, y nosotros correspondemos a este amor.

La imagen del «Buen Pastor» responde plenamente a esa actitud de entrega generosa de la propia vida en favor de sus ovejas. No son éstas las que tienen que dar ganancias y servir de pasto a la ambición y ansia de poder del ganadero. La imagen evangélica nos brinda la actitud del pastor como el servidor que cuida de sus ovejas sin otro fin que el de salvarlas de cualquier riesgo en el que puedan encontrarse. Ellas, las ovejas, son las que le importan y el «Buen Pastor» está dispuesto a entregar su vida para salvar a sus ovejas.

La vida de las ovejas es la vida que ellas reciben de su pastor. Jesús da la vida libremente, nadie se la puede quitar y por eso la recupera según la propia voluntad del Padre. Esa vida gloriosa de Jesús es la que el «Buen Pastor» brinda a sus ovejas, para que no perezcan y tengan vida abundante. Nadie, sino Jesús puede salvar al ser humano de su condición de hijo de Adán, efímero y mortal, ofreciéndole una condición gloriosa, la de «hijo de Dios» y por tanto vencedor también con Jesús sobre la muerte.

Los Apóstoles entendieron que el Padre celestial ha manifestado su amor a Jesús el Nazareno, resucitándole de entre los muertos. No lo ha abandonado al destino de su condición de hijo de Adán, sino que lo ha glorificado en su condición de Hijo de Dios. La vida de Jesús entre los hombres es semejante a la del «Buen Pastor», que entrega su vida por las ovejas para que esta vida adquiera en ellas una nueva dimensión.

Nos preguntamos si la salvación que el «Buen Pastor» brinda a sus ovejas es puro don o se requiere un mínimo de correspondencia para que esta salud y bienestar se sientan como una realidad antropológica y satisfactoria. Una vez más resalta la iniciativa divina en el proceso de la historia salvífica, pero hay que leer esta acción divina en el marco de la libertad que supone siempre corresponsabilidad.

Solo seguimos a Jesús. Puede parecer demasiado “excluyente” en estos tiempos que corren, donde se huyen de las declaraciones consideradas “cerradas” o “dogmáticas”. El evangelio da la pista a seguir: Jesús, como todos los pastores del mundo, se pone delante del rebaño y marca tanto los caminos como el ritmo. El cristiano se pone tras sus pasos, se fía de sus decisiones, se deja marcar el ritmo por «Jesús, Buen Pastor».

Sólo Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Resucitado, puede garantizar la salvación del ser humano. Todo aquel que crea en Jesús y acepte vivir y morir tal y como Él vivió y murió, dando su vida para recuperarla, ofreciendo su vida voluntariamente en obediencia al Padre, está respondiendo a su condición cristiana de hijo de Dios. Como tal es heredero de la gloria misma, que Jesús, el Hijo de Dios, ya nos ha preparado en la casa del Padre.

Por parte de Dios, ya todo está cumplido. La misión del Hijo, «Enviado del Padre», para anunciarnos esta salvación, culmina su tarea al confiarnos al Espíritu, quien habita en los cristianos como garantía del amor que el Padre nos ha manifestado. La mayor expresión del amor de Dios ha sido incorporarnos en Cristo al máximo grado de familiaridad con Dios: nos ha dado la posibilidad de ser “hijos de Dios”.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 9, 26-31): *La Iglesia gozaba de paz.*

Salmo (21, 26b-28.30ab.31-32): *«El Señor es mi alabanza en la gran asamblea»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 18-24): *Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios.*

Evangelio (Juan 15, 1-8): *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*

En todas las concentraciones religiosas, en las que yo he estado presente, las personas nos encontrábamos tremendamente cercanas, nos sentíamos perfectamente unidos. El evangelio de Juan lo expresa con la imagen de la vid y los sarmientos: unidos a la vid para experimentar como la savia-vida llega a todos los sarmientos. Algunos sobran, si se quiere buena cosecha, y se les poda, para que la vid de más fruto.

La expresión “*cortar por lo sano*” ha sido siempre discutida por quienes quieren apurar al máximo la vitalidad de todo aquello que les pertenece. Incluso en el propio evangelio se reprocha una actitud de excesivo celo por arrancar las “*malas hierbas*”. La cizaña puede ser confundida con el trigo y se corre el riesgo de estropear la cosecha adelantando la siega de los hierbajos. En medicina hay opiniones variadísimas que se inclinan por una u otra opción: cortar y extirpar o intentar curar sin agredir el organismo.

En todos estos casos se requiere el conocimiento profundo y la voluntad nítida de salvar al paciente o a la planta. Pero en el caso del evangelio de Juan su parábola concede al propio Dios la tarea del agricultor. El Padre va a cuidar su viña elegida, la vid que es el propio Hijo arraigado en la tierra y del que brotan (brotamos) sus discípulos como sarmientos que transmiten la savia de la cepa y ofrecen frutos de vida. Permanecer unidos a la vid es vital para los sarmientos; de ahí que nos resulte poco apetecible la poda que anuncia la parábola. Y sin embargo esa poda es necesaria para que el sarmiento pueda dar fruto.

Sin poda el sarmiento crecería por su cuenta y acabaría dando frutos más similares a los agrazones que no a las ricas uvas que produce la cepa bien podada. La imagen de la vid ha definido la necesidad que los cristianos tenemos de permanecer unidos a Cristo y no irnos “*por las ramas*” creyendo que cuanto más espacio ocupemos en el terreno en que estamos instalados, mayores posibilidades tendremos de éxito. No, la vid requiere la poda, que respeta y potencia la vida del sarmiento, para que su entronque con la cepa le facilite renovarse con savia nueva y no acabe eliminado como un sarmiento que ya no da fruto.

Muchas personas hemos probado la carne asada en las brasas de los sarmientos podados, y guardados para ese menester. ¡Qué listos los viñadores y qué previsores! Nada se desperdicia en una naturaleza que recicla cualquier cosa, siempre que encuentre personas que saben vivir con lo necesario. Esto lo llamamos, en lenguaje coloquial, “*soltar lastre*”: desprenderse de aquello que solo nos sirve para detener nuestro proceso de desarrollo como personas humanas, capaces de ser y vivir como adultas.

Así como en los frutales llamamos dar fruto a su tiempo para que las personas disfrutemos de una alimentación sana que mantiene perfectamente nuestro cuerpo con una salud que nos permite un crecimiento correcto. También en nuestra vida personal y social las personas somos capaces de dar el fruto de las buenas obras si nos hemos sabido cuidar con el alimento del pan de las palabras de la Verdad y del Bien y hemos sabido beber el vino bueno de la Amistad y de las relaciones que generan fraternidad y sororidad.

Para conseguir un fruto verdadero, una buena cosecha y buen vino, todo no termina con la poda. Hay que volver a empezar el proceso: preparar la tierra, regarla, arrancar lo que sobra, podar lo que no lleva fruto verdadero y coger las uvas para el vino de la alegría y del encuentro. La comunidad cristiana que no lleva ese proceso se seca, se muere y al final, a pesar de lo que se ha trabajado, desaparece para la vida del mundo y, las personas que nos suceden seguramente ya están buscando por otros caminos.

En el amor, si es de verdad, nunca hay condena; si hay perdón, misericordia, paz, presencia, restauración, cuidado y cercanía. Así los experimentaron los discípulos después de la muerte de Jesús. Desde entonces, las comunidades creyentes llamamos a esa experiencia: **¡Resurrección!**, presencia agraciada que llena de vida nueva todo nuestro camino por esta tierra, llena de cruces, de no vida, de desencuentros, de enemistades, odios y guerras.

El secreto de la vitalidad cristiana está en permanecer unidos a Cristo. No se trata de crecer por nuestra cuenta sino de transmitir con la mayor lozanía posible la propia savia divina sin temor a perder algunas de nuestras expectativas de éxito; lo que importa es que seamos capaces de producir frutos dignos de la vid a la que estamos unidos. La primera carta de Juan nos lo dice claramente: **«No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad»**. Estas obras que son amor y vida verdaderos son los frutos abundantes que producen los discípulos cuando han aceptado con gratitud la poda correspondiente.

Por más que sintamos sangrar nuestras vidas no olvidemos que la poda equivale a la acción del Espíritu que limpia de impurezas nuestra voluntad de permanecer unidos al proyecto de vida y amor que Dios, nuestro Padre, nos ha brindado con garantía total de cumplimiento en la persona de Cristo. Ser cristiano lleva consigo un fuerte olor a sarmiento vivo, lleno de esperanzas y arraigado en la savia divina para producir buenos frutos dignos de los hijos de Dios.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10, 25-26.34-35.44-48): *Dios no hace acepción de personas.*

Salmo (97, 1b-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (1ª Juan 4, 7-10): *Quien no ama no ha conocido a Dios.*

Evangelio (Juan 15, 9-17): *Permaneced en mi amor.*

Si aceptamos que la fuente y origen de toda energía es la fuerza de Dios, que se hace viva en cada uno de nosotros dinamizando nuestros pensamientos, decisiones y acciones, es fácil comprender la afirmación de Juan, el discípulo amado: **«Quien no ama no ha conocido a Dios»**. Si Dios es amor y por amor se instala en nuestro interior como dinamismo capaz de resolver cualquier situación humana, nada ni nadie debería privarnos de esa riqueza interior que se nos ha regalado, ya que el amor es quien mueve nuestros corazones a obrar con alegría.

No es posible que lleguemos a vivir la experiencia del amor de Dios en su plenitud sin sentir que nuestro amor es realización de la misma voluntad de Dios. Para ello necesitamos permanecer en el amor divino, y eso resulta difícil si no estimamos su voluntad. Hasta que no la estimemos y queramos como el bien supremo que mueve nuestro corazón, no podremos afirmar que cumplimos el primero de sus mandamientos.

En la conversación que Jesús tiene con sus discípulos en la Última Cena, les explica que el amor del Padre está explícito en el amor que el Maestro tiene con ellos, y les invita a permanecer en ese amor. Les comunica esto para que sientan la alegría que Él mismo siente cuando ama a su Padre. Al hablarles del amor y la alegría, que éste procura en quien ama, les invita a que prodiguen ese amor unos con otros; y añade algo más al indicarles la calidad de ese amor, que tiene que ser como el mismo amor de Dios.

No podemos pensar que de esta forma Jesús nos priva de amar libremente según nuestras propias querencias; esa libertad radical es inalienable y toca a nosotros decidir cómo, cuánto, cuándo y qué queremos. De ahí la responsabilidad también inalienable de nuestras decisiones. Lo que ocurre es que nos falta con frecuencia la debida sabiduría, más allá de la acumulación de conocimientos puntuales, para calibrar y sopesar nuestras decisiones. Estamos expuestos al engaño por la ignorancia y así podemos aceptar como bien deseable lo que de verdad puede ser nocivo para nuestra salud y bienestar.

Nuestra condición de hijos del viejo Adán debilita nuestra voluntad que se inclina fácilmente por aquello que satisface nuestra concupiscencia. El dominio de nuestra voluntad podemos recuperarlo reconociendo nuestro error y fortaleciendo nuestra voluntad, al recordar que sólo la voluntad de Dios, su querer, está libre de todo error. Si consiguiéramos querer como Dios quiere y lo que Él quiere, nunca llegaríamos a lamentarnos de haber querido algo malo. La fuerza que tiene el amor de Dios es que no le podemos acusar nunca de falta de benevolencia; por más que nosotros le ofendamos, prescindiendo de Él, o incluso procediendo contra Él, el querer de Dios nunca se vuelve contra nosotros y siempre se brinda a fortalecer nuestra voluntad.

La diferencia entre el amor de Dios y el amor del hombre no está en la voluntad de Dios, ya que queda de manifiesto que es su amor el que se entrega a los hombres para que ellos lo puedan vivir con alegría. La distancia la pone nuestra condición frágil que se manifiesta tanto en el desconocimiento del don de Dios como en la debilidad frente a otras alternativas seductoras de bondad. El mejor regalo y la mejor ayuda para superar este estado de debilidad es activar en nosotros el don de sabiduría que nos permite conocer y saborear toda la riqueza del amor de Dios. Cuanto mayor es la conciencia del amor de Dios, vivo en nosotros, mayor atracción sentimos por cumplir su voluntad, su Ley.

Nunca hay que dar las cosas por sabidas o por hechas. Nuestra memoria suele ser frágil y, a menudo, olvidamos las cosas verdaderamente importantes y centrales de la vida: *“quiénes somos y cómo hemos llegado hasta aquí qué es lo fundamental”*. Quien cuida su memoria tendrá capacidad para recoger lo mejor de su historia pasada y podrá enriquecer el presente; y tampoco olvidará lo negativo para no volver a repetirlo.

Los cristianos somos y vivimos haciendo memoria de Jesús y cuando no lo hacemos así nos perdemos por los caminos de la historia. **«Haced esto en memoria mía»** les dijo en la última cena. Jesús no quería que lo olvidáramos porque aquel gesto y aquellas palabras simbolizaban toda su vida. Una vida entregada por amor.

¡No olvidar! ¡Tener memoria! Por eso, hoy Jesús nos insiste: **«Permaneced en mi amor**. Palabras a las que hemos de volver una y otra vez para no olvidarlas y para hacerlas vida, sus seguidores. No son unas palabras cualesquiera, son el centro del cristianismo, el testamento de Jesús: **«Esto os mando, que os améis unos a otros, como yo os he amado»**. Si nos olvidáramos de este mandamiento, traicionaríamos la memoria de Jesús. El cristianismo se convertiría en la sal que se vuelve sosa y ya no sirve sino para tirarla a la basura. Conozcamos a Dios amando a los de cerca y a los de lejos. Creamos y hagamos nuestras las palabras de la primera carta de Juan: **«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él»** ^(1 Jn 4,16).

DOMINGO: LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *Fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista.*

Salmo (46, 2-3.6-9): *«Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas»*

2ª lectura (Efesios 1, 17-23): *Todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Mateo 16, 15-20): *Fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.*

Solo podemos hablar de la Ascensión del Señor desde el conocimiento de su descenso desde el cielo y su instalación en este mundo de los mortales. La Ascensión del Señor expresa la exaltación de Jesús como una dimensión de la resurrección gloriosa que culmina en su retorno a la vera del Padre de donde había descendido.

Los cuarenta días transcurridos según el relato de Lucas entre la resurrección y la ascensión son claramente simbólicos. Durante cuarenta días Jesús se manifiesta vivo a sus discípulos, y les explica a aquellos que habían recorrido con Él la existencia terrena el verdadero sentido de su presencia en el mundo. Ellos deberán permanecer en Jerusalén aguardando que se cumpla la promesa que el Padre les ha hecho a través de Él: **«os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá vuestro abogado; en cambio, si me voy, os lo enviaré»** (Juan. 16, 7). Ellos deberán ser los testigos de Jesús, pero sin olvidar que el Reino de Dios no es de este mundo.

La pregunta de los apóstoles sobre si era ya el momento de restaurar el reino de Israel pone de manifiesto que todavía no habían comprendido la verdad de Jesús. La glorificación del Maestro no supone un estado glorioso para todos sus discípulos, mientras estos no hayan comprendido y aceptado vivir la misma suerte que su Maestro. Para ello tendrán que esperar la llegada del nuevo Enviado, tendrán que sentir la ausencia de Jesús y la presencia del Espíritu.

La Ascensión es la respuesta que Jesús da a sus discípulos, a quienes ya les había advertido: **«me voy a prepararos sitio, cuando os lo prepare, volveré para llevaros conmigo»** (Juan. 14, 3). No es un primer puesto en el Israel restaurado lo que Jesús asegura a sus apóstoles, sino la garantía de que la humanidad ya tiene acceso al Reino de Dios. Su ascensión al cielo no es simplemente la desaparición de Jesús de este mundo ya que los ángeles anuncian a los apóstoles que ese mismo Jesús, que les ha dejado para subir al cielo, volverá como le han visto marcharse.

De esta forma se confirma que la Ascensión de Jesús no supone el abandono de sus discípulos sino la garantía de que también ellos tienen su presencia en los cielos si están dispuestos a participar en el mismo destino de Jesús. La humanidad que Cristo se lleva consigo a los cielos es de la misma naturaleza que la de los discípulos de Jesús aquí en la tierra. Esa es la buena noticia que ellos tienen que bajar del Monte de los Olivos hasta la ciudad santa desde la que comenzará a irradiarse el evangelio de Jesús.

Dios nos ha creado para una vida llena de sentido. Por encima de cualquier limitación está siempre su amor entregado. Lo hemos visto en la Resurrección, y todos somos testigos de la vida resucitada. Hemos pasado de las tinieblas a la Luz. La Ascensión de Jesús al cielo. No es dejarnos en la cuneta desentenderse de todo; es hacer presente la Vida en Dios a la que todos estamos llamados. Y es dejarnos la tarea, de llevar el Amor manifestado de Jesús a todas las personas. Somos trabajadores de la Viña, gracia a que no estamos solos, pues Jesús está presente y actúa en su Espíritu, en la Iglesia, y en nosotros sus testigos.

Acojamos esa tarea. Ahora es el tiempo de la Iglesia, el tiempo de ser sus testigos y continuadores. Jesús no nos trae palabras de bien quedar, ni recetas para aplicar en cualquier situación. No; Jesús hizo y enseñó un modo de vivir, de obrar, de estar y relacionarse con los hermanos; un modo de actuar bien concreto (bienaventuranzas, prójimo, obras de misericordia) con los más necesitados. Y una vez que enseñó a los suyos les dio de nuevo su Espíritu.

El Espíritu, es la Fuerza de la Iglesia. Con Él todo es posible, porque es Dios. Pero claro, necesita de nuestra entrega y testimonio. Aquellos discípulos –todos nosotros– son llamados a ser testigos suyos hasta el confín de la tierra. Junto a la Resurrección, la Ascensión y el envío del Espíritu es el origen de la Iglesia, es la llamada a extender el Amor del Padre. No podemos guardarnos esta Buena Noticia, ni quedarnos ahí plantados mirando al cielo. Somos testigos de un Amor entregado. Dios no nos quiere parados, sino continuando su Salvación en el mundo, comprometidos con el Evangelio.

Esta tarea que recibimos nos sorprende, nos creemos incapaces de llevarla a cabo. Pero todo lo podemos si dejamos que el Espíritu actúe en nosotros. Acogemos con humildad la oración de Pablo a Dios por todos los suyos: que nos dé Espíritu de Sabiduría para conocerlo; que ilumine nuestro corazón para comprender la esperanza a la que nos llama; que acojamos la grandeza de Su poder. En verdad que no hay mejores deseos.

Aquí está la tarea, hermanos. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. Somos enviados a la plenitud, enviados y acompañados porque, eso también, Jesús está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo. Jesús sigue actuando en la Iglesia por nuestro testimonio y entrega. Ánimo y adelante, hermanos.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab.24ac.29b-31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (Gálatas 5, 16-25): *Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, paciencia...*

Evangelio (Juan 15, 26-27; 16, 12-15): *El Espíritu de la verdad, os guiará.*

La fiesta de Pentecostés cierra la celebración del tiempo pascual: es el último de los cincuenta días que celebran el gran día en que actuó el Señor. La victoria de Jesús sobre la muerte se comienza a celebrar a partir de su resurrección y el evangelio de Juan nos cuenta que ese mismo día Jesús exhaló su aliento sobre sus discípulos entregándole el Espíritu Santo, el mismo que el día de Pentecostés vuelve a derramarse sobre los apóstoles colmándoles de su fuerza y plenitud.

La efusión del Espíritu se produjo en un contexto muy similar al que se nos narra en el Éxodo a propósito de la constitución del pueblo de Dios en el Sinaí. La voz y el fuego son dos protagonistas que acompañan la presencia de Dios en el momento de entregar su Ley a Moisés. En ambos casos, en el Sinaí y en el Cenáculo, comienza la andadura del pueblo guiados por la fuerza de Dios, manifestada como Ley en el Sinaí y como plenitud del Espíritu en el Cenáculo.

Cuando afirmamos que la Iglesia comenzó a ser viva prolongación de Cristo en la tierra entendemos que es el mismo Espíritu que engendró a Jesús en las purísimas entrañas de María, el que dio vida y origen a la Iglesia como comunidad de creyentes, que a su vez secunda con su fe la acción salvífica del Cristo Resucitado.

Negar esta acción del Espíritu vivificador es anular la fuerza del creyente y reducir su existencia a la mera posibilidad humana de crecimiento y desarrollo sin mayor horizonte que el que permite alcanzar la naturaleza del hombre. La fuerza del Espíritu Santo, sus dones: **sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios**, potencian al hombre y le eleva a participar en tareas cada vez más nobles y generosas.

No puede el hombre lleno del Espíritu Santo abandonar la lucha por una existencia auténticamente cristiana; sabedor de esta asistencia divina, siente la alegría de ver el cumplimiento de las promesas de Cristo a su Iglesia; en medio de las dificultades recuerda los dones del espíritu que le procuran aquellos frutos exquisitos: **«amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí»**.

Esta es la verdad que el Espíritu Santo nos va comunicando día a día, si vivimos por el Espíritu y nos dejamos guiar por él. No vale dar más crédito a la aparente verdad de nuestra carne, por muy exigente que ella se ponga; los frutos de la carne por sí solos nada tienen que ver con los que procura el Espíritu; es más, hay entre ambos un antagonismo que declara el estado de lucha permanente y que sólo vence el Espíritu, pues la carne frente a Él es débil, ya que su fuerza es poca y sólo sirve para confundir la voluntad del hombre con su mentira. Vivir según el Espíritu es vivir según la Verdad.

El evangelista Lucas nos señala que la venida del Espíritu Santo acontece cuando están juntos y en oración. Con esto nos está diciendo que la oración es el ambiente adecuado para recibir al Espíritu y nos recuerda que también hoy es solo desde la oración como podemos esperar recibir al Espíritu de Dios.

También nos hace notar el libro de los Hechos que cuando los apóstoles salen a predicar, entre los que se encontraban allí había gentes de muy diversas procedencias y sin embargo nos dice el libro de los Hechos: **«cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua»**. Frente a la confusión de Babel, el Espíritu de Dios trae la unidad, frente al pecado que supone el intento del hombre de ser como Dios, el Espíritu restituye la unidad y la comunión entre los hombres.

El aliento o el viento, en toda la tradición hace referencia al Espíritu de Dios. Es el Espíritu que viene sobre la Iglesia para ser enviada al mundo. El Espíritu de Dios distribuye en la Iglesia sus dones o carismas que tienen que ponerse al servicio de la edificación del Pueblo de Dios y Pablo en la segunda lectura está clarificando cuál debe ser el uso correcto de los carismas ante los abusos que se habían producido en la comunidad de Galacia. Nos aclara que el Espíritu es el continuador de la obra de Jesús, el que nos hace comprender quién es Jesús y nos hace confesar que Jesús es el Señor, confesión de fe que solo podemos hacer bajo la acción del Espíritu Santo.

Pero celebrar hoy Pentecostés no es contemplar algo del pasado sino vivir la eterna novedad del Espíritu, como nos recordaba el papa san Juan XXIII en la convocatoria del Concilio Vaticano II: **«Dígnese el Espíritu divino escuchar de la manera más consoladora la oración que todos los días sube a Él desde todos los rincones de la tierra: “Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés”»**.

Tenemos que tomar conciencia de los carismas que hemos recibido y que manifiestan la diversidad, pero para conseguir la unidad y la comunión. Pentecostés hoy nos invita a abrir fronteras y ensanchar horizontes a acoger a nuestros hermanos de cualquier cultura y condición, pues en el Espíritu todos somos uno en Cristo Jesús.

DOMINGO: SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Deuteronomio 4, 32-34.39-40): *El Señor es el único Dios.*

Salmo (Daniel 32, 4-6.9.18-20.22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió por heredad»*

2ª lectura (Romanos 8, 14-17): *Somos, también, hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 28, 16-20): *Haced discípulos a todos los pueblos.*

Algunos piensan que la Santísima Trinidad es algo que queda allá arriba, en lo alto de los cielos donde los hombres no pueden llegar. Continúan afirmando que Dios es un Dios inaccesible, qué, si bien creó todas las cosas, ya no está pendiente de ellas pues ya les dio autonomía suficiente para que las criaturas se desarrollen por sí mismas. En definitiva, vendrían a decir que las relaciones de Dios con el universo es un dogma que no se puede negar, pero no se siente como una realidad viva que afecta al acontecer de cada día; algo así como si Dios pretendiera permanecer sólo y afirmarse en su identidad.

Sin embargo, el enunciado cristiano de la Santísima Trinidad nos revela la propia intimidad de Dios, el misterio insondable de sus relaciones personales que definen al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Estas tres divinas personas no son una simple relación matemática, sino que ellas tres son el mismo Dios que consolida la unidad de la naturaleza divina en la Trinidad de las personas; lo que constituye la esencia del misterio trinitario es la relación de amor que el Padre tiene a su Hijo y que se manifiesta con la fuerza del Espíritu Santo, que es, a su vez, don y causa del amor divino.

¿Acaso no hablamos del amor que el Padre tuvo al mundo cuando decidió enviar a su Hijo para que nos salvara? Y ¿quién, sino el Hijo, manifestó ese amor del Padre al mundo? ¿Acaso no fue el propio Espíritu Santo quien fecundó el seno virginal de María para que fuese el amor de Dios el verdadero y único autor de la Encarnación del Hijo? ¿Cómo podemos prescindir de este hecho manifiesto de un Dios Trino, que nos revela su identidad en profunda y fecunda relación íntima, dándose al hombre en plena relación de amor?

El Dios que creó al hombre sobre la tierra es un Dios único, pero que no está sólo; es el Dios vivo que comunica la vida a su pueblo interviniendo a lo largo de su historia desde el mismo momento en que lo elige. Nunca abandona su actividad, siempre está atento a la obra de sus manos; así nos lo cuenta el evangelista en boca de Jesús, su Hijo, el testigo veraz y fiel de cuanto el Padre realiza en favor del hombre. El salmista identifica al Señor vivo y vivificante; con sus ojos puestos en sus fieles, siempre en relación con los que esperan en Él y dispuesto incluso a reanimarlos en el tiempo del hambre.

Celebrar la fiesta de la Santísima Trinidad puede ser una ocasión para profundizar en ese aspecto de la plenitud de Dios, de su eficacia salvífica y de la relación intensa que genera su misma condición de Bondad Suprema, sentir a Dios Padre con la fuerza del Espíritu Santo que nos hace sentirnos herederos de Dios y coherederos con Cristo es algo que nos relaciona íntimamente con Dios y nos acerca más al misterio de la Santísima Trinidad.

Celebramos hoy una fiesta dedicada a la Santísima Trinidad y, sin embargo, el Evangelio empieza hablándonos de Galilea. No escuchamos complicados tratados teológicos sobre las procesiones intratrinitarias (relación entre las tres personas divinas). Galilea evoca sencillez, evoca vuelta a los orígenes. Quizá la fe en la Trinidad también tenga mucho de sencillo: confiar, abrirnos a esa protección y cuidado que Dios –uno y trino– nos dispensa. Los once han regresado a Galilea y esta mención no es solamente un lugar geográfico sino un lugar teológico.

Allí empezó todo, allí está la patria chica de Jesús, Nazaret, allí empezó a predicar. Allí curó, allí infundió esperanza a tanta gente. Jesús resucitado regresa al Padre y pide a los suyos que continúen su misión. Regresar a Galilea puede significar también para nosotros que la misión de Jesús la debemos llevar a cabo en nuestra vida corriente, la de cada día.

Jesús durante su ministerio público había hablado siempre de su Padre Dios. Jesús procede de Dios, dice y hace lo que ha oído decir y visto hacer a su Padre. Recordamos también los largos ratos de oración que Jesús pasaba ante Dios. También Jesús nos hablará del Espíritu Santo que habría de venir cuando él ya no estuviera, cuando él ya hubiera regresado al seno de Dios. Jesús no actuó nunca, ni actúa, por su propia cuenta. Por eso ahora, cuando manda a los suyos a la misión les pide que bauticen en el nombre de la Trinidad.

La causa de Jesús no se puede entender sin la referencia a Dios Padre y al Espíritu. Ya que la voluntad inquebrantable de Dios de establecer una alianza de amor con el género humano se ha hecho tangible en Jesucristo y se mantiene en este tiempo gracias al impulso del Espíritu Santo. Además, los discípulos tendrán que enseñar, a los que quieran iniciarse en la fe, todo lo que aprendieron de Jesús.

En la misión no estamos solos. En nuestra Galilea particular, ahí, en nuestra vida cotidiana es donde estamos llamados a ser testigos de Jesucristo, ahí contamos con todo el apoyo de Dios Padre, de su Hijo Jesús y del Espíritu Santo. Aquellos buenos hombres y mujeres, los primeros discípulos no intentaron explicar con la razón lo que estaban viviendo. Vacilaron, pero al final se fiaron de Dios y de la palabra de Jesús y eso les hizo entregarse con todas sus fuerzas a continuar la misión con resultados realmente extraordinarios. Creer en la Trinidad es confiar.

DOMINGO: EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Éxodo 24, 3-8): *Haremos todo lo que ha dicho el Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-18): *«Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor».*

2ª lectura (Hebreos 9, 11-15): *Se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha.*

Evangelio (Marcos 14, 12-16.22-26): *Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos.*

La de hoy es una fiesta llena de símbolos muy antiguos que hoy, quizá, no logran transmitir a todo el mundo le enorme riqueza existencial que podía tener para aquellas gentes, enfrentadas continuamente a los riesgos de una vida llena de amenazas. Los elementos de una comida propia de pastores no tienen mucho que ver con las hamburguesas y los pasteles que hoy llenan las mesas de las tabernas y restaurantes que pululan por nuestras ciudades. Y, sin embargo, lo mismo que hoy está reflejada la facilidad de una vida moderna sometida a la eficiencia de unas máquinas que elaboran los elementos de nuestras tareas y de nuestro ocio, también en aquellas comidas de antaño, quedaba reflejada la vida sometida a tantos peligros y amenazas como les tocaba vivir.

La cultura nómada de unas tribus de pastores queda pintada en el ritual de una comida compartida con los que son a veces sus amigos, a veces sus enemigos. La carne de vacas o corderos podía ser igualmente el alimento compartido en una fiesta de hermandad y buena relación, como la expresión real de una violencia cruenta y feroz en donde corría la sangre de los enemigos, enfurecidos por unos pactos violados, por unos animales robados o unas mujeres secuestradas.

La comida ritual cerraba el largo proceso de elaboración de unas reglas de convivencia plasmadas en unas piedras que, como monolitos en los cruces de caminos, recordaban la frágil separación entre la guerra y la paz, la muerte y la vida, la desdicha y la alegría. Miles de años llevamos uniendo la vida con la comida festiva, los pactos con su ratificación y firma, la infracción con la sangre que será derramada en caso de incumplimiento. Carne y sangre como símbolos de vida o de muerte, de recompensa o castigo.

Ya en la sinagoga de Cafarnaúm, tal como nos relata el evangelio de Juan, los contemporáneos de Jesús se preguntaban extrañados como era posible comer el cuerpo de Cristo. Entendían ellos el cuerpo de carne y sangre y no podían aceptar una cosa tan extraña. Sin embargo, Jesús insiste y afirma que su carne es verdadero manjar y su sangre verdadera bebida. La mayoría de sus discípulos se declara incapaz de entender este discurso que es ciertamente la palabra de Dios inspirada.

Algunos de estos discípulos abandonaron a Jesús porque no entendían sus palabras. Sin embargo, las palabras de Jesús son palabras de vida eterna que aceptaron aquellos que creyeron que Jesús era el pan bajado del cielo. Cuando nosotros ahora nos enfrentamos con este misterio de eucaristía, si somos creyentes nos resulta fácil tomar la actitud de los apóstoles frente a las dudas de los demás y responder como Pedro: *«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».*

Esa es la oferta garantizada que ofrece la fe como don a todos los que se deciden a aceptarla libremente. No vamos a discutir sobre la falta de consistencia de aquellas alternativas salvíficas que prescinden del don de Dios, simplemente queremos afirmarnos en la línea de los que quieren nutrirse del pan de vida. Entendemos que es fácil escandalizarse ante el discurso de Jesús, pero no es menos cierto que lo que verdaderamente vivifica no es precisamente la carne, sino el Espíritu.

Las palabras de Jesús son Espíritu y son Vida y no pueden entenderse sin fe. No nos extrañaremos de que cada vez cunda más la actitud de quien busca motivos para no creer, recordemos que el lenguaje de Jesús es duro y de difícil inteligencia, pero asequible para aquellos que verdaderamente le conocen. El cuerpo de Cristo no puede ni debe ser entendido como una realidad bioquímica de carne y sangre que penetra en nuestro organismo y le da vida. Entendido así el discurso de Jesús no sólo resulta duro sino inaceptable y la fe requiere nuestra libre aceptación.

La realidad sacramental del Cuerpo de Cristo contempla otros niveles que trascienden al orden físico sin que por ello niegue la importancia del orden natural en la vida de los sacramentos. Nutrirse del cuerpo de Cristo, comer su carne y beber su sangre, es recibir el pan vivo bajado del cielo. Es recibir la vida de Dios Padre celestial que se hace carne y sangre en el cuerpo de Cristo en esa unión personal de la naturaleza divina y humana, que constituye el gran misterio revelado, el amor de Dios al hombre. Es vivificar al hombre con la propia vida de Dios.

Nuestra historia cristiana brota de una tradición anterior. De ella recoge la riqueza simbólica que nutre nuestras celebraciones. En su centro, siempre, la vida. Con sus posibilidades y amenazas, con sus anhelos y angustias, sus esperanzas y desánimos. Si siempre hubo una víctima, consecuencia lógica del enfrentamiento o sustituto razonable y festivo de las vidas ahorradas, ahora, la víctima es la expresión de un Amor inexpresable que se ofrece para evitar todas las muertes, liberar a todos de la amenaza y del miedo y unirlos en la celebración del compromiso existencial por una vida y un mundo más humano, más pacífico, más solidario y más compartido.

En el Pan está la tarea y la vida. En la Sangre está la historia llena de tanta sangre derramada. En ellos estamos todos con nuestras hambres y anhelos. Pero, sobre todo, ahí, en el centro de nuestra celebración está Dios, hecho carne y sangre, pan y vino, muerte y vida, para que todos vivamos. Para nosotros, ahí, está Cristo.

DOMINGO X DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 3, 9-15): *Pongo hostilidad entre tú y la mujer.*

Salmo (129, 1b-8): *«Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa».*

2ª lectura (2ª Corintios 4, 13 – 5, 1): *Creí, por eso hablé.*

Evangelio (Marcos 3, 20-35): *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*

La primera lectura del libro del Génesis nos puede despistar si nos ponemos a discutir por qué tiene que ser la mujer quien da a comer al varón, o qué representa la serpiente. El pecado real que denuncia es la tentación que vuelve una y otra vez sobre el ser humano: “*¡no necesitamos a Dios!*”. Si el objetivo de cada persona es alcanzar la felicidad, ¿no podemos ser plenamente humanos, razonablemente felices, sin Dios? ¿No es hora ya de quitarnos esa pesada carga del pasado?

En la lucha abierta entre Dios y Satanás la Biblia nos dice que la victoria sólo está a favor del Omnipotente. Satanás es la mera oposición a Dios y como tal existe, pero sin ninguna opción a la victoria definitiva. Su condición de rival se agota en serlo, pero nunca podrá suplantar la soberanía de Dios. El imperio del mal, consecuencia del engaño que Satanás inició desde el comienzo con la historia de Adán, ha recibido un golpe definitivo en la implantación del Reino de Dios en el mundo. Jesús ha vencido definitivamente al Maligno en su propio terreno, en las sombras de la muerte.

Lo que ocurre es que Satanás es muy mal perdedor y no quiere reconocer su derrota; continúa su línea de engaño y de mentira y pretende convencer de que todavía no está dicha la última palabra. Y a fe que encuentra aliados en la misma libertad del hombre. Allí donde el hombre viene respetado por el mismo Dios que lo creó; en la propia capacidad de decisión del hombre, otorgada y protegida por su Creador, intenta el Diablo confundir, enredar la razón humana oscureciendo las razones de Dios, las únicas que pueden subsistir al enredo y al engaño de quien no tiene más razón que la inconsciente apariencia.

Pero ni siquiera Satanás puede asegurarse una victoria plena en el hombre, que sabe en lo profundo de su ser que Dios está a su favor y le queda el resquicio de confesar su culpa y avergonzarse en su presencia. Así está explícito en el relato del paraíso cuando Dios pregunta a Adán: «*¿Dónde estás?*». La vergüenza de Adán le ha llevado a esconderse pues todavía no ha descubierto que su desnudez no es la inocencia original con la que Dios lo creó, sino la privación de la dignidad en forma de rebeldía descubierta. Cuando es sorprendido por la voz de Dios acaba reconociendo que ha sido víctima del engaño.

Satanás es el padre de la mentira y no puede subsistir frente a la verdad. Y la verdad es que, aunque nuestra condición física se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día. La verdad es que el triunfo y la victoria de Jesús sobre Satanás está ya garantizada, pues ha sido cumplida en Cristo Resucitado; lo que ocurre es que el hombre de hoy, como el de ayer, ha de aceptar la victoria de Cristo asumiendo la lucha a muerte con Satanás, que sigue sin aceptar su derrota y trata de engañar de nuevo al hombre ofreciéndole una alianza sin garantía.

La sociedad navega en esta doble dirección. Por una parte, quiere vivir sin Dios; queremos “*construirnos*” a nosotros mismos, dominándolo todo. La tentación del Génesis se repite hoy. Por otra parte, quiere reducir a Jesús al iniciador de un movimiento social de carácter religioso; a un prototipo sublime de lo que puede llegar a ser una persona, pero desvinculándolo de su carácter de Hijo de Dios, de revelador del amor de Dios. En ambos casos la fe es prescindible. ¿Podemos y debemos vivir sin religión, porque es algo caduco, del pasado, que no necesitamos! ¿Es eso así? ¿Acaso la vida que se nos impone no hace que una y otra vez escuchemos el “*rumor amoroso de Dios*”?

San Pablo, en un contexto cultural distinto al nuestro, pero cercano en la experiencia profunda, nos exhorta a la fe y a la esperanza. La fe y la esperanza no son un “*adorno superfluo*”, sino que son “*fondo constitutivo*” de cada uno de nosotros. La fe nos abre al misterio de Dios y nos comunica con nuestra más profunda condición: somos hijos de Dios, creados y amados por Dios. La esperanza nos abre al futuro, enraizado en el presente. Este cuerpo mortal es una tienda de campaña pasajera, pero nosotros, cada uno, personalmente, estamos llamados a vivir en Dios y con Dios, gracias a la resurrección de Jesucristo. Ante la tentación que nos presentan hoy unos y otros, los nuevos Belcebús, Pablo nos invita a creer y esperar, por la resurrección de Jesucristo.

Los escribas que vienen de Jerusalén le acusan de actuar en nombre de Belcebú; como si fuera un “*colaborador*” que embauca a la gente ingenua. Esta segunda tentación es seductora: reducimos a Jesús a una buena persona que conectaba con la gente más sencilla, pero no venía de Dios. La acusación de los escribas va contra Jesús y su misión. Marcos dice, con claridad meridiana que quien lucha contra la misión de Jesús está luchando contra Dios y su Espíritu Santo.

El cristiano no puede confundir el espíritu inmundo, que trata de denigrar el programa de vida ofrecido por Jesús, con el Espíritu Santo, que alienta y mueve el corazón del hombre iluminándole para discernir la verdad de la mentira, esta confusión es obra de Satanás y ya recibió su condena en uno de los textos más duros del evangelio de Marcos: «*El que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón jamás*».

DOMINGO XI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 17, 22-24): *Echará brotes y dará fruto.*

Salmo (91, 2-3.13-16): *«Es bueno darte gracias, Señor».*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 6-10): *Caminamos en fe y no en visión.*

Evangelio (Marcos 4, 26-34): *La semilla germina y va creciendo.*

Jesús miraba la vida con mucha atención. En las pequeñas y sencillas cosas de la vida cotidiana descubría el paso de Dios, veía el Reino Dios. Su mirada era capaz de leer el mensaje inscrito en la profundidad de las cosas, de las relaciones, de los acontecimientos.

Los evangelios están llenos de referencias a la vida cotidiana, de las que Jesús echaba mano para mostrar a la gente el milagro de la presencia de Dios en la vida. Hoy nos ha dicho: *«el reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra»* y, mientras duerme, *«la semilla va creciendo sin que él sepa cómo»*. El hombre actúa cuando le corresponde: *“siembra la semilla”* y *“mete la hoz”* cuando ha llegado el momento de la siega.

Jesús conocía los duros trabajos del campo, pero, esta vez, deseaba despertar la confianza en el hacer constante y gratuito de Dios. Hay un largo período de tiempo –nos dice en la parábola–, en el que el hombre no tiene que hacer nada, pues es la tierra la que hace que la semilla germine. Este proceso se realiza sin que el hombre sepa cómo, mientras *“duerme y se levanta”*.

Sin que sepamos cómo, la acción salvadora de Dios germina en nuestra vida, crece en nuestra historia personal y colectiva. Dios cuenta con nosotros para preparar la tierra y para sembrar, pero, después, sin que sepamos cómo, Él va haciendo a su manera, va construyendo, va tejiendo, desde lo más profundo de nuestras vidas y de la vida de todos, su obra salvadora.

La vida es un don maravilloso que hemos recibido. En ella vivimos mil y una experiencias, acontecimientos felices o dramáticos que pasan a configurar nuestra forma de ser. Situaciones recurrentes o únicas que nos van moldeando y determinan nuestras aspiraciones, sentimientos y sueños. Todo sucede, en muchos casos, sin que sepamos cómo. De hecho, no siempre entendemos el porqué de lo que nos pasa..., forma parte del gran misterio de la vida.

Pero los creyentes sabemos que Dios se hace presente desde lo más profundo de los acontecimientos y en lo más hondo de las relaciones, no tanto como quien los determina directamente, sino como Aquel que da sentido a lo que experimentamos y vivimos. Él nos ayuda a afrontarlos y a crecer cada día en el amor.

El evangelio, en una parábola fantástica, nos recuerda que la vida tiene su dinamismo propio y también crece por sí misma, incluso más allá de nuestro esfuerzo. La semilla más pequeña puede llegar a ser un gran árbol y el gesto o la palabra más sencilla puede provocar una revolución en la vida. Por eso Dios, que es el buen sembrador, nos invita a participar en una siembra de buenas obras. Seguro que recogeremos los frutos de aquello que hayamos sembrado y que Él, con su gracia se encargará de multiplicar.

El Señor trabaja nuestro corazón hasta cuando dormimos. Transforma nuestro corazón sin que sepamos cómo. Es el alfarero que modela nuestro espíritu; el labrador que cuida la viña de nuestra vida; el buen pastor que se desvive por nosotros, su rebaño; Él es el mejor educador, médico, entrenador... que podamos tener. Ahora bien, es necesario dejarnos moldear, cuidar, curar, educar... por Él. En definitiva, abrir nuestra vida a su amor.

Vivimos un momento complejo en todos los ámbitos. Parece que nos acosan por todos lados. Solo vemos rivalidades e incompreensión, luchas, odios y guerras. En demasiadas ocasiones nos instalamos en el desánimo y el pesimismo y nos cuesta elevar la mirada. Es, como una tierra árida, a la que le cuesta ser fecunda.

Pero hoy, el Señor, nos sigue pidiendo que sigamos sembrando con Él y que sepamos esperar a que lleguen los frutos. Trabajar y confiar. Comprometernos y esperar. Sabemos que el Señor nos dará el incremento. Sembrar esperanza, derramar compañía, regalar ternura, comprometernos con la justicia y el bien común, estar cerca de los que sufren... son buenas semillas que darán fruto abundante y que pueden llegar a ser grandes árboles de una sociedad mejor. Sin duda, Dios nos anima a ello y cuenta con nosotros.

Los seguidores de Jesús, somos hijos de nuestra cultura y, para bien y para mal, estamos influenciados por los valores dominantes. Por ello, en nuestros trabajos al servicio del Reino, al servicio del evangelio, tendemos a llevar cuentas de los esfuerzos invertidos; hacemos cálculos de los resultados que esperamos; pensamos que dos más dos han de ser siempre cuatro; y deseamos tenerlo todo bajo control, desde el inicio del proceso hasta el final. Jesús, en cambio, que ve la vida desde el lado de Dios, desde el lado del Reino, nos invita a confiar y a quitarnos la pesada carga de quererlo controlar todo.

San Ignacio de Loyola decía: *«Haz las cosas como si todo dependiera de ti y confía en el resultado como si todo dependiera de Dios»*. ¿Andamos escasos de gratuidad y de confianza? Gratuidad para no regatear en entregas, y sembrar en la vida de los demás, lo mejor de nosotros mismos; y confianza para saber que en las manos de Dios nada de lo que sembremos se pierde.

DOMINGO XII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 38, 1.8-11): *Echará brotes y dará fruto.*

Salmo (106, 23-26.28-31): *«¡Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia!*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 14-17): *Cristo murió por todos.*

Evangelio (Marcos 4, 35-41): *¿Por qué tenéis miedo?*

Job es un personaje de novela, ya que realmente no existió. Pero, igual que los escritores de fábulas, el contenido de la novela es muy real. Dicho esto, Job se atreve a pedir a Dios que se encuentre con él. Y Dios lo hace desde la tormenta, recordando así el marco de otras teofanías o manifestaciones de Dios en el AT. Job ha tenido que discutir sobre el supuesto pecado del que le acusan sus amigos. Estos reflejan la teología de la remuneración existente en el judaísmo y que perdura en algunos aún hoy: **«Dios premia a los buenos y castiga a los malos»**. Y él ha refutado esa acusación. Y, como testigo, llama a Dios mismo, el cual no le va a dar ninguna explicación, sino que lo pone ante el misterio de la existencia.

Si Dios mismo, en la primera lectura, pone a Job ante el misterio de su existencia, Jesús parece desentenderse de sus discípulos durmiendo plácidamente en medio de una tormenta que pone de relieve el sueño profundo de Jesús. En la pregunta de los discípulos subyace un tinte de reproche a Jesús y, posiblemente, la confianza en que Jesús podía remediar sus miedos. Y Jesús realiza un signo precisamente para responder a sus miedos, lo cual no deja de ser un alimento a los deseos de los discípulos. Es importante señalar esto, porque los inicios del proceso de la fe necesitan algún signo para generar confianza en Dios o en Jesús y, por ello, iniciar la relación con Él.

¡La fe no se alimenta de signos! Esta realidad ya la inició Dios con Abrahán cuando le pidió sacrificar a Isaac, el hijo de la promesa. Para que la fe de Abrahán no se apoyara en el signo que Dios le había dado (Isaac) sino en Dios mismo, Dios pide a Abrahán el sacrificio del don.

En el texto evangélico de hoy, Jesús responde al tinte de reproche de los discípulos con un signo (calma la tempestad) pero ese signo remite a una realidad más profunda: ¿quién es este? Jesús va revelando a sus discípulos su autoridad ante los fenómenos naturales y la autoridad de su Palabra que es la que posibilita la relación con Él. Y una relación que crece en un diálogo conflictivo: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?». Pidamos al Señor que, en medio de nuestras tormentas vitales, sociales, económicas, políticas, eclesiales, nos permita nutrir nuestras relaciones interpersonales, compartiendo fe y no solo opiniones religiosas.

Los cristianos corremos el riesgo de sentir miedo mientras navegamos sobre la barca de Pedro, y es que los vientos que soplan contra ella resultan con frecuencia huracanados y pensamos que podemos hundirnos. Otra actitud enfrentada es la arrogancia de quienes creen que no hay argumentos contra las propias creencias, hasta el punto de cuestionarse sobre la misma fe. Si no vale refugiarse en el miedo tampoco es válido negar la fe por el simple hecho de que no cuadre con los propios criterios.

La fe no es sólo un don sino también una virtud, que facilita el esfuerzo del hombre para aceptar la verdad que trasciende al razonamiento puramente lógico. Pablo nos recuerda que él había valorado a Cristo según criterios puramente humanos y ello le llevó a considerarle un adversario de la predilección de Dios manifestada a su pueblo. Defendiendo su idea de Dios, haciendo valer su propio criterio adquirido en el conocimiento de la Ley, Pablo rechaza a Cristo porque todavía no ha recibido la revelación; esta le deslumbra en el camino de Damasco y sólo cuando ha recuperado su visión, ve más allá del pasado, descubre lo nuevo que ya ha comenzado con Cristo, y recobra las fuerzas que había visto peligrar.

Ha sido la acción de Dios, la misma que Yahvé recordó a Job desde la tormenta, la soberanía sobre el mar y sus olas, la que se ha manifestado como transformadora de la mente del apóstol. Su criterio, su jerarquía de valores, ya no se apoya en la cotización del saber humano, sino en el conocimiento del misterio de Dios que le ha sido revelado.

Jesús, a quien los discípulos conocen y comparten con Él un viaje por el lago de Galilea, reconoce la capacidad de los suyos para ocuparse de las tareas ordinarias de la navegación y se duerme tranquilo en la barca sin temor alguno, pues confía en ellos. Ellos, sin embargo, cuando los elementos se desatan y manifiestan un poder superior al que ellos ya no pueden dominar, recurren a Jesús para que intervenga. Ellos le habían visto hacer milagros y piensan que ahora debe hacer otro para salvarles; en el fondo tienen fe, pero según Jesús no tienen todavía suficiente. Todavía no habían descubierto los apóstoles que Jesús era el Señor, el dueño del mar; el mismo que habló a Job desde la tormenta; por eso se extrañaron y comentaban entre sí: **«¿Quién es este? ¡Hasta el viento y las olas le obedecen!»**.

Allí en medio de la tormenta comenzaron los discípulos a sentir la necesidad de la fe, podríamos decir que descubrieron la necesidad de Jesús, el Señor. Más tarde, después de la experiencia del Resucitado y después de haberle sentido cerca de nuevo junto al lago, fueron afianzando su fe en el Señor, aquella que apenas despertaba por primera vez en medio de la tempestad.

DOMINGO XIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 1, 13-15; 2, 23-24): *Dios creó al hombre incorruptible.*

Salmo (29, 2.4-6.11-12a.13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado».*

2ª lectura (2ª Corintios 8, 7.9.13-15): *Sobresalid en obras de caridad.*

Evangelio (Marcos 5, 21-43): *Tu fe te ha salvado.*

El arte de la propaganda, el “*márquetin*”, se sirve de múltiples medios para captar nuestra atención y que podamos repetir un mensaje sin dificultad. De esta forma muchas veces toman una letra como inicial de palabras o términos significativos. Podemos fijarnos en la “*regla de las tres eses*” a considerar en la calidad de la vida: “*sano, saludable y sostenible*”. Creo que se debe vivir cuidando de este planeta, porque no tenemos otro, y para disminuir al máximo la contaminación, tendremos que recurrir a la política de las “*tres erres*”: “*reciclar, reutilizar, reducir*”. Son tres palabras fáciles de memorizar, máxime si estamos preocupados por la calidad de la vida.

No basta con “*estar vivos*”, con sobrevivir o con sobrellevar el peso de los días. Hay que dar pasos hacia delante para poder vivir con calidad, con dignidad, con humanidad. Una vida humana tiene que partir de una “*alimentación sana*”. Pero, no basta con comer y vivir de forma sana, sino que hay que tener “*hábitos saludables*”: hacer deporte, evitar agobios, dormir bien. Tenemos que dar un tercer paso si queremos llegar a la cima de esta calidad, debemos pensar en que esta forma de vida debe ser “*sostenible*”, o sea, debemos tener en cuenta las energías que gastamos. Propongo añadir dos más, para alcanzar cinco eses: “*sentido*” y “*salvación*”.

Las personas no solo necesitamos una vida “*sana, saludable y sostenible*”, sino que necesitamos una vida con “*sentido*”, o bien, necesitamos adentrarnos en el “*sentido de la vida*”; sí, también estamos plenamente de acuerdo en que la buena vida, debe ser para toda la humanidad y no solo para unos pocos. Pero la vida humana se topa con la debilidad, la enfermedad y la muerte. Es una línea roja que querríamos no pasar, pero no podemos.

El libro de la Sabiduría nos dice que la muerte no viene de Dios: Dios no hizo la muerte ni se complace en ella, porque Dios quiere la vida. Ahora bien, ¿de qué estamos hablando? ¿Solo de la vida en el más allá, la vida eterna? ¿Una vida que, por ser de Dios, comienza aquí ya y alcanza su plenitud tras la muerte? Dios nos creó para la vida. Dios no hizo la muerte. El autor del libro de la Sabiduría, irónicamente nos dice quiénes son los creadores y aliados de la muerte. Ellos, los impíos, los que extraviaban su vida, alejándose de la justicia, han firmado un pacto con la muerte, a la que consideran el remedio de todos sus males y también el final o negación de todos sus bienes.

Pero eso no es así para el creyente; no lo es para el que respetando el orden físico-biológico del hombre descubre con el autor sagrado una respuesta más satisfactoria. Remontándonos a los orígenes primordiales, descubrimos que Dios llama a la existencia, al ser, a todas las criaturas del mundo; todas resultan buenas y saludables y fueron creadas para subsistir sin que en ellos hubiera veneno de muerte.

Si Dios no hizo, ni quiso la muerte, ¿qué sentido tiene este final biológico del hombre? ¿Qué significado tiene la vida si se destruye? ¿Es esto lo que quiso hacer Dios cuando creó al hombre como ser vivo? No es una respuesta afirmativa la que nos da el sabio al decirnos que Dios no goza destruyendo a los vivientes. Frente a los que así discurren, y se engañan porque los ciega su maldad; frente a los que no conocen los designios misteriosos de Dios, ni esperan el premio de la virtud, surge el hombre de fe, el que cree que el hombre fue creado a propia imagen de Dios y por lo tanto **inmortal**.

El evangelio de Marcos de hoy presenta dos relatos en uno: la muerte de la hija de Jairo y la mujer hemorroísa. Jesús y dos mujeres. Jesús a la primera la devuelve a la vida, a la segunda le devuelve la salud. La hija de Jairo, está rodeada por gente de la sinagoga que se ríe de Jesús cuando él dice que la niña «*está dormida*» (se ríen porque no creen en el poder de Dios). La mujer hemorroísa está rodeada por un tropel de personas que le impiden acercarse a Jesús. Jesús da sentido a las dos: a la niña porque dice que la muerte no es un “*límite insuperable*”; a la mujer porque dice que no es “*impura*” a los ojos de Dios. Jesús salva a las dos: de la muerte y de la enfermedad.

No podemos afirmar que es falsa la resurrección de la hija de Jairo porque nuestros cálculos no nos permiten calibrar el poder misterioso de Dios. Es innegable que el evangelista nos ha transmitido un relato en el que se pone de relieve el progreso fatal de la enfermedad que concluye con la muerte de la muchacha. A Jesús se le reconocía el poder de curar a los enfermos, pero la muerte se presenta ante la gente que llora a la difunta como el final de la vida y piensan que ya no hay remedio, por ello es inútil importunar más a Jesús; pero este responde: «*Si hay remedio, la fe*». No todos los presentes creen y se ríen cuando Jesús acercándose a la difunta dice: «*La niña no está muerta, sino dormida*». Él, echando afuera a todos, tomó a los que esperaban y confiaban en Jesús y agarrando a la niña con una orden soberana le devuelve la vida.

Tampoco los presentes captaron el sentido de este contacto de Jesús con la niña al devolverle la vida, pero es cierto que la comunidad cristiana, y por supuesto el evangelista, entendió bien este relato como un preanuncio de lo que posteriormente definiría Pablo como una incorporación a la vida gloriosa de Cristo, una participación en el despertar de Cristo de entre los muertos.

DOMINGO XIV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 2, 2-5): *El espíritu entró en mí.*

Salmo (122, 1b-4): *«Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia».*

2ª lectura (2ª Corintios 12, 7b-10): *Te basta mi gracia.*

Evangelio (Marcos 6, 1-6): *No desprecian a un profeta más que en su tierra.*

El camino del hombre es siempre un proceso hacia adelante, en el que se van sucediendo las etapas de la infancia, la adolescencia, la juventud, la madurez y la ancianidad, gestionar cada una de las etapas tiene sus dificultades. Los primeros años en casa gozamos de un acompañamiento dirigido por ser personas dependientes totalmente, pero también para que seamos como todas las personas de nuestra familia o de nuestra comunidad pueblo o barrio ciudadano. La Palabra que ilumina esta primera etapa de la vida la vemos encarnada en los padres y en los adultos que están con nosotros y que son los que saben lo que hay que hacer y cuál debe ser el comportamiento cuando estamos con otras personas.

La adolescencia, etapa de cambios y conflictos, requiere un acompañamiento de personas que saben dónde quieren llevar el desarrollo del adolescente y además deben ser constantes en la línea educativa emprendida. Esta etapa de la vida está también acompañada por las buenas y las malas compañías. La búsqueda de quien puede llegar a ser le hace estar pendiente de las referencias entre lo que le apetece ser y lo que considera que sería lo mejor para él o ella. Por eso suele rodearse o buscar personas que reflejen esas tendencias.

Las dificultades de la gente joven para emanciparse y llevar adelante su proyecto de vida no son impedimento, para buscar y encontrar la forma de llevarlo adelante con la colaboración de otras personas jóvenes y adultas que buscan con ellas. Esta dificultad, tal cual, no aparece en la vida de Jesús, aunque también él tuvo que emigrar de su tierra buscando la seguridad ante un rey hostil que quería impedir la vida.

Cuando han pasado ya las etapas de la crianza de los hijos y del cuidado de los mayores, mucha gente se encuentra en un momento de la vida en el que sentimos un gran vacío por no saber cómo llenar el tiempo que antes teníamos muy ocupado. Comenzamos a sentir la necesidad de ser escuchados en profundidad para comunicar cómo hemos ido llegando a la situación que estamos viviendo y poder hablarlo desde el corazón, ya que es ahí donde las personas guardamos lo más importante de nuestras vidas. Las personas con las que podemos compartir lo más profundo de nosotros mismos no suelen ser las que estuvieron en las primeras etapas de nuestra vida ni son las de nuestras familias. Son más bien las personas que hemos ido eligiendo a lo largo del camino que iniciamos cuando decidimos de verdad lo que queríamos fuera nuestra vida.

La debilidad no aceptada provoca siempre la rebeldía que es una falsa posición de fuerza, ya que la misma debilidad quita el argumento al rebelde. Debe haber otra manera de defenderse el débil y que resulte verdaderamente eficaz. Esa es la respuesta que nos dan hoy los textos bíblicos de Ezequiel, Pablo y Marcos.

El profeta siente su debilidad al declararse incapaz de afrontar la obstinación y testarudez del pueblo, que se resiste a escuchar la palabra de Dios. Esta incapacidad resulta una de las características que definen al verdadero profeta, frente a aquellos que invocan el nombre de Dios para revestirse de una fuerza, que Dios no le ha dado; éstos son los falsos profetas que se hacen fuertes en el aplauso de los que secundan sus palabras y sus consignas, estiman el resultado de sus tareas por el éxito o poder de convocatoria; pero olvidan que son los fieles a quienes se dirige Jesús preguntándoles: **«¿También vosotros os queréis marchar?».**

La experiencia de fracaso que Pablo tuvo en el Areópago de Atenas, cuando quiso captarse la benevolencia de sus oyentes y éstos acabaron por citarle con notable escepticismo para una nueva ocasión, llevó al Apóstol a deponer su soberbia, que llevaba metida como una espina en su propia carne. Al apóstol ya no le duelen prendas y por eso ya no tiene miedo de que se vean sus debilidades, pues así quedará bien claro que la fuerza que en él hay es la fuerza de Cristo. Es más, llega incluso a sentir contento de todo aquello que originan sus deficiencias; los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades que hay que sufrir por no eclipsar la fuerza de Cristo que reside en él. Desde esa experiencia y tratando de dominar su orgullo sin sucumbir ante él, Pablo afronta su debilidad como el mayor título de gloria en su apostolado hasta el punto de acuñar la frase: **«Te basta mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad».**

La autosuficiencia de quien cree no necesitar la ayuda divina es el mayor enemigo del evangelio, cuyo mensaje fundamental es la potenciación y enriquecimiento espiritual de los necesitados, de los pobres y de los débiles. Allí donde hay hambre y sed de justicia, de paz, de amor y de verdad, cobra fuerza la palabra del evangelio que es don de Dios para los hombres que le aceptan con sincero corazón. Hoy como ayer resuena la voz de los profetas, que en nombre de Dios denuncian los atropellos cometidos por los poderosos, y expresan en su debilidad la fuerza incontenible de un Dios que cada vez se hace más presente en el mundo y en la vida de los que carecen de voz porque se la han robado los que se consideran sin saberlo, los dueños del mundo.

DOMINGO XV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 7, 12-15): *El Señor me arrancó de mi rebaño.*

Salmo (84, 9abc.10-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación».*

2ª lectura (Efesios 1, 3-14): *Él nos eligió antes de la fundación del mundo.*

Evangelio (Marcos 6, 7-13): *Los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad.*

La llamada de Dios al profeta es una auténtica invitación a trasladarse a ese mundo nuevo que supone su voluntad salvífica, ese designio que trasciende nuestros deseos y apetencias y los orienta hacia una plenitud renovadora. Lo mismo sucede a quien se embarca en ese otro viaje que es el seguimiento de Cristo y que nos define como discípulos suyos. Es de Él de quien tenemos que aprender y en quien tenemos que descubrir las riquezas que transforman nuestro frágil conocimiento de la verdad y bondad de las cosas.

Demasiadas preocupaciones nos tomamos para preparar nuestro equipaje cuando tenemos que iniciar un viaje. Nos falta la seguridad de quien conoce bien a donde vamos y qué es lo que vamos a necesitar; queremos asegurarnos todas las comodidades posibles y para ello acarreamos con una servidumbre que nos va a impedir avanzar libres y dispuestos a dejarnos sorprender por ese mundo distinto al que nos dirigimos.

Solemos estimar las cosas por el beneficio inmediato que nos procuran y ello porque hemos hipotecado nuestra capacidad de amar a cambio de nuestra propia satisfacción. Nos falta ese sentido de la aventura que lleva consigo el avanzar y progresar en el conocimiento y estima de las cosas. En términos religiosos diríamos que nos falta fe en la propuesta que Dios nos hace cuando nos invita a seguirle. Lo primero que nos requiere es dejarlo todo e ir en pos de Él. Y ahí es donde nosotros nos hacemos fuertes contra Él hasta el punto de reprocharle que nos exija renunciar a nuestro propio ser.

Jesús estaba convencido de la fuerza imparable y transformadora que tenía el mensaje que proclamaba, por eso, no se anduvo con rodeos y con la convicción y la simplicidad que solo tienen los profetas les decía: **«Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio»** (Mc 1,15). Estas palabras, si las escuchamos sin prisas, con calma, pueden resonar en nosotros con la misma fuerza que sonaron en el corazón de muchos de aquellos hombres y mujeres. La presencia amorosa de Dios sigue siendo la misma. Dios siempre está cerca. El Reino siempre es actual.

El profeta de Nazaret veía lo que los demás no eran capaces de percibir: la cercanía del Reino. La increíble cercanía amorosa de Dios. Presencia escondida y callada en lo más profundo de la vida, de la historia, de los corazones. Presencia de la que mana, como de una fuente, la vida que corre sin fin. Claridad que todo lo ilumina y lo llena de belleza y de sentido. Amor infinito que cada mañana, como si de la primera mañana se tratara, hace posible el milagro de que todas las cosas sean y tengan vida.

El verdadero profeta es aquel que no alardea de su título, sino que se centra en la misión que el Señor le ha confiado y no se apoya en argumentos distintos de los que se desprenden de la palabra divina garantizada por la moción del Espíritu. Ahí es donde radica la mayor dificultad y el mayor riesgo de confundir la moción del Espíritu por la que promueven nuestros propios recursos. Estos serían el equipaje del que tenemos que prescindir si queremos de verdad participar en ese viaje para el que no se requieren otras alforjas que la confianza plena en la ayuda del cielo.

Llevad únicamente un bastón, unas sandalias y una túnica. Solo una. Y no llevéis nada más. Ni pan, ni alforja, ni dinero. Es el estilo de Jesús y el estilo que quiere para sus discípulos, a los que envía en misión. Sencillez, pobreza, abandono de seguridades humanas, confianza en la voluntad del Padre. Estas maneras rompen nuestros esquemas mentales y estilos de vida. Hijos de esta cultura de la eficacia, nosotros deseamos tenerlo todo planificado, disponer de los mejores medios, tener a nuestro favor las mejores previsiones y la seguridad de que obtendremos buenos resultados.

En Jesús vemos el estilo que Dios quiere en sus discípulos para hacer posible una humanidad más humana. No será a través del poder, ni del dinero, ni del prestigio, ni de la confianza ciega en nuestras fuerzas como contribuiremos a que su Reino crezca en la historia. No. Será mediante la sencillez que no se impone; mediante la pobreza que comparte lo que se es y se tiene; mediante la huida de tantas falsas seguridades que, como espejismos, nos encierran en nosotros y nos alejan de los demás.

Hoy, el Evangelio nos vuelve a llamar: convertíos, cambiad la mente y el corazón. Creed esta buena noticia. Abrid los ojos. En algún momento del camino, al ver la reacción desigual de la gente a su llamada Jesús exclamó: **«Yo te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has dado a conocer a los sencillos»** (Mt 11,25). Ojalá esta exclamación de Jesús sea también por nosotros, porque nos hemos atrevido a elegir la senda de la sencillez, senda que capacita para acoger el Reino de Dios.

DOMINGO XVI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 23, 1-6): *El Señor es nuestra justicia.*

Salmo (22, 1b-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta».*

2ª lectura (Efesios 2, 13-18): *Él es nuestra paz.*

Evangelio (Marcos 6, 30-34): *Venid vosotros a descansar.*

El descanso como medio de recuperación y recreo del alma es algo que olvidamos con frecuencia siguiendo los impulsos de una tarea sin acabar que estimamos urgente e ineludible. A lo más el cansancio físico nos obliga a una pausa que apuramos con una premura que nada tiene que ver con el verdadero descanso y recuperación. No hablamos del tiempo que dedicamos al descanso físico, ni tampoco estimamos más trabajador al que más se mueve y más tareas lleva adelante.

Apreciamos el trabajo como el desarrollo energético de nuestras posibilidades y nos interesa sobre todo aquello que verdaderamente cumple nuestras más dignas aspiraciones. Rehuimos el trabajar sin sentido y a veces nos cansamos porque nuestro trabajo no es capaz de incentivarnos a abordarlo con ganas. Carecemos de la sabiduría que nos permite asomarnos a la profundidad de las cosas y descubrir la verdadera razón de lo que hacemos, pensamos y decimos. Demasiado a menudo hacemos las cosas porque hay que hacerlas, pero en realidad no saboreamos nuestro trabajo y estamos esperando el momento de abandonarlo.

Este no es el verdadero descanso; en todo caso podríamos hablar de la holganza o cese de actividad, pero sin sentir el recreo y el bienestar que procura la recuperación de las energías gastadas. En cambio, cuando el trabajo es verdadera colaboración y disponibilidad al servicio de lo que da sentido a nuestra vida, el descanso es la mejor paga a nuestro esfuerzo. Es la recuperación de nuestras posibilidades para continuar colaborando en aquello que hemos aceptado como tarea o forma concreta de realizar nuestra existencia. ¡Qué lejos estamos a veces de entender el descanso como un auténtico refrigerio espiritual que nos permita recrear nuestro interior! Afortunadamente va creciendo el interés por programas de descanso que no sean masivos y que ofrezcan auténtico solaz.

El Evangelio nos muestra la relación y cercanía de Jesús con sus discípulos. Cuando comentan todo lo que estos han hecho y enseñado, les dice que vengán a un sitio tranquilo para descansar (claro, se descansa después del trabajo, no antes). Vivir como seguidor de este Maestro y Pastor es hacerlo en obediencia a un Dios Padre en el servicio desinteresado a los hermanos. Necesitamos cuidar lo importante: la confianza en este Dios, el amor entregado a los demás, el gozo de vivir, el trabajo bien hecho, la paz interior.

La imagen del pastor que cuida de sus ovejas, se repite en la Escritura. Tanto que Jesús se nos presenta como el Buen Pastor. Es esta una imagen que en nuestra realidad más urbana vamos perdiendo. Aun así, siempre nos evoca cuidado, atención, cercanía, trabajo esforzado. Aunque pensamos que “pastores” son los demás: religiosos, sacerdotes..., y en otro orden los políticos o responsables de distintas realidades. Pero no es así. En la Iglesia, desde nuestro Bautismo, todos somos pastores, es decir, todos hemos de cuidar unos de otros. Nuestra tarea es pastorear como nos enseña Jesús: dedicados, entregados, serviciales, compartiendo la vida normal de cada uno.

El descanso, la recuperación o recreo la entiende el Salmista como acercamiento a las fuentes tranquilas y verdes praderas en las que uno repara sus fuerzas invitado por el mismo Señor que dirige nuestros trabajos. La tranquilidad y serenidad de las fuentes a las que invita el Buen Pastor a sus ovejas no depende de nuestros medios para llegar a ellas, sino más bien del reconocimiento de nuestras carencias y de la apreciación y estima de la oferta divina.

Sentir hambre y sed de otros valores que no tenemos fácilmente accesibles durante el curso normal de nuestra vida es una forma de descubrir una alternativa seria y garante para ese tiempo de vacaciones que no deberíamos consumir a un ritmo frenético sino con la frescura, serenidad y bienestar que ofrece el salmista junto a las fuentes tranquilas de agua viva.

Gratis lo hemos recibido, y hay que darlo gratis. Sin dejar que se disperse ningún hermano. La queja de Jeremías «*¡Ay de los pastores que dejan que se vayan sus ovejas!*» no es tan lejana, y nos la podemos aplicar y que sirva para nuestra entrega como cristianos hacia lo que sí ha de ser: reunir, traer a las dehesas, crecer, que nadie se pierda. La promesa del Padre Dios de darnos un Buen Pastor se cumple en Jesús, que con justicia y derecho nos trae la Salvación. Cuántas veces lo rezamos en el salmo: «*el Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es nuestra justicia*». Y es que Jesús además de decirlo lo hace: conduce a fuentes tranquilas, repara las fuerzas, acompaña con misericordia.

Gracias a Jesús, Buen Pastor, recibimos todo bien, la Buena Compañía. Pablo nos lo dice: en Cristo Jesús estamos en paz, en unidad, en relación, en vida plena. Porque Él ha venido a reconciliar y a superar todo lo que nos divide: pueblos, bloques, razas, países. Jesús es el Hombre Nuevo, modelo de entrega e impulso para nuestro pastoreo. Jesús se compadeció de las gentes, porque andaban como ovejas sin pastor. Jesús se deja afectar. Jesús es el Buen Pastor. Es reposo y descanso. Si buscamos Buenas Compañías esta es la mejor. Acojámosla.

DOMINGO XVII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 4, 42-44): *Comerán y sobraré.*

Salmo (144, 10-11.15-16.17-18): *«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias».*

2ª lectura (Efesios 4, 1-6): *Mantener la unidad del Espíritu.*

Evangelio (Juan 6, 1-15): *Decid a la gente que se sienten.*

Ya en el Antiguo Testamento en tiempos de los profetas se habla del hambre de muchos y de las escasas reservas en manos de otros. Se tiene cierta preocupación, traducida en resistencia, a entregar estas reservas en favor de los hambrientos y se arguye que no basta para todos.

El profeta Eliseo no admite para sí lo que necesitan los hambrientos y ordena a su criado que lo reparta a la gente para que coman. El profeta sabe que este pan es del Señor, y que es Él el que da de comer a aquellos que le están aguardando puestos sus ojos en Él.

El Señor sabe que comerán todos y sobraré, pues Él, el Señor abre sus graneros y sacia de favores a todos los vivientes. Pero siendo importante el comer no es la razón del vivir, sino al contrario; *“comemos para vivir, no vivimos para comer”*. Esto hace que la comida, la ingestión y digestión, del pan del cielo ha de convertirse en mejor calidad de vida de todos aquellos que lo reciben.

Siendo el pan el alimento fundamental del cuerpo, al comer todos del mismo pan vamos de alguna manera identificando nuestro cuerpo con el pan que nos alimenta. La idea de compartir el pan lleva consigo una compenetración entre todos de algo común y que es causa de la vida que nutre dicho pan.

Desde el comienzo de nuestra historia religiosa, allá por los tiempos de nuestros antepasados en Egipto, una preocupación importante de nuestra comunidad ha sido la de entender bien cómo podemos expresar, vivir nuestra fe en Dios y relacionarnos con Él. No ha sido fácil.

De hecho, todavía hay mucha gente confusa con esta cuestión, porque en las religiones, esto de la relación con Dios, se llama culto y se realiza en algún lugar designado para eso que se llama templo. Pero en la Biblia, el culto se realiza en la historia, es decir, en la vida social.

Así nos lo enseñó Dios cuando comenzó a relacionarse con nosotros en las cosas que nos ocurren y conforma nuestra vida, sobre todo en la relación que tenemos con los más necesitados. Esto chocaba mucho con la mentalidad religiosa común, por eso los profetas tuvieron que dedicar mucho tiempo a decirlo y explicarlo. Aun así, de cuando en cuando, lo olvidamos y alguien nos lo tiene que recordar.

Cuando nos dirigimos a Dios en la persona de los necesitados y descubrimos sus necesidades tan graves, hay quienes se vuelcan de tal manera que ponen todo su empeño, y su cabeza, en buscar soluciones contando con muy pocos medios. Y sin tener una explicación clara, a veces, ocurren cosas, *“casualmente”*, que desconciertan incluso a quien está al frente de esa acción, pero cuyo resultado desborda lo esperado.

La escena que nos presenta el evangelio de Juan nos recuerda el lenguaje de la institución de la Eucaristía: **«Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias, y lo repartió...»**. Estamos en un contexto de celebración eucarística, donde el relato pone de relieve la razón de signo de lo ocurrido en la montaña a la orilla del lago. No se trata pura y exclusivamente de solucionar un problema mediante un *“milagro”*; Jesús no ha solicitado el aplauso de la muchedumbre hambrienta y saciada extraordinariamente, antes bien rechaza esta lectura triunfalista del milagro.

El relato resalta la implicación personal de aquel muchacho que con toda ingenuidad brinda todo lo que tiene para ayudar a solucionar el problema vital y concreto del hambre de la muchedumbre; es poco para tanta gente, pero suficiente para Jesús que convertirá este poco de pan en comida suficiente para todos los asistentes.

Demos un paseo por el Tercer Mundo y veamos las obras que, en los lugares más alejados y en el interior de selvas americanas o de zonas rurales de África, llevan a cabo algunas monjas frágiles y hasta ancianas. Veamos, también, lo que un anciano misionero está haciendo desde hace varias décadas. Cientos de niños y jóvenes que reciben educación, comida, asistencia médica, acogida en su orfandad...

Son auténticas multiplicaciones de panes y peces al estilo de Eliseo y de Jesús. No son obras mágicas ni palabras abracadabrantes. Son la expresión de un empeño en atender las necesidades de los *“pobres”* como forma de oración y de evangelización, es decir, de culto, que Dios bendice y acompaña con signos que reflejan su presencia y acompañamiento.

Hay quien queda deslumbrado por el signo externo que denota poder. Hay quien, en cambio, consigue penetrar en el significado profundo de ese acontecimiento y descubrir que allí, cuando la gente come, se está mostrando otro alimento que tiene que ver con el hambre de Dios que llevamos dentro y que solo sacia el Dios de la vida. El Dios Padre de Jesús.

El pan bajado del cielo nutre y acrecienta la solidaridad entre los que lo reciben dignamente; no cabe escatimar frente a los demás la experiencia viva de un Dios generoso que nos ha saciado con sus dones.

DOMINGO XVIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 16, 2-4.12-15): *Haré llover pan del cielo.*

Salmo (77, 3.4bc.23-25.54): *«El Señor les dio pan del cielo».*

2ª lectura (Efesios 4, 17.20-24): *Despojaos del hombre viejo.*

Evangelio (Juan 6, 24-35): *Yo soy el pan de vida.*

El domingo pasado escuchamos el evangelio de la multiplicación de los panes y los peces, ese signo que realizó Jesús a partir de cinco panes de cebada y dos peces. La multitud asombrada por lo que habían visto quería proclamar a Jesús rey, pues creían que era el definitivo profeta que Dios les había enviado. Jesús huyó de la multitud y nuestro evangelio de hoy empieza a partir de ahí. La gente sigue buscando a Jesús y para ello se disponen a cruzar el lago, rumbo a Cafarnaúm, a la otra orilla, para encontrar a Jesús.

El hecho de la multiplicación de los panes provocó un deseo mayor de escuchar y seguir a Jesús. Pero Él mismo denuncia que el motivo de seguirle es búsqueda de ese pan fácil que satisface su hambre y al mismo tiempo, les invita a buscar el alimento que perdura para la vida eterna. No tendrán que ir a otros sitios, pero sí tendrán que cambiar sus motivaciones.

Podemos apreciar, en primer lugar, que aquellos hombres estaban verdaderamente interesados en encontrar a Jesús. Otra cosa serán las motivaciones. Es sorprendente que Jesús no responde a la pregunta que la multitud le dirige al encontrarlo, que parece, ciertamente, poco relevante. Quizás por eso mismo Jesús les dirige unas severas palabras que pretenden desvelar las auténticas motivaciones de toda aquella gente.

Siguiendo a Jesús se puede comer y satisfacer el hambre, pero no debe ser esa la razón de seguirle; o al menos esa no es razón suficiente. En todo caso eso puede servir de aliciente para descubrir en Jesús otro alimento más nutritivo en orden a la vida que verdaderamente interesa a quien ama de verdad la vida. No se trata de consumir vida hasta que ésta se acabe, sino consumir, llevar a plenitud el regalo inmenso que el Creador nos hizo por puro amor. Nada ni nadie impuso a Dios ese acto libérrimo de la creación, de la cual participamos con nuestra vida diseñada por Él, desde antes que comenzaran los siglos.

Jesús propone a la multitud el alimento duradero, el alimento que perdura hasta la vida eterna. Ese alimento solo es el mismo hijo de Dios el que nos lo puede proporcionar. Enseguida va a desvelar Jesús a la multitud cuál es ese alimento. Pero parece que la multitud no acaba de entender bien a Jesús porque le formulan una pregunta en otra dirección. La cuestión que plantean ahora tiene que ver con qué obras de Dios tienen que realizar. Jesús, como buen maestro, aprovecha su respuesta para seguir centrando la cuestión. Se trata antes que de hacer nada, de creer.

Es una cuestión de fe, les va a decir Jesús: tenéis que creer en aquel que Dios ha enviado. Sí, Jesús está hablando de sí mismo pero la multitud no acaba de entender. Y por eso le piden un signo y para ello evocan el maná que Dios les dio en el desierto a sus padres. Es chocante. Acaban de participar en el signo que Jesús acaba de realizar de la multiplicación de los panes y los peces y ahora piden otro signo. ¿No ha sido suficiente signo? De nuevo, Jesús en su respuesta se está auto revelando como el único pan de Dios que puede dar la vida al mundo.

Algo debieron entender los discípulos del Señor cuando, ante la invitación de Jesús de trabajar para la vida eterna, le preguntaron: “Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?”. Notamos cierta resistencia a aceptar sin reservas el mensaje de Jesús y por ello no acabamos de renunciar a nuestros argumentos y pedimos señales y signos a Dios para que nos resulte evidente su voluntad. La respuesta sigue siendo siempre la misma: “sin fe volveremos siempre a ser nosotros los que pensamos llevar las riendas de nuestra vida”.

Jesús nos invita de nuevo a creer en Él. Nosotros, como en otro tiempo sus discípulos, buscamos argumentos para no tener que aceptar el seguimiento incondicional detrás de Jesús. Ponemos trabas diciendo que nos faltan argumentos; ojalá no interrumpiésemos nunca el diálogo con el Señor, aunque esté plagado de incoherencias por nuestra parte. El Señor es paciente y comprensivo y su voluntad es siempre bondad para con nosotros.

Ahí es donde radica la fuerza del Espíritu que transforma nuestra voluntad: percibir que el querer de Dios es poderoso y eficaz para que nuestras acciones realizadas según su designio constituyan nuestra principal comida y que sea su voluntad la que nutra nuestras decisiones dignificando nuestra libre responsabilidad. El modelo de esta acción humana íntimamente vinculada con la voluntad divina ha sido realizado en Cristo, su Hijo encarnado. De ahí que la fe en Jesús, el seguimiento incondicional de sus enseñanzas, el nutrirnos de su vida, verdadero pan bajado del cielo, es lo que puede garantizarnos la mejor de las vidas.

Al final del evangelio la multitud le pide a Jesús que les de ese pan que les está anunciando, ese pan que da la vida. No sabemos si al final la multitud comprendió bien de qué estaba hablando Jesús. Sin embargo, nosotros sí lo sabemos. Nosotros sabemos que Jesús es el pan que sacia todas nuestras necesidades, es el pan que alimenta nuestra vida. En cada Eucaristía nos alimentamos de este pan de vida que es Jesús. No desaprovechemos esta oportunidad. No olvidemos que ese es el pan de cada día, del que tenemos que abastecernos y comer siempre de él.

DOMINGO XIX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 4-8): *Levántate y come.*

Salmo (33, 2-9): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor».*

2ª lectura (Efesios 4, 30 – 5, 2): *Sed buenos y comprensivos.*

Evangelio (Juan 6, 41-51): *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

Nada más sencillo ni más sólido que este consejo que Pablo daba a los habitantes de Éfeso. A ellos ya les había aclarado las dificultades que entrañaba una lectura pagana de la divinidad y ahora se atreve a darles la norma suprema de vida. Sed imitadores de Dios, comportaos como hijos queridos del Padre celestial y vivid en el amor tal como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor.

Nada de egoísmos que no hacen sino generar ira, enfados, insultos y toda maldad. El amor cuando es la búsqueda y goce del verdadero bien nunca produce amargura, la dificultad radica en nuestra ignorancia que acaba seduciéndonos con la necesidad. Acabamos queriendo ignorar para no tener que afrontar la verdadera sabiduría que entiende y experimenta el amor como algo sagrado y que convierte nuestra vida en un auténtico derroche de generosidad. Vivir en el amor es comunicarse vida, esforzarse por alcanzar los medios necesarios y no descuidar la tentación de caer víctimas ante los bienes caducos.

Sí, la vida es dura. Incluso para tipos duros como Elías. El hombre que había combatido la infidelidad religiosa de su pueblo porque se contagiaba de religiosidades cómodas y protectoras que ofrecían seguridades falsas y protecciones imposibles para las personas, las cosechas y la ganadería. Creían conseguirlo con ofrendas naturalistas y rituales mágicos como si Dios fuera Alguien a quien pudiera comprarse. Elías había querido advertirles: sí, la vida es dura.

También para los creyentes. Dios no nos exime de las dificultades, penalidades y esfuerzos que exige la vida para llevarla adelante. Nos toca hacer los recorridos de cualquier persona y nos ocurre de todo, como a cualquier hijo de vecino, como les ocurrió a nuestros antepasados creyentes antiguos y modernos. No les llevamos ventaja a nuestros mayores o padres en la fe. Sus historias personales están plagadas de sinsabores, de contiendas, frustraciones y fracasos. Su periplo de X años tuvo de todo lo que tiene la vida. Como la nuestra. Con muchos momentos de hastío, cansancio y agotamiento.

¿Cómo hicieron ellos frente a su transitar por el desierto por el que todos pasamos? ¿Cómo se llenaron de energía para buscar el pan que todos necesitamos comer y llenar nuestro interior de donde ha de salir la fuerza necesaria que nos haga superar el desaliento? ¿Qué tipo de pan es el más adecuado para el tipo de fatiga que tenemos?

El evangelio de Juan nos advierte que el maná no fue suficiente para asegurar la vida a los que lo comieron y añade que sólo el pan caído del cielo es capaz de generar la vida eterna. Ese pan es el mismo Hijo de Dios llegado del cielo para indicarnos el gran secreto del Padre, que nos ha llamado a participar plenamente de su vida. Este Hijo, el propio Jesús de Nazaret, es el amor del Padre, el verdadero alimento de nuestra vida. No lo pudo decir más claro: **«Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre».**

Jesús es el modelo del querer de Dios, su vida entera fue el desarrollo de ese querer. A nosotros sus discípulos, nos ha concedido aprender de Él a vivir en el amor del Padre. No nos está negando el amor humano sino devolviéndole el verdadero sabor que el amor tiene como el propio querer de Dios. Amar es imitar a Dios, lo demás es un sucedáneo, que acaba imponiéndose en el mercado como si de un producto genuino se tratara.

Recordemos que sólo el sacrificio, aquella actitud que respeta y rinde culto al área de lo sagrado, puede garantizar la legitimidad del verdadero amor; ese imperativo vital sin el cual difícilmente podemos afirmar que estamos vivos. ¡Que amargura la de aquellas personas que se han quedado sin amor! Agradecemos a Pablo, el discípulo de última hora, que escribiese a los ciudadanos de Éfeso invitándoles a recobrar la alegría de la vida viviendo en el amor.

Escuchar la Palabra es la receta que la Biblia nos da desde sus inicios. Escuchar la Palabra que la naturaleza lleva inscrita en lo más profundo de ella misma. Escuchar la Palabra que, en un momento determinado de la Historia, nos hace ser humano y toma no solo el sonido de nuestra laringe, sino toda la expresión corporal que los seres humanos utilizamos para decir lo que nos resulta imposible expresar con la voz y con la escritura.

Jesús es la personificación de esa Palabra de arriba que nos levanta y eleva por encima de nuestros cansancios y pesadeces. Nos lo insiste en el evangelio de Juan al que corresponde la lectura evangélica de hoy: **«Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo».** Con su hablar, su hacer, su forma de relacionarse, su estar cercano, su ánimo y su Palabra de Esperanza. Nos toca levantarnos. El camino no ha terminado. Ante nosotros está, majestuoso, el monte de la vida, la subida calurosa y escarpada que exige mucho convencimiento, mucha determinación, mucho entusiasmo para seguir. Dios, con su Palabra y su Pan, nos acompaña.

La mesa está servida sólo hace falta levantarse y acceder con dignidad a comer y a beber de ella. Comiendo y bebiendo de ese manjar celestial gozaremos del amor.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Un gran signo apareció.*

Salmo (44, 10-12.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir».*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27): *Cristo reina con todo sus enemigos bajo sus pies.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

El sol que irradia María elimina toda mancha en su ser creado. Esa es la tradición de la Iglesia que ha formulado los dogmas marianos. María Inmaculada es la forma de ser una criatura la Madre de Dios. La plenitud del favor de Dios, la ternura divina en grado máximo se ha encarnado en María y la ha hecho su Madre.

María se convierte en el símbolo real de la gracia de Dios. En ella la criatura humana desborda su condición de favorecida de Dios; se establece un diálogo amoroso y fecundo entre el Creador y su criatura. La respuesta a la gracia divina no es una obligación humillante, que nos priva de libertad, sino una realidad que enaltece al grado máximo a quien descubre que todo su ser es favor de Dios, regalo gratuito que se nos ha concedido para participar de la propia vida de Dios.

En María esta respuesta es tan plena que no solo participa de la vida de Dios, sino que misteriosamente da vida al cuerpo del propio Hijo del Altísimo. María es una mujer vestida de sol. No hay sombra alguna que empañe esa dignidad de la criatura humana que Dios ha reservado al ser humano en su designio creador. En María, confesamos los creyentes al aceptar la tradición de la Iglesia, que el príncipe de las tinieblas no consiguió nunca tener dominio.

En la tradición oriental se afirma la *Dormición de María*, como una forma más explícita de indicar el Transito de María, de este mundo al reino definitivo de la vida. La muerte podría entenderse como una consecuencia del pecado original, que ni en Jesús ni en María cobró su peaje. La tradición católica nos muestra que tanto Jesús como María asumen la naturaleza humana en todas sus consecuencias menos en el pecado, de ahí que asuma también su condición mortal. Pero en ambos casos no dejará de cumplirse el designio creador de llevar ambas naturalezas humanas a integrarse definitivamente en su condición gloriosa.

La bendición de Dios se vio correspondida, en María, por una respuesta valiente y arriesgada. Ella fue una “*madre coraje*” que tuvo la determinación necesaria para acoger en su seno al Hijo de Dios y, al mismo tiempo, seguirle con docilidad. Una y otra vez María responderá “*aquí estoy*”, y lo hace como quien renueva y actualiza su respuesta a Dios. Su primer “**SÍ**” se ve multiplicado por una vida entregada y dispuesta que tendrá, a los pies de la cruz, la máxima expresión de aceptación, en el silencio de Dios, ante la cruel muerte de su hijo. En la soledad de la cruz también volverá a decir: **«Hágase en mí según tu Palabra»**.

Los creyentes contemplamos a María como la mujer que supo fiarse absolutamente de Dios. Ella fue capaz de reconocer su voluntad y de acogerla con total libertad y sin reservas. No debió ser fácil. Sin embargo, su disponibilidad al plan de Dios, la hizo bienaventurada, dichosa y bendita entre todas las mujeres. Acoger la Palabra de Dios es causa de alegría y felicidad en medio de todas las situaciones de la vida. Así la recordamos, miramos su ejemplo y también pedimos su intercesión. Ella es, para nosotros, signo de la acogida de la voluntad de Dios: escucha, disponibilidad, aceptación y respuesta generosa... son las claves de la vida del creyente.

La comunidad cristiana escucha la Palabra de Dios, la acoge en su interior y muestra, con sus obras y palabras, la Buena Nueva de Jesús, como María. Es nuestro ser, la razón de la existencia de la Iglesia y lo más importante que podemos regalar a nuestro mundo. Queremos contagiar a los demás la experiencia de la fe, como lo hizo María, como lo han hecho tantos enamorados de Dios que se han dejado bendecir por él y que, en medio de las dificultades de la vida, han triunfado porque Dios ha estado con ellos. De nosotros depende edificar una Iglesia creyente, comunitaria y servicial, que su centro sea Jesús, y viva la misericordia y el amor con todos.

Así pues, festejar a María es afirmar que todo en ella es bueno, que su vida es íntegra y su amor es absoluto, una vida asumida, al completo, por Dios. Dios asume su vida, sus obras y sus sentimientos. Todo en ella es acogido por Dios, para siempre. María vivió en perfecta unidad de vida, de fe y de amor. Y es, al mismo tiempo, una invitación y ejemplo para que nosotros vivamos así.

Jesús como Hijo de Dios, brilla con luz propia. El mismo es el sol que envuelve e irradia a esa mujer que le dio a luz. María participa de esa prerrogativa de la incorruptibilidad que introdujo su propio Hijo al vencer definitivamente a la Muerte. María es frente a la Muerte la mujer fuerte vestida de sol; ella no pare sombras de muerte, sino que da a luz a la propia Vida. En ese duelo que el Apocalipsis nos describe entre el dragón, la serpiente del relato creacional, y la mujer vestida de sol, María huye al desierto, ese lugar que Dios le tiene reservado “*quizás para hablarle al corazón*”.

En ese reservado lugar íntimo de Dios, brilla la excelsa figura de una mujer coronada con doce estrellas. Ese es el lugar que Dios había reservado para María. Y apenas cumplió su tarea en este mundo vino a llevársela al cielo para que aquel cuerpo del que María había nacido el propio Hijo de Dios, no conociera de ninguna manera la corrupción.

DOMINGO XX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 9, 1-6): *Venid a comer mi pan.*

Salmo (33, 2-3.10-15): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor».*

2ª lectura (Efesios 5, 15-20): *Dad siempre gracias a Dios Padre.*

Evangelio (Juan 6, 51-58): *El que come este pan vivirá para siempre.*

El libro de los Proverbios en su capítulo IX nos ofrece un díptico en el que se enfrentan dos damas: Doña Cordura y Doña Locura. Mientras que la Locura es bullanguera, apenas entiende de nada y está sentada a la puerta de la casa gritando a los transeúntes que el agua robada es más dulce y que el pan a escondidas es más sabroso, Doña Sabiduría, más rica en experiencia, predica la corrección como camino seguro de sensatez. Ante este díptico contemplamos la doble oferta que la Sabiduría y la Necedad brindan a los que pasan ante ellas. Es una escena similar a la que nos ofrece el libro del Deuteronomio cuando Moisés habla al pueblo y les dice: **«Delante de ti tienes el bien y el mal, la vida y la muerte»**. Es una invitación libre que cada uno tiene que elegir. El riesgo está en no saber, en desconocer cuál es el mejor camino para gozar de la vida.

Doña Sabiduría habla al corazón, al interior del hombre que suspira por ella. Está por doquier pues ella misma acompaña al Creador cuando fueron formadas todas las creaturas. Pero ella no es bullanguera ni alardea de sus encantos para atraer a los que la desean. Solo permite acceder a su intimidad y participar de su fecundidad a los que queden prendados de ella. No ofrece pan y agua que satisfaga momentáneamente la sed y el hambre de los transeúntes, sino que brinda entrar en su casa y sentarse en su mesa, donde tiene preparado un exquisito banquete en el que sirve un vino exquisito preparado para los que quieren embriagarse con ella.

La Palabra de Dios es la Sabiduría profunda de quien conoce en su origen todas las cosas y no necesita de los regalos de nadie para aumentar su belleza. Ella es rica y generosa, solo quiere que la amen pues no conoce la seducción y su fuerza solo se goza en la intimidad que nunca es furtiva. Vida o muerte, esa es la doble oferta que ofrece la rica enseñanza de Doña Sabiduría-Vida o la tentación seductora de la Locura. La Necedad se aprovecha de la inexperiencia para sugestionar con el engaño y conducir al fracaso final: la Cordura llama a los inexpertos para enseñarles el camino de la sensatez.

Cordura y Necedad son las dos damas con las que frecuentemente se encuentra el peregrino que camina hacia su destino. La primera ofrece manjares y vino y nos sienta a su mesa para que nos recuperemos y sigamos el camino; la segunda distrae al caminante de su camino y sus clientes se han de apartar del camino derecho para esconderse en complicadas veredas que no conducen sino al abismo.

Con el paso de los días los discípulos fueron descubriendo que Jesús sembraba de bienaventuranza la vida de la gente. Más aún, descubrieron que Él mismo era la bienaventuranza. Vieron cómo se sembraba así mismo en cada palabra y en cada gesto. Lo vieron compartir la vida y el pan con toda clase de gente, sin exclusión de nadie; se sorprendieron al verlo comer, muy a menudo, con pecadores y marginados, a los que parecía haber hecho sus preferidos; y, una noche, tras tomar el pan y partirlo, lo habían escuchado decir: **«tomad y comed, esto es mi cuerpo»**. No preguntaron qué quería decir. Sabían bien que sus palabras no exageraban. Así había sido su vida, como el trigo que se siembra en la tierra y como el pan que se reparte entre la gente, en la mesa de la vida.

Pasado el tiempo, y al recordar, los discípulos contemplaron con claridad que Jesús había sido como el pan, el pan que da la vida. Había pasado haciendo el bien, entregando su vida. Y así lo escribió el autor del evangelio de Juan, poniendo en labios de Jesús estas palabras: **«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre»**. Jesús es el pan, la vida que Dios nos regala para que, comiéndolo, tengamos vida.

Para vivir la vida cristiana hemos de comer a Jesús. ¿Qué significa “comer a Jesús”? Significa acoger y hacer nuestra su vida y su estilo de vivir; significa escuchar y saborear sus palabras en nuestra mente, en nuestro corazón; significa gustar de su presencia en nuestras vidas, significa vivir alegres y confiados sabiendo de quién nos hemos fiado. Hemos recitado en el salmo estas palabras: **«gustad y ved qué bueno es el Señor»**. Quienes ya han gustado de Él nos animan a gustar la dulzura y la bondad de Jesús.

Nuestra vida cristiana pierde sabor cuando el nombre de Jesús apenas nos dice nada, cuando nos suena lejano, casi desconocido. Nuestra vida cristiana languidece cuando Jesús apenas cuenta en nuestra vida real y cotidiana, cuando no lo tenemos como referencia, cuando no tenemos relación personal con Él, cuando no luchamos por lo que el luchó: **“el Reino de Dios”**.

Hoy, de nuevo, Jesús nos invita a alimentarnos de su vida. ¿Qué podemos hacer para comer el pan que es Jesús y, así, tener vida eterna? Despertemos en nosotros el deseo de conocerle, el deseo de estar cerca de Él; aprendamos a escuchar y a valorar su palabra, guardándola en nuestro corazón, como su madre, María, que **«guardaba todas estas cosas en el corazón»** (Lc 2,51). Hablémosle con confianza cuando rezamos y, con la misma confianza, escuchémosle a Él. Comámosle sacramentalmente en el pan de la Eucaristía; trabajemos junto a Él por el Reino, por todo lo que es humano, justo y bueno.

DOMINGO XXI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Josué 24, 1-2a.15-17.18b): *Serviremos al Señor, él es nuestro Dios.*

Salmo (33, 2-3.16-23): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor».*

2ª lectura (Efesios 5, 21-32): *Sed sumisos en el temor de Cristo.*

Evangelio (Juan 6, 60-69): *El Espíritu es quien da vida.*

La libertad de elegir al Dios que queremos servir forma parte de nuestra dignidad radical, aquella que procede de nuestra condición creacional. No sólo somos naturaleza bruta, sino creaturas privilegiadas por ese don divino, que nos regaló esa característica de ser, a imagen y semejanza de Dios, señores del orden creado. Este dominio supone que nada ni nadie del orden creado, podrá anular nuestra libertad radical con la que Dios nos regaló.

Estas afirmaciones encuentran su dificultad en la experiencia cotidiana de la falta de dominio que nos domina. No olvidemos que eso brota de nuestra condición de hijos del viejo Adán, quien nos transmite por generación natural la herencia de su condición pecadora, es decir, de su rebeldía contra el Creador; es precisamente, esa oposición al designio de Dios lo que privó a Adán de ese regalo inmenso con que Dios lo había dotado: perdió su libertad y sucumbió ante el engaño de Satanás.

La astucia del enemigo intentó ganarse la voluntad de los amigos de Dios presentando al Altísimo como un obstáculo para alcanzar ellos mismos, Adán y Eva, la misma condición divina. La mentira deslumbró a nuestros primeros padres y acabaron rindiéndose como esclavos ante la propuesta falaz de Satanás, y así los que habían sido creados para dominar sobre todas las demás criaturas acabaron esclavos de las mismas. Rechazaron el designio de Dios y se sometieron al engaño del príncipe de la mentira.

Una situación paralela, es decir, un momento crítico en el que hay que tomar una decisión volvió a darse en el tiempo en el que Josué conducía a su pueblo en la conquista de la tierra prometida. Esta vez no es Satanás sino el enviado por Dios, quien interroga al pueblo sobre el uso de su libertad. No impone, ni esclaviza a su pueblo, sino que les recuerda su condición libre: **«Dios los liberó de la esclavitud de Egipto»** y ante la tentación de adherirse a la fe de los cananeos o incluso a la fe que precedió la gran decisión de Abraham, Josué propone al pueblo que elija libremente a que Dios van ellos a servir.

«¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros!». La experiencia del dominio que Dios ha ejercido sobre su pueblo les mueve a confesarle abiertamente como su Señor. Él es quien le concede todo el bien que ellos desean con entera libertad; no les pide sacrificios ni holocaustos, solo quiere para ellos lo mejor y les invita a que elijan sin presión ninguna. Eso sí, ellos hacen memoria, recuerdan, avivan los sentimientos libres de su corazón y reconocen que el Señor siempre ha estado a su favor y por eso no quieren abandonarle.

En esta asamblea convocada por Josué en Siquén, se da todo un acontecimiento singular en la historia de las religiones, ya revestido de progreso democrático: el pueblo elige a su dios a partir de las múltiples ofertas de religiosidad o sencillamente de corrientes *“espirituales”*. Con frecuencia los creyentes iniciamos la relación con Dios como las tribus de Israel en Siquén: a través de una iniciación en nuestro entorno tanto familiar como educativo y que suele tener por contenido lo que la Iglesia nos da en el catecismo adaptado a cada época. Este inicio de relación con Dios está determinado por la coherencia, entre lo que se enseña en la catequesis y en el hogar y lo que vamos realizando en nuestra vida.

Muchos bautizados en la fe católica, a quienes no se ha ayudado convenientemente a madurar en su fe, sino que permanecen, con suerte, en unos valores de corte cristiano, no terminan de integrar en su vida de fe la realidad de la Iglesia y dejan de participar en la vida de la Iglesia porque ese nivel institucional les dificulta acceder a una relación con Dios que integre la realidad más profunda de la Iglesia.

Pero si el bautizado, que ha iniciado su relación con Dios a través de lo que la Iglesia le ha ofrecido, continúa sintiéndose atraído por los valores que encarna Cristo Jesús, en algún momento el Espíritu Santo del Padre le concede acceder a la relación afectiva con Cristo Jesús por entero, para vivir de su amor, de su libertad, de su ser en Él.

Juan, nos lo aclara en la lectura de hoy: **«nadie puede venir a Mí, si el Padre no se lo concede»**. Vivir la relación con Jesús es don del Padre por medio del Espíritu Santo. Y entonces ya no somos nosotros quienes elegimos a Dios, sino que es el propio Dios y Padre quien nos elige para ser discípulos de su Hijo.

Él es el Señor que no esclaviza, sino que nos hace partícipes de su dominio cuando somos capaces de hacer *“libremente”* lo que Él quiere. El querer de Dios es libre y comunica libertad de una forma tan abundante que ni siquiera nuestra rebelión nos priva del regalo de Dios; somos nosotros y la esclavitud del pecado la que nos impide usar de esa libertad que en definitiva supone tener capacidad operativa de no dejarnos llevar por nada ni nadie que nos obligue a aceptar su propuesta. Dios nos deja libres y nos invita a permanecer siempre libres ante la bondad.

Ahora comprendemos la firmeza con la que Pedro declaró su adhesión a Jesús: **«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna»**.

DOMINGO XXII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 4, 1-2.6-8): *Observaréis los preceptos del Señor.*

Salmo (14, 2-4b.5): *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?».*

2ª lectura (Santiago 1, 17-18.21b-22.27): *Por propia iniciativa nos creó.*

Evangelio (Marcos 7, 1-8.14-15.21-23): *Todas las maldades salen de dentro.*

La Palabra de Dios es con frecuencia fuente de tensión entre los mismos creyentes. Parecería como si se contradijese (es solo una impresión) y por tanto parecería como si no supiéramos bien a qué atenernos. La primera lectura es una alabanza de la Ley de Dios. De forma retórica se pregunta el autor del libro del Deuteronomio: *«¿dónde hay una nación que tenga a un Dios tan cercano que le haya dado mandamientos tan justos?»*. La pregunta está formulada para contestar: *“ninguna. Solo el Señor, el Dios de Israel, es el que está cerca de su pueblo y sus mandamientos son justos y necesarios”*.

Parte de estos mandamientos, sobre todo en el libro del Levítico, se mueven en dirección de la *“pureza e impureza”* ritual, hasta el punto de que parece que la Ley tiene que ver con la pureza exterior del creyente. En la época de Jesús los fariseos eran los máximos exponentes de esta forma de entender la relación con Dios, y Jesús es muy duro con ellos. En muchas ocasiones los profetas hacen de *“contrapeso”* o *“contrapunto”* a una lectura demasiado leguleya de la Ley de Moisés. Los profetas son, como diríamos hoy, gente lista y libre. Ven la realidad, la analizan con agudeza, y dicen lo que piensan con valentía, sin medias tintas. Jesús, que se mueve en esta línea profética, pero que es mucho más que un profeta (¡es el Hijo de Dios!) cita en el evangelio las palabras de Isaías: *«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí»*.

Jesús plantea un tema que atraviesa los siglos y que cada uno, de forma personal, debe solucionar. Dios, el Dios de la Escritura, el Dios en quien creemos, nos ha dado un camino a seguir (los *«preceptos»* que son nuestra *“sabiduría y nuestra inteligencia”*, dice la 1ª lectura); pero ¿los pronunciamos solo con los labios o dejamos que conformen y configuren nuestro corazón? Dicho con palabras actuales: ¿fe y vida son inseparables o pertenecen a dos mundos inconexos y opacos? Santiago, a su manera, dice lo mismo: *«Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos»*. La Palabra de Dios es palabra que se practica.

Nos cuesta contentarnos con lo que tenemos y parece que si no añadimos alguna cosa suprimiendo otra no progresamos. Necesitamos efectuar algún cambio para amoldarlo a nuestras querencias. El cambio, para nosotros, se convirtió en sinónimo de bondad y de aproximación a la perfección. Eso que es verdad y que justifica también nuestra actitud permanente de penitentes, pidiendo perdón por las deficiencias y convirtiendo nuestro corazón a la verdad y bondad trascendente, no debe empañar nuestra decisión de permanecer fieles a la voluntad divina. Por tratarse de Dios, el único absoluto que no admite cambio alguno, debemos prestar la máxima atención a todo aquello que de Él proceda.

Moisés fue designado por Dios para dar a conocer a su pueblo el designio divino, sus deseos de comunión con su pueblo y por él con todos los pueblos y naciones, para hacerles partícipes de la propia vida de Dios. Esta voluntad divina trasciende a la propia Ley de Moisés tal como él mismo advierte a su pueblo: *«No añadáis nada a lo que os mando ni suprimáis nada; así cumpliréis los preceptos del Señor...»*.

Ellos, los preceptos divinos constituyen la verdadera sabiduría e inteligencia que permite penetrar el verdadero sentido de las decisiones humanas como beneficiarias de ese dinamismo creador que transmite la voluntad divina. Comprender que el cumplimiento del designio divino estamos llevando a plenitud lo mejor de nuestro corazón no es el resultado de un estudio o de una información abundante de las leyes divinas. Todo beneficio y todo don perfecto es un regalo de la Bondad de Dios que se hace viva en nuestro corazón; allí donde surge toda decisión humana.

La Palabra de Dios, la forma concreta como esa voluntad divina se nos comunica a nosotros, ha sido plantada en nuestro corazón, en lo más íntimo de nuestro ser. Corresponde a nosotros llevarla a la práctica, es decir, hacerla crecer a través de nuestras decisiones y acciones; con la conciencia clara de que no siempre estaremos a la altura de sus exigencias. Necesitamos purificar constantemente nuestro corazón expuesto a la contaminación de deseos y caprichos humanos contrarios al designio del Creador.

La Ley de Dios no puede confundirse con un código de leyes que los hombres vamos acomodando a nuestras exigencias; así lo entendieron los fariseos, fieles defensores de la ley de Moisés. No hay que añadir ni suprimir nada a la voluntad de Dios, que se hace viva en el corazón del hombre que se ha dejado llenar del Espíritu de Dios. Ese Espíritu facilita al ser humano todos los recursos para recuperar la plena responsabilidad y libertad frente a la voluntad divina.

No hay nada de fuera que condene a la impureza al corazón del hombre; es su propia decisión, la falta de sabiduría e inteligencia, la que añade o suprime algo que contamina la pureza de un corazón que Dios hizo para decidir con sabiduría y responsabilidad. Sólo un corazón puro es verdaderamente un corazón sabio y libre.

DOMINGO XXIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 35, 4-7a): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 6c-10): *«Alaba, alma mía, al Señor».*

2ª lectura (Santiago 2, 1-5): *No hagáis discriminación entre vosotros.*

Evangelio (Marcos 7, 31-37): *“Effetá” (esto es, “ábrete”).*

Con facilidad creemos y esperamos que nuestra fe nos debe traer el favor de Dios. Y con mucha frecuencia protestamos porque Dios no se porta bien con nosotros, ya que no nos concede los favores que le pedimos. Así resulta difícil creer en un Jesús que se llama el Salvador y que no nos ofrece la solución a nuestros problemas. Frente a estos pensamientos frecuentes y que llegan a ser más comunes de lo que parece, resuena la voz del evangelio que nos dice que Jesús ¡Todo lo ha hecho bien! Y esta era la voz de las gentes que escuchaban y veían a Jesús, ¿Acaso el asombro de los contemporáneos de Jesús, se apoyaban en los milagros que el Maestro hacía en medio de ellos? Cuando pensamos en la falta de milagros actuales lo que nos lleva a dudar de esa capacidad salvadora de Jesús estamos alejándonos de la actitud fundamental del creyente.

Nos fiamos más de nosotros mismos y de nuestro criterio que del pensamiento de Dios, de su palabra liberadora y de su eficacia salvífica. Diríamos que se nos ha encogido el corazón y estamos acobardados por las dificultades ante las que no interviene Dios para librarnos de ellas. Y lejos de confiar en la intervención asombrosa de Dios recurrimos a otros liberadores que consiguen colmar nuestras exigencias que se han limitado a pasarlo bien.

Por eso buscamos la compañía del poderoso que tiene influencia, del que tiene medios para cubrir nuestras necesidades o del que halaga nuestros oídos y aplaude nuestras opiniones; rehuimos en cambio toda compañía que nos suponga un problema o el estado permanente de una dificultad. En términos evangélicos: que nos va mejor el rico Epulón que el pobre Lázaro. El primer obispo de Jerusalén, Santiago, escribía a sus feligreses para que no se dejasen llevar de esa tentación y que no confundiesen la fe con el favoritismo.

Dios no rechaza al pobre ni al atribulado, sino que viene en persona para ofrecerles una salida honrosa y digna. Ese sí que es un gran milagro que sucede cada día. La Humanidad Encarnada de Cristo se hace presente en su dimensión salvadora en todas las deficiencias humanas transformando su condición ignominiosa en camino fácil para responder cristianamente y superar gloriosamente la mayor de las dificultades.

A lo largo de la vida vivimos situaciones duras y difíciles en las que nos da mucho miedo que se hagan duraderas. Mientras las vamos viviendo tenemos tendencia a marcharnos a situaciones anteriores en las que estábamos más tranquilos, aunque también corremos el riesgo de evadirnos hacia adelante y, así, nos parece que ya las hemos superado. Pero no, de lo que se trata es de plantearnos, de la manera más sincera posible, cómo las estamos viviendo con sus dificultades y sus descubrimientos, qué nos están aportando a nosotros y a otras personas que las viven a nuestro lado.

Para poder recordar bien cualquier acontecimiento hemos de vivirlo intensamente, sino fácilmente pasa al olvido; y cuando llega otro similar nos vuelve a suceder lo mismo o parecido. Cuantas veces nos ha sucedido que hemos vuelto a un lugar en el que ya habíamos estado y queriendo volver a vivirlo de la misma manera y eso es imposible. La vida siempre es nueva y nada vuelve a ser lo mismo; ni siquiera nosotros que, teniendo un punto de partida, siempre vamos caminando hacia el punto de llegada, aunque pasemos varias veces por situaciones parecidas. En el tiempo presente, la vida la tenemos ocupada con el trabajo, la familia, los amigos, las actividades varias, etc. Pero yo soy de los que piensan que hay que tener tiempo para, viviendo el presente, preparar la etapa siguiente de nuestra vida, aunque no lleguemos a ella nunca.

Hemos de seguir avanzando conscientes de que no podemos ni debemos echar la vista atrás, sino adelante, hacia los objetivos que nos hemos marcado en ese plan de vida que renovamos cada año. Eliminando de dicho plan lo que nos impide avanzar y alimentándolo, en el día a día, con la ayuda de las personas que nos acompañan y nos quitan las trabas que van apareciendo en ese caminar en comunidad. Las personas somos eso, y además también somos poseedores de la capacidad de sentir, de querer, de discernir y de optar por lo que consideramos mejor para el proyecto de persona que todas tenemos y procuramos llevar hacia adelante.

Por ello es importante saber esperar actuando, saber guardar para después lo que nos puede servir para la etapa siguiente, saber animar a las personas de alrededor que estén más pasivas, esperando que las cosas lleguen y saber desprendernos de las ataduras que tenemos a las cosas, a los lugares y a las personas que se empeñan en depender de nosotras.

La presencia de Cristo mediante la fe nos hace superar esas pruebas en las que nos parece, según nuestro criterio, que ya no hay otra solución posible que la huida del problema o la desesperación. Lo que no podemos de ninguna manera es confundir esta fe en Jesús con que los problemas se solucionen según nuestro criterio que busca más el favor que no la cruz, que también forma parte de la solución que Cristo da a los problemas humanos. Bastaría creer de verdad que Jesús todo lo hizo bien para no rechazar ese milagro asombroso de una salvación que opera eficazmente en la cruz y que adquiere su sentido último en la resurrección.

DOMINGO XXIV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 50, 5-9a): *El Señor Dios me ayuda.*

Salmo (114, 1-6.8-9): *«Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos».*

2ª lectura (Santiago 2, 14-18): *De qué sirve decir tengo fe, si no tengo obras.*

Evangelio (Marcos 8, 27-36): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Es saludable detenernos de vez en cuando, tomar distancia y preguntarnos por las cuestiones importantes de la propia vida. ¿Merece la pena lo que estoy haciendo? ¿Lo que estoy viviendo? ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Preguntarnos por las pequeñas o por las grandes decisiones que tomamos cada día y que terminan configurando y determinando nuestra vida; preguntarnos por el tipo de relaciones que establecemos con nosotros mismos y con los demás. Necesitamos detenernos, tomar distancia y valorar lo que hacemos y vivimos. Lo necesitamos para ser personas más conscientes, más libres y protagonistas de nuestra propia historia. Hacer un alto en el camino nos ayuda a ver con más claridad y no caminar a ciegas; nos ayuda a no perder el contacto con nosotros mismos y a no vivir como autómatas, tal vez desde lo que otros dictan. En algún momento hemos de preguntarnos por qué somos cristianos: ¿por qué yo soy cristiano? ¿Por qué razón sigo en este camino? ¿Qué me atrae del cristianismo? ¿Qué aporta a mi vida? ¿Qué he descubierto? ¿Quién es Jesucristo para mí?

«**Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?**». Nos lo pregunta Jesús como se lo preguntó a los primeros discípulos. ¿Quién es Jesucristo para nosotros? ¿Quién soy para vosotros? Jesús nos lo pregunta siempre, también hoy, en este nuevo tiempo de la historia, repleto de cambios, de crisis y de retos para el cristianismo y las Iglesias que lo sostienen. «**¿Quién decís que soy yo?**». Jesús desea que estemos con él consciente y libremente.

A los discípulos de la primera hora, que caminaban tras sus pasos, les preguntó «**¿Qué buscáis?**» (Jn 1,38) y a Pedro, mucho más tarde, le preguntará: «**¿Me amas?**» (Jn 21,15). Detengamos la marcha de nuestra vida, tantas veces inconsciente, hagamos un poco de silencio en nuestra mente y en nuestro corazón y atrevámonos a escuchar en el silencio la pregunta de Jesús: **Y tú, ¿quién dices tú que soy yo?** El cristianismo es el fruto de la respuesta a esta pregunta. «**Tú eres el Mesías**» (Mc 8,30). La respuesta de Pedro es la respuesta de las primeras comunidades y de las Iglesias a lo largo de la historia. Pero no hay respuestas eternas y, por eso, hemos de volver a responder. Escuchemos a Jesús y respondamos. «**Y tú, ¿quién soy yo para ti?**».

El apóstol Santiago afirma rotundamente que si la fe no viene acompañada de buenas obras está muerta. Diríamos que el dinamismo de la fe se hace real cuando el creyente actúa y obra, movido por la fuerza que dimana de la fe, que fundamentalmente es un don. Esto es lo que afirmamos al decir que la fe es una virtud teologal, que nos pone en relación directa con la acción divina a la que atendemos y correspondemos con nuestra inteligencia y nuestra voluntad (Catecismo: 1814-1816). Obrar con fe significa realizar nuestras actividades en consonancia con nuestra aceptación del criterio y decisión de Dios que se nos revela y manifiesta en la Palabra Viva de Dios.

El Hijo de Dios, vivo y encarnado en la naturaleza humana de Jesucristo, es la expresión culminante de esa revelación. Por eso decir creo en Jesús, significa aceptar su vida como orientación válida e indiscutible para responder vitalmente con nuestra inteligencia, memoria y voluntad ante las propuestas que Dios nos hace a través de todas las vicisitudes de nuestra existencia. Nada ni nadie podrá sustituir el criterio de Dios con garantía de pervivencias. Precisamente la fe nos orienta hacia esa pervivencia y garantía de nuestro obrar bien. No basta nuestro criterio para acertar con la bondad; frecuentemente solemos experimentar que nuestras decisiones no fueron buenas a pesar de nuestras buenas intenciones. Nos faltó criterio y sabiduría más elevada que nos orientara. Eso es precisamente lo que hace la Revelación al facilitarnos una visión superior de los acontecimientos y una capacidad de conocer mejor los motivos de nuestras decisiones.

Cuando no es el propio yo, falto con frecuencia de apoyos para subsistir dignamente frente a los demás, sino la propia generosidad de Dios que nos brinda todos los recursos para potenciar nuestras decisiones, nuestro obrar responde al designio divino que en último término es benevolencia hacia sus criaturas. Por supuesto no negamos la gloria de Dios ni que Él es el primero en todo; lo que ocurre es que por la fe conocemos que su Bondad es efusión generosa para nosotros.

Conocer pues que la fe no es impedimento para obrar con libertad, sino precisamente es la fe la que nos ilumina y advierte cuando una acción no se acomoda al ejercicio de nuestra libertad libre, sino que obramos dominados por fuerzas que no llegamos a controlar, ya que algunas veces ni siquiera percibimos el alcance de lo que nos esclaviza. El único poder y fuerza que se nos revela Señor nuestro sin esclavizarnos es el Dios que nos ama y que facilita nuestra victoria sobre el mal. La aceptación de este dominio de Dios sobre nosotros requiere un cambio de visión de las cosas. Algo parecido a lo que Jesús recordó a Pedro cuando pretendía ponerse a favor de Jesús para impedir que el Maestro realizase el designio del Padre: «**¡Quítate de mí vista Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!**». La negación de sí mismo por afirmarse con Jesús y su Evangelio supone la verdadera salvación. Esa operación es la que garantiza que nuestra fe es verdadera si va acompañada de las buenas obras.

DOMINGO XXV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 2, 12.17-20): *Lo librará de las manos de sus enemigos.*

Salmo (53, 3-6.8): *«El Señor sostiene mi vida».*

2ª lectura (Santiago 3, 16 – 4, 3): *Pedís y no recibís, porque pedís mal.*

Evangelio (Marcos 9, 30-37): *Quien quiera ser el primero, sea el servidor de todos.*

Jesús enseña a sus discípulos con sus palabras y acciones. Iban por Galilea, de camino, y les anuncia su Pasión, Muerte y Resurrección, todo lo que va a suceder y ellos han de interiorizar. En este momento tan importante resulta que estos no han entendido nada. Todavía les pueden sus dudas y necesidades de grandeza. Discutían sobre quién era el más importante. Para ellos estos términos eran de grandeza, de puestos destacados, de “*qué vamos a sacar nosotros que lo hemos dejado todo*”.

Quien quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos. Así de claro lo dice Jesús, para que todos lo entiendan. Y si quedaba alguna duda, abraza a un niño y dice: *«el que acoge a uno de estos en mi nombre, me acoge a mí y al que me ha enviado»*. Esto sí que es invertir las lógicas humanas de grandeza y de dominio por las de servicio y entrega. Esto de Jesús sigue siendo actual si de verdad queremos seguirlo: es elegir lo último, hacerse pequeño, y servir a los hermanos. Hablamos mucho del servicio, pero lo practicamos poco. Creemos que servir no es rentable, ni da prestigio, ni seguridad humana. Pero sí la de Dios.

Hacerse servidor trae suspicacias humanas. No todos están dispuestos a entender que queramos vivir atentos a los hermanos. Lo dice Sabiduría: acechemos al justo, se opone a nuestro modo de actuar; si es hijo de Dios, ya lo salvará. Esto está siempre presente. No las ideas, sino la práctica de la justicia, la verdad, la buena intención, la defensa de la vida, los derechos humanos, la lucha contra la discriminación, producen rechazos y críticas. La justicia incomoda y cuestiona porque saca a la luz el mal obrar de personas y sociedades.

Dónde encontrar la fuerza, a qué agarrarnos para caminar seguros en busca del bien. El salmo que hemos rezado hoy está lleno de certezas: el Señor sostiene mi vida, salva por su nombre, es mi auxilio, escucha mi súplica. Y nada de envidia, ni rivalidad, que es lo que se crea al querer ser el más grande. Lo nuestro, como seguidores de Jesús, ha de ser dejarnos iluminar por su Luz, por su Sabiduría: apacible, comprensiva, conciliadora, misericordiosa. A los cristianos se nos ha de notar por nuestro obrar “*mirad cómo se aman*”, decían de las primeras comunidades cristianas.

Cuando sólo ambicionamos según nuestros deseos y aspiraciones podemos acabar asesinando a los demás, impidiéndoles conseguir lo que nosotros les arrebatamos sin pensar que quizás ellos eran primero que nosotros en el orden de alcanzar los bienes que Dios brinda con generosidad.

Estos bienes son siempre regalo y don de Dios que se ofrecen como una bendición divina sobre el esfuerzo y la respuesta favorable que el ser humano realiza ante el don radical de la existencia y ante otros dones con que Dios regala al hombre. El hombre justo es el que reconoce esta benevolencia de Dios y nunca alardea ni pretende preferencias por ser su hijo. Sabe que su padre es Dios y que siempre vendrá en su auxilio.

La libertad con que Dios creó al ser humano lleva consigo el riesgo de una respuesta negativa, que olvida el carácter dadivoso de todo bien y se autoproclama señor y dueño de los bienes recibidos. La sabiduría que viene de arriba nos ayuda a superar este riesgo y fomenta nuestra actitud de agradecimiento ante los dones recibidos, nos ayuda a reconocer nuestros límites y a afrontar las dificultades que lleva consigo el alcanzar una vida digna.

Entonces ¿de dónde salen esas guerras y contiendas que enfrentan constantemente a unos contra otros? Por la codicia y ambición que nos impulsa a ser los primeros, a ocupar los primeros puestos, sin pensar que delante de Dios hay sitio para todos y que su mirada benévola y complaciente nos coloca en lugar preferente.

El evangelio dice con claridad que las enseñanzas de Jesús resultan difíciles de entender sobre todo cuando anuncia que la paz y el bienestar pasan por el dolor, el sufrimiento y hasta por la muerte ignominiosa en la cruz. También nos recuerda el evangelio que tenemos miedo de afrontar la verdad y el apóstol Santiago señala la razón de ese miedo: “*fomentamos en nuestro corazón celos amargos y espíritu de contienda, queremos poseer para jactarnos ante los demás*”.

Frente a esta condición frágil del ser humano, sometido a continuas luchas y contiendas, la Sabiduría recomienda moderación y paciencia. Esto lleva consigo aceptar toda privación y afrenta que surja por respetar a los demás, por ser comprensivos con los deseos de los otros y buscar en todo momento la paz y la justicia. No se trata de renunciar a nuestros deseos sino de invertirlos en acciones mucho más rentables y generosas.

Jesús es bien explícito al corregir la ambición y afán de ocupar los primeros puestos afirmando que para ser el primero en el reino de Dios es necesario dejar pasar primero a los otros, ocuparse de ellos y ponerse a su servicio. El mayor enemigo de esta enseñanza de Jesús es el egoísmo que se erige como principal oponente a la disponibilidad y atención a los demás. Invocando nuestra experiencia y sabiduría terrena, frente a la sabiduría que viene de Dios y nos enseña a comportarnos como lo hizo su propio Hijo.

DOMINGO XXVI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Números 11, 25-29): *Ojalá todos profetizaran.*

Salmo (18, 8.10.12-14): *«Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón».*

2ª lectura (Santiago 5, 1-6): *Vuestra riqueza está podrida.*

Evangelio (Marcos 9, 38-43.45.47-48): *El que no está contra nosotros está a favor nuestro.*

La palabra de Dios en este domingo nos muestra que no podemos ser exclusivistas y pretender tener nosotros la exclusiva de la salvación. Veamos en la primera lectura que el pueblo de Israel va caminando por el desierto, ha murmurado contra Moisés y por indicación de Dios ha constituido a los setenta ancianos que reciben el Espíritu para ser colaboradores suyos. Pero surgen en el campamento dos personajes: Eldad y Medad (que no pertenecen al grupo de los ancianos), están profetizando en medio del campamento y Josué le avisa a Moisés y la respuesta de este es clara: **«¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor!»**. Y es que Dios actúa con plena libertad al dar su Espíritu. Es un don que no está sometido a condicionamientos humanos; el Espíritu, como don de Dios, no se puede reducir a unas formas exclusivamente institucionales. Esos dos personajes, Eldad y Medad, representan a aquellos que han recibido un don carismático fuera de los ámbitos institucionales.

Es la misma problemática que nos plantea el evangelio cuando Juan, en nombre de los doce manifiesta: **«Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros»**. Ese comportamiento de los apóstoles, demuestra que no han terminado de enterarse de lo que significa el seguimiento de Jesús. Unos pretendían tener los primeros lugares en el Reino, ahora otros, pretenden tener los privilegios inherentes al grupo y Jesús los corrige: **«El que no está contra nosotros está a favor nuestro»**. Jesús no vive sólo para sí, sino que su vida la entrega para que redunde en beneficio vivificador para todos los que secunden su oferta de participación de la vida de Dios. El Maestro nos enseña que hacer el bien no es exclusivo de los discípulos de Jesús, ya que la bondad de Dios fue derramada sobre todas sus criaturas y su trascendencia va más allá de las condiciones históricas y sociales de la humanidad.

Nos cuesta reconocer que la capacidad de obrar bien, de hacer maravillas, no es privilegio exclusivo nuestro, sino que es el Señor quien lo concede, y no somos quien para limitar la generosidad de Dios. Lo que ocurre con frecuencia es que nos domina la vanidad y quisiéramos que quedara más clara nuestra obra bien hecha frente a los demás; lo triste es que nos preocupa tanto la obra bien hecha como el reconocimiento de nuestra valía, y es ahí donde denunciamos como rivales a quienes por la bondad de Dios también son colaboradores de su designio. Aceptar con ánimo humilde y sincero toda obra bien hecha nos permitiría descubrir bondades en nuestros más acérrimos enemigos, y hasta sería más fácil un auténtico diálogo que buscara el crecimiento de la Verdad y de la Bondad en todas las circunstancias. Es el egoísmo, sobre todo cuando toma la forma de la vanidad, la causa principal de las injusticias.

El evangelio nos recuerda que esta búsqueda de riqueza perecedera no nos prepara para el día del juicio final, sino más bien lo contrario; nos hace olvidar el verdadero valor de las cosas y acabamos acumulando riquezas que ningún valor tendrán el día del juicio. La imagen que utiliza el apóstol Santiago es fuerte cuando se atreve a decir que toda esa riqueza acumulada será testimonio contra nosotros, que con ese afán nos hemos ido cebando para el día de la matanza. Mejor renunciar a nuestros privilegios y fomentar la generosidad frente a los demás.

También muchas veces los discípulos de hoy tenemos que vernos retratados en esta actitud y es que debemos saber una vez más que no debemos pretender privilegios sino recordar que la promesa del Reino es para aquel que presta un servicio callado. No importa lo sensacional lo importante a los ojos de los hombres para ser bien vistos a los ojos de los hombres, sino que lo importante es el amor escondido en la acción de ofrecer un vaso de agua al sediento.

La actitud del discípulo de Jesús tiene que ser, por tanto, ir haciendo el bien, pero también evitar el mal y Jesús nos insiste, sobre todo, en el escándalo. Evitar el escándalo tiene que ser algo prioritario para el discípulo y especialmente, escandalizar a los más pequeños, a los más débiles. Jesús utiliza expresiones tremendamente duras, lo que nos indica la radicalidad del seguimiento de Jesús. Y la segunda lectura nos advierte que una ocasión grave de escándalo es la acumulación de riquezas injustamente, aprovechándose de los más débiles. Así alimentados hoy con este pan de la Palabra podemos terminar con las palabras del salmo: **«Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que no me domine: así quedaré limpio e inocente del gran pecado»**.

La Iglesia viva, y por tanto también la de los cristianos de a pie, tienen que continuar las enseñanzas de su Maestro y Fundador, y acercarse a los pecadores e infieles con un mensaje de vida y no de condena. Para ello es necesario incrementar el aprecio y estima por el pecador, no por su pecado, y hablarle de esa bondad que él tiene, pero que quizás nadie la estima ya que todos arremeten contra él considerándole más como pecador que como hijo de Dios y hermano nuestro. Lo más triste es que no sólo rechazamos a los que por no ser de los nuestros atribuimos toda maldad, sino que llegamos hasta alegrarnos si su vida acaba mal. Y es que olvidamos que todos somos hijos de Dios.

DOMINGO XXVII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 2, 18-24): *No es bueno que el hombre esté solo.*

Salmo (127, 1b-6): *«Que el Señor nos bendiga todos los días de nuestra vida».*

2ª lectura (Hebreos 2, 9-11): *El santificador y los santificados proceden todos del mismo.*

Evangelio (Marcos 10, 2-16): *¿Le es lícito al hombre repudiar a su mujer?*

Algunas palabras claves de este evangelio son: ley, divorcio, mujer, fariseos, corazón, niños, discípulos, Dios, Creación, amor... Podría parecer que la cuestión del divorcio es la más llamativa y que este domingo tenemos que afrontar este difícil tema. Pero no, hay mucho más. El Evangelio es siempre fuente de vida para nosotros, no de turbación. No podemos olvidar que este texto del Génesis va mucho más allá de lo que podría suponer una disposición legal de la vida matrimonial y por supuesto nada justifica lo que hoy se dice de “vivir en pareja”. La palabra de Dios invoca este texto para asegurar que la atracción mutua del hombre y la mujer está diseñada en la voluntad divina al crear al ser humano en esa complementariedad radical que facilita el cumplimiento de la tarea creadora a través de la procreación.

A imagen y semejanza de Dios los creó. Hombre y mujer los creó y en el acto creador diseñó Dios esa condición que facilita al ser humano comprender la necesidad del otro. Una dimensión social que no permite al ser humano encerrarse en su propio yo, sino que admira y agradece la presencia del otro como una forma de realización plena: siente al otro como “carne de su carne y hueso de sus huesos”. Ni qué decir que esta condición facilita la prolongación de la obra creada en su nivel más noble que es dar vida al ser humano.

El designio de Dios es claro, pero también sabemos que la actitud de las criaturas puede alejarse de este designio y buscar simplemente el agotamiento de esas facultades sin ponerlas a disposición del proyecto creador. Eso es lo que Jesús comenta con los fariseos que intentaban ponerle a prueba invocando la ley de Moisés.

Vayamos a la primera escena: Los fariseos se acercan a Jesús para preguntarle sobre la licitud o no del divorcio. Conviene no olvidar que estos hombres son unos hipócritas, porque están preguntando a Jesús algo que saben sobradamente. La Ley de Moisés ^(Dt 24,1) sí permitía a los judíos divorciarse de su mujer. La respuesta de Jesús a los fariseos es tajante y contrapone la ley de Moisés con el designio creador. Dios diseñó y creó al ser humano según su voluntad y para darle al mismo una riqueza y fecundidad que lo perpetuara a lo largo de la historia; Moisés, sin embargo, legisló no según el designio de Dios sino a causa de la terquedad de los seres humanos que se habían alejado del designio creador.

Aunque lo que está en juego es hablar de la grandeza del amor humano, Jesús es también muy respetuoso con la Ley de los judíos, no niega el precepto de Moisés, sino que lo corrige y completa. Y desde ahí describe el valor del matrimonio, excluyendo así cualquier posibilidad de divorcio. El matrimonio, el amor honesto entre un hombre y una mujer no puede ser nunca moneda de cambio, banco de pruebas o un mero contrato jurídico que puede ser revocado en cualquier momento.

¿Por qué esto ha de ser así? Responde a la voluntad creadora de Dios. Desde el principio Dios creó al ser humano hombre y mujer, para que se complementaran, para que se amaran con amor fiel durante toda su vida. Todos, sin excepción, conocemos a matrimonios cuyo amor fiel no ha sido destrozado ni por el tiempo, ni por las dificultades, ni por los caprichos pasajeros. El amor es capaz de hacer posible lo que para muchos es imposible: **«un amor fiel para toda la vida»**. Solo quien ama realmente puede entregar hasta la propia vida.

Hoy es una ocasión bonita para dar gracias a Dios porque nos ha dado la capacidad de amar y ser amados. Nada nos realiza tanto en esta vida como entregar y recibir amor. Gracias a Dios por enseñarnos que las cosas más grandes de esta vida a veces tienen la apariencia de lo más pequeño: un niño, un amor entregado sencillamente cada día... No podemos argüir con un corazón tarado por ambiciones y deseos que se alejan de la voluntad divina, sino que debemos abrirnos al plan de Dios con la misma sencillez con que un niño está abierto a la verdad y bondad de quien acepta como un regalo de Dios. El niño no cuestiona la autoridad de quien cuida de él, más bien la necesita y por eso atiende y aprende de quien le ama.

Este evangelio concluye con la aparición en la escena de unos niños. Los discípulos les regañan, para ellos los niños pintan poco en las cosas de los mayores. Jesús los corrige, porque los niños encarnan unos valores: sencillez, autenticidad, alegría, que son necesarios para toda persona que quiera acoger el Reino de Dios. Con demasiada frecuencia hemos dejado de ser niños, es decir hemos dejado de ser sencillos (no simples), transparentes y limpios. Nuestro egoísmo nos ha hecho encerrarnos en nuestras propias exigencias y deseos y nos hemos alejado de esa oferta generosa que Dios nos brindó al crearnos con la necesidad del otro. Es una forma radical que nos formula, más tarde, con el amor al prójimo sin límite alguno, hasta el punto de que debemos amar incluso a nuestros enemigos.

Olvidando esta advertencia del Evangelio podemos encontrarnos en un camino que no nos conduce al Reino de Dios: **«Os aseguro que el que no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él»**.

DOMINGO XXVIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 7, 7-11): *Supliqué y me fue dada la prudencia.*

Salmo (89, 12-17): *«Sácianos de tu misericordia, Señor, y estaremos alegres».*

2ª lectura (Hebreos 4, 12-13): *La palabra de Dios es viva y eficaz.*

Evangelio (Marcos 10, 17-30): *Entonces, ¿quién puede salvarse?*

Sí que es cierto, a pesar de nuestras recaídas, que la experiencia humana de la vida se acumula, como en los animales, que también su experiencia forma un conjunto de “*conocimientos*” que se pasan de generación en generación. Pero mientras en ellos toda la finalidad está puesta en la supervivencia de la especie, en nosotros hay un sentido de tensión y búsqueda por conseguir no solo la supervivencia sino la plenitud de esta vida que contiene tantas posibilidades.

Precisamente la necesidad de elegir, entre las muchas posibilidades, aquellas que forman la excelencia vital, la plenitud del vivir, la satisfacción de una buena vida frente a otras que son seductoras, pero no profundas ni, ciertamente, las que significan el crisol de la felicidad, es lo que provocó el nacimiento de la sabiduría o inicios de la filosofía existencial: ¿Qué somos? ¿Qué podemos esperar? ¿Cómo alcanzarlo?

Por toda la orilla oriental del Mediterráneo, con la influencia de culturas más orientales con tradiciones muy antiguas, aparecen en los siglos previos al nacimiento de Jesús un despertar de “*inquietudes humanistas*” que tratan de dar respuesta a la inquietud humana por la felicidad plena. Para ello, tienen que enseñar a distinguir cuáles son las mejores opciones, con qué actitudes buscarlas y cómo apoyarse en el esfuerzo. Lo harán con todo el bagaje de pensamiento que se ha ido acumulando en las generaciones anteriores y en el contraste con la vida dura, violenta y peligrosa que les toca vivir.

La comunidad religiosa, que vive esta misma inquietud y ha experimentado la importancia de una fe que aviva la confianza en la experiencia de fragilidad y la esperanza en las dificultades, no duda en poner a Dios en la cima de todos los valores, en la cumbre de todas las experiencias positivas, en la máxima altura de las elecciones. Dios vale más que todas las cosas valiosas juntas. Claro, luego hay que vivir eso en la relación con el Dios concreto de la religiosidad personal. Con Dios, el Absoluto.

En la mentalidad judía la riqueza es señal del favor divino y la pobreza es una desgracia que hay que eliminar ya que denigra la condición humana. Jesús, introduce un nuevo valor que desplaza a las riquezas y que no priva al pobre de ser su titular; es la sabiduría, el conocimiento del designio creador, el sentir en lo hondo del corazón la misma Bondad de Dios. La sabiduría como don de Dios no es sólo cuestión de inteligencia, sino que afecta a todo el ser humano y lo invade enriqueciendo profundamente su mundo interior, aquel en el que cobran valor todas las cosas que de él dimanar. El sabio, que se ha dejado penetrar del don de Dios, percibe esta bondad y desea hacerla suya; no escatima esfuerzo por conseguirla y conservarla y acaba viviendo en la virtud.

Si echamos cálculos para lograr este valor supremo todos nuestros haberes resultan insuficientes para adquirirlo. Jesús confirma la enseñanza de la sabiduría tal cual se expresa en el Antiguo Testamento en la oración atribuida a Salomón. El rey pide a Dios sabiduría y renuncia para ello a todos los bienes de esta tierra, pues siente que ella es el valor supremo, mayor que cetros y tronos, oro y piedras preciosas. La misma salud y belleza no son sino reflejo de la luz que ella irradia y de nada sirven si ésta falta.

Pero Jesús, de repente, nos plantea una decisión muy dura. Nos pide que le pongamos a Él por delante de los grandes valores de nuestra vida. ¿Y quién es Él para ponernos en esa disyuntiva tan fuerte? Esa es la cuestión que nos plantea el evangelio de hoy y a la que Marcos nos quiere llevar: ¿Quién es Jesús para los que formamos esta comunidad?

El encuentro de Jesús con el joven rico, que observa escrupulosamente todos los preceptos, pone de manifiesto que la relación humana con la vida eterna no es sólo cuestión de méritos por servicios prestados, sino de fidelidad a la gracia y favor de Dios. Jesús enseña al joven, que se siente satisfecho de su conducta, que ese no es el camino suficiente para conseguir la vida eterna; le falta el desprendimiento de todo aquello en lo que él ha puesto su corazón y seguir a su Maestro. La exigencia de Jesús resulta dura e imposible de llevar a cabo según los cálculos humanos, pero no debemos olvidar que a todos se nos brinda el don de la sabiduría junto con otros dones y virtudes que nos potencian frente a lo imposible.

Seguir a Jesús es ponernos enteramente al servicio de los demás; es olvidar nuestros valores sabiendo que están a buen recaudo, y que libres de esa preocupación podemos prestar mejor atención a las verdaderas necesidades propias y ajenas. Lo que ocurre es que esta respuesta generosa no puede hacerse si antes no tenemos la garantía de que nuestro desprendimiento ha sido hecho con la máxima rentabilidad; dudamos con frecuencia de la inversión en los valores eternos y por ello escatimamos eso que nos falta para seguir de veras a Jesús.

El Dios que da inicio a una nueva vida y promete la felicidad bien merece una decisión. Luego, no nos dejará solos. Porque la vida tiene su dificultad y hay que abordarla. Pero Él no nos dejará solos.

DOMINGO XXIX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 53, 10-11): *El justo se saciará de conocimientos.*

Salmo (32, 4-5.18-20.22): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros».*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16): *Mantengamos firme la confesión de la fe.*

Evangelio (Marcos 10, 35-45): *El que quiera ser grande, sea vuestro servidor.*

¿Qué hay de lo mío? Esa fue la pregunta que Santiago y Juan le dirigieron a Jesús. Ellos se sentían importantes y, sin duda lo eran, pero, además, querían ser reconocidos y premiados por el Señor y por los demás. Parece que, a pesar de llevar tiempo con el maestro, había lecciones que les costaba aprender. Cuántas veces a los seguidores de Jesús, nos cuesta aprender su enseñanza y acabamos adoptando los valores de este mundo que poco tienen que ver con el Evangelio.

La respuesta de Jesús a los discípulos que quieren alcanzar el máximo grado de gloria a su derecha e izquierda es sorprendente: **«No sabéis lo que pedís»**. No es honor y gloria lo que debéis pedir y pretender, pues eso fácilmente se convierte en poder y dominio sobre los demás, y en todo caso origina disputas, querellas, rencor, malestar y odio. La pretensión de los hijos de Zebedeo indigna y pone furiosos a los otros diez discípulos que sienten que la intervención de Santiago y Juan les descarta a ellos para ocupar un puesto de preferencia en el reino de Dios.

El verdadero título de grandeza está en servir y dar la vida por los demás. Todo lo demás es acumulación de méritos para un posible reproche del propio Jesús que se manifiesta vivo en aquellos que necesitan de nosotros. La gloria que anhelamos sin el beneplácito de Dios, es vanagloria y no cuesta menos esfuerzo el conseguirla. El sufrimiento que lleva consigo esperar solo en Dios, el que prosperen las obras de nuestras manos, nunca sufre desilusión, ni desespera, pues el mismo sufrir es ya purificación que prepara la visión clara y diáfana del obrar de Dios.

Sin miedo a perder el poder, y por supuesto, sin afán de permanecer en lo más alto del escalafón, en la tarea de extender el reino de Dios **«el que quiera ser grande tiene que ser el servidor de todos»**. Así de contundente es la respuesta que el evangelista Marcos pone en boca de Jesús, cuando dos de los discípulos intentaban ganarse su favor, presentando unas credenciales que eran insuficientes, e incluso contrarias a las características que el Maestro requería para asegurar la tarea que el Padre de los cielos le había confiado en su venida a la tierra. No vino Jesús a hacer ostentación de la gloria y el poder divino, sino a manifestar con claridad que el poder y la gloria de Dios se daban gratuitamente al hombre para su propio bienestar y mayor dignidad.

No aceptar la condición de servidor es una forma frecuente de perder el dominio de nuestra situación. Creer que somos señores absolutos de nuestra vida y que nada, ni nadie, tiene dominio sobre nosotros es simplemente desconocer nuestra condición social, por la que estamos llamados a participar, a colaborar en el desarrollo del mundo en el que nos ha tocado vivir.

Cuando se pierde este sentido de colaboración, del trabajo ordenado a cumplir el imperativo del crecimiento y desarrollo en todos los campos de nuestras posibilidades, fácilmente se cae en la actitud perezosa y acomodada que se complace en ser servido por los demás. Nos creemos más señores cuando tenemos el dominio sobre mayor número de asistencias; es decir cuando no servimos a los demás, sino que nos servimos de los demás.

Jesucristo nos marca el camino y nos enseña a vivir hoy. Nosotros, discípulos suyos, queremos seguir sus pasos, practicar sus enseñanzas, y vivir en comunión con Él. No se trata de una carrera para ver quién es el más importante, ni de un itinerario para coleccionar méritos y honores. Se trata de seguir a Jesús y ser parte de una historia de amor que determina mi vida y me compromete con la misión del Evangelio de Jesús. Queremos, que todos descubran el amor y la misericordia que vienen de Dios.

Nosotros, como los primeros discípulos, estamos llamados a aprender de Cristo y salir de nosotros mismos para descubrir el poder del servicio, la revolución de la misericordia y la fuerza de la compasión. Somos seguidores de Jesús, que vivió el servicio para con todos: lavar los pies, curar a los enfermos, acoger a los excluidos, dar de comer a los hambrientos y denunciar las injusticias de su entorno. Él nunca permaneció indiferente ante la vida de los demás.

Los creyentes queremos hacer lo mismo que el maestro: estar cerca de quienes sufren y dejar que Dios cambie nuestro corazón. Naturalmente esto no se trata de una cuestión privada o íntima, todo lo contrario, el encuentro con Cristo determina nuestra vida y nuestras obras. ¿Cuál es mi lugar en el mundo? ¿Cuál es mi papel en la Iglesia? ¿Qué me pide Dios en este momento de mi vida? ¿Cuál es mi sitio en el anuncio del Evangelio? Son preguntas que nos ayudan a vivir hoy comprometidos con el Señor y a edificar la Iglesia.

Todo y todos en la Iglesia estamos llamados a vivir el servicio y a estar cerca de quienes lo pasan mal. Lo hacemos porque Él lo hizo. Es parte fundamental de nuestra vocación: abrir los ojos ante nuestro prójimo y cuidar de él. La caridad no es opcional, está en el centro de nuestra fe y del mensaje de Jesús. Él cuenta con nosotros, para que todos sientan en su vida el amor de Dios. Nuestro premio: ser parte de la “cuadrilla” de Dios.

DOMINGO XXX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 31, 7-9): *El Señor ha salvado a su pueblo.*

Salmo (125, 1b-6): *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres».*

2ª lectura (Hebreos 5, 1-6): *Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado.*

Evangelio (Marcos 10, 46-52): *Anda, tu fe te ha salvado.*

Nos encontramos ante el capítulo más importante del libro del profeta Jeremías. *«Se marcharon llorando...»*, así nos cuenta el profeta la tragedia que se inició el día del gran destierro. Pero ese no era el final de una etapa, sino curiosamente el inicio de un proceso que acabó con la vuelta, el retorno del exilio, entre cantos y alegrías, celebrando la grandeza de Dios que había estado grande con los suyos.

El profeta Jeremías nos transforma el dolor en esperanza. ¡Qué mezcla tan consoladora la de llorar y reír nos ofrece la escena de los desterrados que van y vuelven por el desierto! Pero no olvidemos respetar los tiempos; sería nefasto reír en el tiempo de llorar. La verdadera alegría la produce la cercanía de nuestro Dios. Ante nuestra indiferencia o posible desconfianza Dios responde con su amor y su promesa de fecundidad. No es extraño que nos cueste creer en un Dios así.

Nos cuesta creer que nuestro Dios sea así, en efecto. Y lo notamos en que, mientras las cosas nos van bien, no nos acordamos de Él. Pero Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, se nos hace cercano desde nuestra necesidad. Bartimeo forma parte de los “descartados” del sistema, al borde del camino, símbolo de la condición humana y, especialmente, de la condición humana de los que no cuentan.

El ciego no puede ver, pero sí oye que pasa Jesús, del que ha oído hablar otras veces y hasta sabe que ha devuelto la vista a otros ciegos. El inválido ya no pide limosna a los que pasan por el camino; ya no se contenta con su condición de invidente, y siente la atracción del Hijo de David como una alternativa posible para alcanzar la visión. No puede ver pero sí gritar y reclamar la atención de ese Jesús al que él atribuye poder para curarle.

Al principio, no pide la vista, sino misericordia. Jesús, al oírle, se detiene. A Jesús le importa Bartimeo, como le importamos nosotros. Primer chispazo de una relación de amistad y de amor. Escuchar el grito de los necesitados, de los que no pintan nada, de aquellos a quienes se les ha arrebatado la dignidad, es el inicio de cualquier tipo de ayuda, sea de un creyente o de un ateo.

La actitud del ciego Bartimeo, expresa su profundo convencimiento de que Jesús es su salvador; es el Mesías, el Hijo de David. Si Jesús pasa cerca de él, no va a desaprovechar esa ocasión propicia para salir de su situación indigente. Nadie podrá impedirle que siga gritando y reclamando la atención de Jesús. Él cree en Jesús, espera de Él la curación. Esta actitud de desear vivamente estar cerca de Jesús refleja la auténtica disposición del ciego que encauza todas sus fuerzas para llegar hasta Jesús. Abandona su manto y dio un salto para acercarse a Jesús.

Por la fe, Bartimeo, ya no piensa en que lo único que cubre sus necesidades son su manto y su puesto de limosna, sólo piensa en acercarse a Jesús. Cuando oye su voz siente la alegría de tenerle cerca al escuchar su palabra que se interesa por él: *«¿Qué quieres que haga por ti?»*. La pregunta de Jesús suena exactamente igual a la que hizo a los discípulos que se acercaron a Jesús reclamándole también su atención. Pero, ¡qué diferencia de ambiente! En el ciego hay ansia de ver, hay fe en Jesús.

El relato del evangelio no describe ningún gesto especial, ni se usa ninguna fórmula curativa, simplemente hay una palabra de Jesús que responde a la petición, al ansia del ciego: *«Anda, tu fe te ha curado»*. El reconocimiento de esta actitud del ciego pone de relieve la fuerza salvífica de la fe. Recobrada la vista Bartimeo se suma a la comitiva de Jesús y le sigue por el camino que le conducirá a Jerusalén.

El que estaba al “borde del camino” y no tenía acceso a la comitiva de Jesús ahora se convierte en discípulo fiel; no solicita un “puesto de honor” por el hecho de haberlo abandonado todo; simplemente su fe en Jesús le ha abierto los ojos y le ha hecho ver que su destino, su nueva vida se funda en la confianza que le une a Jesús. Seguir a Jesús es fiarse de Él y abrazar su destino como suyo y como propio; es abandonarlo todo pues en Jesús consiguió ver su salud. La actitud del ciego Bartimeo es la que Jesús reclamó al joven rico que cumplía todos los preceptos de la Ley y sin embargo no estaba dispuesto a dejarlo todo. Bartimeo deja todo lo que tiene, que es muy poco, pero era todo para él hasta que oyó pasar a Jesús y quiso ver.

El evangelista Marcos ha colocado los rasgos del discípulo de Jesús entre la curación de dos ciegos: uno anónimo (cualquiera de nosotros puede ser) y otro con identidad más clara. Con este relato termina el camino que el discípulo ha de recorrer para ser discípulo de Jesús. Sintetizando mucho, el núcleo está en que el discípulo, a través de una relación afectiva con Cristo Jesús, llegue a dejar que el propio Jesús sea quien lleve las riendas de la relación con el Maestro (negación de uno mismo que se convierte en la mayor afirmación de uno mismo). Cuando el discípulo deja que el Señor le permita ver, entonces podrá libremente dejar que Jesús lo asocie a su destino de muerte y Vida resucitada que tendrá su localización en Jerusalén. Seguir a Jesús de esta manera es lo que conocemos como obediencia de amor y de fe.

SOLEMNIDAD: TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7, 2-4.9-14): *Una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar.*

Salmo (23, 1-2.3-4ab.5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor».*

2ª lectura (Juan 3, 1-3): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Vuestra recompensa será grande.*

Hoy celebramos la fiesta de todas las personas que, habiendo escuchado la palabra de Dios personal y comunitariamente, han hecho de sus vidas un testimonio vivo del proyecto de Jesús. Las señales son las buenas noticias que reciben muchas personas pobres, pacificadoras, sufridoras, misericordiosas, perseguidas por diferentes causas, limpias de corazón cuando nos perciben cercanas a sus causas, solidarias con sus vidas y dueñas también de lo que es el proyecto de Jesús.

La vida sencilla de la comunidad se hace fuerte porque encuentra motivos suficientes para comenzar, continuar y no desanimarse en los proyectos que hacemos entre todos, que llevamos adelante aportando lo que cada persona es capaz y, si algo falla, alguien anima la marcha y hace eficaz los pequeños gestos de la gente pequeña.

El mundo no nos conoce, no tiene relación con nuestro estilo de vida y no busca lo que nosotros pretendemos personal y comunitariamente. No debe extrañarnos que nos llamen personas raras y un poco locas.

La semejanza con la mujer y el hombre nuevos que viviendo en este tiempo y en este mundo no son personas esclavas del poder, del tener ni del competir. Buscan el servir, el compartir y el celebrar la fiesta de la Vida. Todo ello nos ayuda a vivir en esperanza la llegada de un mundo nuevo y distinto.

En el libro del Apocalipsis aparecen las multitudes como al comienzo en el Sermón del Monte *«se acercaban multitudes a escuchar a Jesús»*. Con vidas relucientes por su lucha a favor de la dignidad de todas las personas y saciados en su hambre y sed de justicia para todas.

La mirada puesta en la vida de cada día con las personas que caminamos juntas, en comunidad, nos ayuda a valorar lo pequeño y a las personas pequeñas, a descubrir nuestras fortalezas que brotan de nuestras debilidades y búsquedas del sueño por alcanzar la utopía que todavía no es.

A esto nos ayudan las personas que han sido importantes en nuestras vidas, las que lo siguen siendo en el vivir cotidiano y las que estamos ayudando a lograr sus metas. Ellas son las santas y los santos que hoy celebramos.

Nadie puede arrogarse la exclusividad de la santidad, ni tampoco nadie debe sentirse excluido del número de los elegidos. A todos, sin excepción, se les brinda la invitación a formar parte de esa *“inmensa muchedumbre”* de los que lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero. Esa es la verdadera santidad que dimana del amor del Padre que nos ha declarado a todos hijos de Dios.

Esta fiesta de todos los santos nos recuerda estas verdades consoladoras y nos alienta a afrontar con optimismo la *“gran tribulación”* en la que fácilmente manchamos nuestras manos. En esa lucha y confusión llegamos hasta perder el norte y abandonamos el séquito del Cordero. Nos sentimos inmersos en un mundo lejano a la santidad que se predica de Dios y hasta nos parece poco deseable abrazar la cruz y seguir las huellas de quien nos lleva a la presencia del Padre. Pero la llamada de Dios a la santidad se repite una y otra vez, pues esa es la voluntad inquebrantable del Padre que ama a todos sus hijos sin discriminarles.

La herencia que nos tiene reservada aún no ha sido manifestada del todo y a duras penas conseguimos comprender en qué consiste nuestra filiación divina. Se nos predica y se nos invita a contemplar la felicidad que nos espera y como anticipo se nos concede el don del Espíritu que alienta nuestra esperanza. Sin la acogida o aceptación gozosa de este don, sin cambiar la actitud que provoca nuestra inmersión en un mundo que no quiere saber de Dios, es difícil aceptar el programa de santidad que proclama Jesús en la montaña.

Felices los pobres, los sufridos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia. Estos son los que vienen de la gran tribulación y no los ricos, los que disfrutan. Los que ríen, los que atentan contra la justicia. Los egoístas y aquellos que no ven rentable trabajar por la paz y sólo buscan ser aplaudidos por sus actos.

Nos atrae la idea de formar parte del número de los elegidos, pero no olvidemos que para ello hemos de mantenernos firmes en la condición de hijos de Dios. Sabemos que lo somos y que nuestro Padre nos tiene reservada una gran recompensa en el cielo. Las bienaventuranzas nos hablan del futuro, nos adentran en el más allá que da sentido al sufrimiento y privación del presente. Ese futuro es el futuro de Dios que tiene vigencia siempre y es plenitud de la esperanza humana. Por eso las bienaventuranzas no hablan de resignación, sino de fuerza y de consuelo divinos que se dan al hombre que acepta el riesgo del presente mirando con ojos limpios el futuro con plenitud.

En esta plenitud están ya todos los santos que nos precedieron y desde ella nos alientan a aceptar los riegos de una actitud esperanzadora que no siempre goza del prestigio humano, pero que es la única que garantiza al hombre su santidad.

DOMINGO XXXI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 6, 2-6): *Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón.*

Salmo (7, 2-4.14-51ab): *«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza».*

2ª lectura (Hebreos 7, 23-28): *Él no necesita ofrecer sacrificios.*

Evangelio (Marcos 12, 28b-34): *El Señor, nuestro Dios, es el único Señor.*

La mayor alegría que se conoce es la que procura el amor sincero. Descubrir el engaño en el amor es lo que mayor amargura produce en quien busca con sinceridad la bondad de las cosas y de las personas. Y sin embargo ese es el drama más común en las relaciones interpersonales que difícilmente están exentas de esa falta de sinceridad total. La única alternativa válida frente a esa falta de sinceridad es el amor que Dios nos tiene y que requiere en nosotros una correspondencia a tenor del amor de Dios.

Cualquier desviación en la inteligencia del amor puede desencadenar una serie interminable de sentimientos y afectos que desequilibran la vida de los que lo esperan todo del amor. Jesús dialoga con un experto de la Ley de Moisés y responde a su pregunta sobre cuál es el primer precepto de la Ley. Añade en su respuesta algo que no figuraba explícitamente en el código mosaico: *«Amará a tu prójimo como a ti mismo»*. La respuesta de Jesús es bien aceptada por el que pretendía saber si Jesús conocía bien la Ley de Moisés.

El evangelista ha presentado al escriba entusiasmado con la respuesta de Jesús y luego añade que Jesús valora la sensatez del escriba a quien considera cerca del Reino de Dios. Es quizás uno de los pocos lugares donde el evangelio habla favorablemente de los escribas. La razón está en que ha aceptado el nuevo mensaje que Jesús introduce en la lectura de la Ley mosaica: amar a Dios y amar al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Y el amor, nos recuerda Jesús, solo es verdad cuando es sincero; cuando responde a las exigencias del corazón, a las razones de la inteligencia y no empaña el equilibrio de todo nuestro ser.

Dios quiere que seamos felices, y los mandamientos son la forma concreta de conseguir esa felicidad; no son los mandamientos unas meras normas que someten al hombre a la voluntad de Dios. Nada más extraño al querer de Dios que someter al hombre a quien creó libre a su imagen y semejanza. Dios respeta la libertad del hombre y le enseña con su Ley a no sucumbir ante el engaño del enemigo de Dios y del hombre; a vencer la esclavitud a la que si somete al hombre con sus enredos el príncipe de la mentira. Un corazón engañado tiene dificultades para ver un corazón sincero y a duras penas podrá gozar de la felicidad de quien ama con todo el corazón.

A veces confundimos las cosas importantes, como *“ser educados”*, o *“ser generosos”*, o también *“ser piadosos”*, con lo absolutamente necesario e imprescindible. La Palabra de Dios nos da una pista. Jesús en su evangelio nos invita a adentrarnos en el mundo de lo irrenunciable, de lo único, como personas y como cristianos.

¡Vivimos como seres civilizados! En efecto, es importante vivir de forma civilizada y armónica en una sociedad. Los cristianos no somos *“incivilizados”* o *“ácratas”*. Cumplimos las leyes civiles y las normas de convivencia; evitamos lo que molesta o perjudica a los demás. Pagamos los impuestos, participamos en asociaciones culturales o deportivas que elevan tanto el nivel de satisfacción personal como familiar o de grupo. Una sociedad madura y libre necesita buenos y responsables ciudadanos.

¡Trabajamos por el bien común! Pero no basta con *“cumplir los mínimos”*. Es importante vivir de forma activa, trabajar por el bien común, de forma profética, promoviendo leyes más justas y denunciando las injusticias flagrantes donde los más perjudicados son siempre los más débiles. Con frecuencia aparecen los conflictos porque el bien común (de la comunidad, de las personas más débiles) está a veces por encima de los intereses particulares. Hay que aprender a renunciar a legítimos derechos pensando en que la beneficiaria es la sociedad; en definitiva, personas como nosotros.

¡Vivimos y dejamos vivir! Desde otra perspectiva es importante vivir como persona, disfrutando al máximo de lo que ofrece la vida. *“Vivir al máximo”*, sí, pero sin molestar al otro o sin inmiscuirte en la vida ajena. Es una sabiduría antigua y no fácil la de ser plenamente feliz y a la vez hacer que los demás también lo sean. El cristiano no es *“anti-vida”*, sino todo lo contrario, está *“por la vida”*. Lo único es amar a Dios y al prójimo. Estas tres cosas son legítimas, deseables, profundamente sociales y humanas. Ahora bien: ¿es suficiente ser un *“buen ciudadano”*, o una *“persona de bien”*, o *“ser feliz con los demás”*, para ser un buen cristiano?

Jesús recoge la tradición de sus padres, del pueblo judío y recuerda el **“SHEMA”**: *«Hay que amar a Dios sobre todas las cosas»*. Nosotros, los creyentes, lo firmamos. Pero Jesús añade: *«Hay que amar al prójimo como a uno mismo»*. Esta equiparación del amor a Dios con el amor al prójimo; o al revés, este amor al prójimo poniéndolo en el mismo nivel que el amor debido a Dios, marca una diferencia: lo hace *“único”*. El cristiano es profundamente creyente, adora y ama a Dios; pero no separa este amor/adoración de la vida diaria, del quehacer diario, de los gestos de amor por las personas, con todas sus consecuencias.

Ojalá nosotros pudiéramos responder también sensatamente y confesar que amamos a Dios con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser; pues ese amor trae consigo el amor al prójimo exento de todo aquello que no es verdadero amor.

DOMINGO XXXII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 17, 10-16): *Y comieron él, ella y su familia.*

Salmo (145, 6c-10): *«Alaba, alma mía, al Señor».*

2ª lectura (Hebreos 9, 24-28): *Él se ha manifestado una sola vez para quitar nuestros pecados.*

Evangelio (Marcos 12, 38-44): *Ella ha echado más que nadie.*

El texto evangélico de hoy nos introduce en un escenario de contrastes, de sombras y de luces. Y nos lanza la advertencia: **como no hemos de ser los seguidores de Jesús**. No hemos de ser, como aquellos maestros de la ley que buscaban la estima y la admiración de la gente; que les encantaba pasearse con largas vestiduras, ser saludados en las plazas y ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los banquetes. Debajo de tanta solemnidad, solo había vanidad y soberbia. Y no solo eso, aprovechándose de su autoridad devoraban lo bienes de las viudas. No olvidemos que, en Israel, las viudas, junto con los huérfanos y los extranjeros estaban consideradas uno de los colectivos más indefensos. Además de la vanidad y la injusticia, aquellos maestros de la ley, fingían hacer largas oraciones. Lo suyo era puro teatro. No seáis como ellos, les decía Jesús a sus discípulos.

También hoy corremos el riesgo de caer en esas actitudes y conductas. Por ejemplo, cuando se nos llena la boca con la palabra “*Dios*”, pero no estamos dispuestos a acoger y vivir el Evangelio que nos propone Jesús; o cuando nos esforzamos por cuidar nuestra imagen de cristianos cumplidores y de buena gente, pero nuestro corazón y conducta es un desprecio a la vida de los pobres y no nos importa la justicia social, sino solo el interés personal. O cuando vamos por la vida de “*serviciales y entregados*” pero lo que realmente buscamos es el aplauso y la vanagloria.

Una imagen vale más que mil palabras y un testimonio más que todos los discursos. Por eso, Jesús quiere que se les quede grabado para siempre el ejemplo de la viuda pobre que echó dos monedas en el cepillo del templo: **«Os digo que esta viuda pobre ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie»**. Ese es el culto que Dios quiere, esa es la vida cristiana que Dios quiere. Los ricos han dado, con gran ostentación, de lo que les sobraba, mientras que la viuda, con discreción y humildad, ha dado **«todo lo que tenía para vivir»**.

El encuentro con Dios no se consigue a través de unos ritos externos suntuosos, sino a través de gestos sencillos y silenciosos, desapercibidos para los demás, en los que el creyente pone su vida y su confianza en Dios. Lo que verdaderamente cuenta es un corazón generoso, desprendido, confiado en Dios. Dios no se fija en las cantidades del bolsillo, sino en la generosidad del corazón, capaz de salir de sí mismo y sus seguridades. Aprendamos de esta mujer que Jesús nos presenta como ejemplo de fe y de vida evangélica.

Una vez más la Palabra de Dios nos sorprende con su mensaje enriquecedor. Dar de lo que uno posee y de lo que puede desprenderse con facilidad resulta una acción benéfica para aquel que lo recibe, pero no es más generosa que la de quien ofrece algo que le es necesario para subsistir. En el segundo caso se piensa más en el que pide que en el que da. Así resulta que la viuda de Sarepta no piensa tanto en la necesidad que le urge a ella y a su hijo cuanto a la petición que le hace el profeta que también necesita su pan. Desprenderse hasta el límite de dar lo último que uno tiene es el grado máximo de generosidad que se acerca mucho al dar la vida por el prójimo. Frente a esa generosidad conocemos un refrán que la limita al decir que “*la caridad empieza por uno mismo*”.

Las viudas en tiempo de los profetas y también en tiempos de Jesús representan una clase social carente de derechos y necesitada de ayuda. Por eso cuando Jesús contempla la limosna que la pobre viuda echa en el arca de las ofrendas aprovecha la ocasión para enseñar a sus discípulos en qué consiste la verdadera ofrenda a Dios. Lejos de aprovechar el gesto de la limosna para hacer ostentación de su riqueza, tal como hacían los que echaban en el arca de lo que les sobraba, la viuda ofrece todo lo que tiene para vivir.

Conviene recordar que la ofrenda en el templo significaba la aportación personal para atender a las necesidades de la comunidad. Con ello se fomentaba la solidaridad entre los miembros de la misma y evitaba el egoísmo de cerrarse en su propio bienestar. De alguna manera la limosna reflejaba el deseo de ser solidario, pero nunca debía ser objeto de ostentación, ya que de esta forma se ofendía a los pobres al remarcar frente a ellos la diferencia social.

La escena de la viuda del evangelio pone de relieve que la generosidad no se mide por la cantidad ofrecida sino por el esfuerzo y desprendimiento de lo propio en favor del otro. En definitiva, el evangelio nos invita a ser menos egoístas, a alardear menos de nuestras posibilidades, y a sentirnos generosos a pesar de nuestras deficiencias. Lo contrario es lo que hacían los “*observantes de la Ley*”, que buscaban ser bien considerados por la gente y hacían ostentación de su dignidad, que no les impedía devorar el dinero de las viudas.

La palabra hebrea “*sedaqah*” que aparece en las arcas de las ofrendas en las puertas de las sinagogas, equivale a “*justicia y derecho*”, para que no confundamos la limosna como un pasaporte que nos asegura el cielo. Esta, tiene que ser entendida como auténtico desprendimiento del propio yo, hasta el punto de tener como modelo el sacrificio que de sí mismo hizo Cristo al morir en la cruz para destruir el pecado del mundo.

DOMINGO XXXIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Daniel 12, 1-3): *Entonces se salvará el pueblo.*

Salmo (15, 5.8-11): *«Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti».*

2ª lectura (Hebreos 10, 11-14.18): *Cristo, ofreció un único sacrificio por nuestros pecados.*

Evangelio (Marcos 13, 24-32): *Verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes.*

El cielo y la tierra pasarán, todo se acabará; incluso la fe y la esperanza desaparecen cuando se acaba la vida. ¿Qué queda, pues, al término de la vida? Los sabios de Israel hablaron de la fama y buen nombre como único recuerdo perdurable de los que ya murieron; pero son muy pocos los privilegiados que pueden ser recordados y, aun así, con ellos acaba su historia. El recuerdo forma parte de la historia de los demás, pero ellos ya no viven por sí mismos, dependen de la memoria y afecto de los otros; su vida se acabó y tiene suerte el que es recordado.

Así piensa el hombre que prescinde de la vida eterna anunciada en la palabra de Dios. **«Mis palabras no pasarán»** dice Jesús en el evangelio: el final y la catástrofe que se avecina no es el fin, detrás viene la salvación. Esta palabra de Jesús alienta y da vida a cuantos creen en ella; los que se nutren de su fuerza creadora, participan de esa energía divina que fue capaz de poner en marcha el universo. Nada ni nadie podrá aterrar a quien fija su mirada en el cielo, de donde procede la palabra de vida.

La expresión “*fin de la vida*” resulta ambigua, ya que podemos entender ese final que marcaría la caducidad de la existencia humana, o bien el “*fin de la vida*” sería la razón última de la misma. Ambos sentidos se actualizan cada vez que llegan tiempos difíciles o momentos de crisis global. Ha habido quien ha anunciado el fin del mundo por considerar que ciertos eventos catastróficos marcaban su final inminente. No hay que decir nada más de aquellos “*seudoprofet*as”, como los testigos de Jehová, que continúan interpretando mal la literatura apocalíptica.

El evangelio afirma claramente que nadie sabe el día ni la hora en que el cielo y tierra pasarán. En el mismo pasaje evangélico se afirma que hay algo que no caducará y ese es el destino del hombre. Sobre esta afirmación del valor trascendente del ser humano se abre la esperanza de un nuevo horizonte que trasciende toda catástrofe. Los tiempos difíciles y de angustia que Daniel describe como preludio del momento final indican el comienzo de una nueva era en la que ya no habrá posibilidad de cambio alguno: todos los desaparecidos despertarán a la vida en plenitud o serán absorbidos por el vacío total y el sinsentido para siempre.

Tanto el texto apocalíptico de Daniel como el relato de Marcos, a pesar de hablar de tiempos difíciles y de días de gran angustia, aseguran un final feliz al término de este momento crítico en el que el juicio divino decidirá la suerte de los que supieron nutrirse de esperanza en lugar de caer en la desesperación. El fin de la vida para el creyente no es la muerte como desenlace definitivo, sino superar ya en vida las posibles catástrofes que nunca deben quebrar la esperanza.

Estamos casi al final del año litúrgico, que cerraremos con la fiesta de Cristo Rey. Tiempo, pues, de mirar cómo nos hemos dejado acompañar y guiar por Jesús, y cómo su Palabra ha dado frutos de bien en nuestra vida, a favor de los hermanos y del mundo. En estos días escuchamos de Jesús un discurso que cuesta entender, lleno de imágenes apocalípticas, que hablan de dificultad, destrucción y amenaza, usados en el mundo judío. No podemos quedarnos con la imagen, sino con lo que de verdad señala: “*la esperanza en el futuro*”, la Resurrección de los que sufren y son fieles en el seguimiento de Jesús.

Habrà gran angustia y el sol se oscurecerà. Vendrán tiempos difíciles, dijo Daniel. Y el mismo Jesús: quien quiera seguirme, cargue con su cruz de cada día y me siga... Y el Padre le premiará. Esto es, las dificultades anunciadas por Jesús son a sus seguidores, a los que viven buscando bien y fraternidad, a los que luchan contra el desamor y la injusticia. Claro que los cristianos, como todos, tenemos problemas y sentimos el fracaso y el dolor, pero estas otras dificultades son propias de poner en obra nuestro deseo de seguir a Jesús en fidelidad y con entrega. **«Mal si todo el mundo habla bien de nosotros»**, también dijo Jesús. Y Pablo añadió: **«¿Quién podrá apartarnos de Su Amor? Ni la desnudez, ni la espada, ni el rechazo, ni ninguna dificultad»**.

Toda dificultad que nace del seguimiento a Jesús pasará. Todo lo vamos incorporando en nuestro proyecto de seguidores, y nos sentimos acogidos y protegidos por Aquel que es más fuerte que la misma muerte. Y, además, con el riesgo, viene la Promesa. Nuestra fe no es de resignados, es de Vida, de Resurrección. La mayor crisis, desde lo aparente, es Jesús en la Cruz. Pero para nosotros es sementera de Vida, Resurrección. Lo que anunciaban los Profetas se cumple en Jesús y en nosotros: nos espera una Vida plena, que sienten los que son fieles, los tratados sin dignidad, los últimos y desposeídos. A todos nos rescata Dios y su protección dura por siempre.

De Jesús sabemos que **«su palabra no pasará»**. Es Sumo Sacerdote, encuentro entre Dios y los hombres. Entregó su vida para la Vida del mundo. Y nos da la Salvación, y para siempre. Vivir así, como salvados, es refugiarse en el Señor, no en los pequeños logros, ni en las redes, ni en los círculos cerrados. Podemos decir: **«Protégeme, Señor, que me refugio en ti»**, que quiero vivir tu justicia sabiendo que nos espera un Buen Final, que nunca acaba.

DOMINGO JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Daniel 7, 13-14): *A Él se le dio poder, honor y reino.*

Salmo (92, 1-2.5): *«El Señor reina, vestido de majestad».*

2ª lectura (Apocalipsis 1, 5-8): *Yo soy el Alfa y la Omega.*

Evangelio (Juan 18, 33b-37): *Mi reino no es de este mundo.*

Esta solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, fue instituida en 1925 por el papa Pío XI en su encíclica “*Quas primas*”. En esta encíclica dice el papa que *«ante los avances del ateísmo y de la secularización de la sociedad, quería afirmar la soberana autoridad de Cristo sobre los hombres y las instituciones»*. Se trata de conseguir la Paz de Cristo en el Reino de Cristo. Y la fijó en la víspera de Todos Santos.

Esta fiesta es trasladada en 1970 por el papa Pablo VI, al último domingo del tiempo ordinario: *«Como a lo largo del año, hemos estado anunciando la presencia del Reino de Dios, se trata de proclamar al Rey de este reinado: Cristo Jesús, Rey del Universo, de la humanidad entera»*, por eso decimos en la oración colecta: *«Que toda la creación, liberada de la esclavitud del pecado, sirva a tu majestad y te glorifique sin fin»*.

Esta realeza, ya nos era presentaba en el Antiguo Testamento, en la primera lectura, del libro de Daniel, se anuncia a Cristo, bajo la figura del *«Hijo del Hombre»*, a quien se le da *«poder, honor y reino»*, un Reino que no acabará. Esto mismo, lo recoge el libro del Apocalipsis, citando como Daniel, al que *«viene entre las nubes del cielo»* aplicándolo al Señor Jesús a quien le llama *«el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra, el todopoderoso»*. Este *«Hijo del hombre»* glorioso es rey, pero no un rey de un reino al modo humano, pues es el mismo que, humillado y torturado se presenta ante el procurador de Roma, este le pregunta: luego **¿Tú eres Rey?** Jesús no afirma su realeza, sino que afirma el auténtico sentido de su realeza: *«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz»*.

Cuando el juez Pilato pregunta al reo Jesús acerca de su reinado no podía imaginarse la respuesta del Maestro. Jesús denuncia la falta de sinceridad en todo el proceso al que se ve sometido, reprocha a Pilato su falta de interés en conocer la verdad; al procurador romano sólo le interesa rellenar el expediente para que su sentencia sea irreprochable. Si Jesús afirma ser rey sin el conocimiento ni consentimiento de los romanos, la sentencia está ya servida y la seguridad del mandatario garantizada pues se calmará el furor popular.

Frente a esta actitud contemporizadora de Pilato que busca justificar y asegurar su mandato, Jesús habla de otro reino, de un reino de verdad y de justicia, un reino de amor y de paz. El reino de Dios que Jesús entroniza no necesita de apoyos humanos para ser real, espera paciente la aceptación de los invitados al banquete de amnistía que no excluye a pobres y desvalidos. El reino de Dios no tiene que esforzarse por afianzar su reinado, son los invitados quienes tienen que esforzarse por conseguir entrar en el reino de Dios.

Jesús es rey frente a toda expectativa humana que esperaba la realeza como un signo de afirmación de un pueblo frente al pueblo invasor. *«Su reino no es de este mundo»*. Jesús viene a entronizar el reinado de Dios en la tierra, es el Mesías, ungido y enviado de Dios para anunciar la proximidad de la realeza divina en la realidad humana. Su dominio y soberanía se manifiestan como una acción benéfica en favor de los hombres; no somete voluntades mediante sistemas coercitivos y represivos que obliguen al hombre a obedecerle.

Jesús es rey porque tiene el dominio real de todas las cosas, porque ha recibido este dominio de su Padre Dios, Creador y autor de todo lo que tiene consistencia y es de verdad. Su misión es ser testigo de la verdad y vencer al príncipe de la mentira; con su verdad desenmascara al que intenta confundir con sus engaños y promete reinos y dominios que no le pertenecen. Resultan sorprendentes las palabras de Satanás al propio Jesús ofreciéndole el dominio de todos los reinos de este mundo. La condición de la oferta marca todavía más la diferencia de pretender Satanás que Jesús se le someta: *«Todos estos reinos te daré si postrándote me adoras»*.

El reino de Dios rompe esa dinámica del poder y de la fuerza como recursos para someter voluntades e introduce el dominio de la verdad, como principio y garantía de afirmación y de estabilidad del reino. No hay que echar cálculos para ver cómo se afianza el reino de Dios, basta aceptar con entera libertad la invitación que Jesús nos hace en la parábola del banquete real ^(Mateo 22, 1-14). Y es que la soberanía de Dios se siente de verdad cuando percibimos en nuestra voluntad la libertad de hijos de Dios que nos permite querer y desear formar parte del reino de Dios.

Por eso, ser ciudadanos del Reino no es tener ningún tipo de privilegio, pues tenemos que ser conscientes de que el Rey a quien seguimos, el que iba a heredar el trono de David, comienza a reinar en un pesebre y reina definitivamente desde la cruz de los malditos. Para ser ciudadanos del Reino tenemos que ser testigos de la verdad y seguir al Rey, sabiendo que su seguimiento es hacia la Cruz y en este camino tenemos que ser, como nos marca el Rey, testigos de la verdad. Pongámonos ante el Rey del Universo con las palabras del salmista: *«El Señor reina, vestido de majestad; el Señor, vestido y ceñido de poder»*.